

C O S I T A S A N T I G U A S

Por

Carlos Robreño

El Mundo, 1956 - 1957





Esta versión digital ha sido realizada por la Dirección de Patrimonio Documental de la Oficina del Historiador de La Habana con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

Perfil institucional en Facebook
Patrimonio Documental
Oficina del Historiador





ADMINISTRACION METROPOLITANA DE LA HABANA

INDICE DE COSITAS ANTIGUAS POR CARLOS ROBREÑO
El Mundo, 1956 - 1957

- ~ La pelea Willard - Jonhson, El Mundo, 3 de mayo de 1956.
- ~ El debut de la Chelito, El Mundo, 4 de mayo de 1956.
La Habana de otras noches, El Mundo, 5 de mayo de 1956.
- ~ El Stadium del VTC, El Mundo, 6 de mayo de 1956.
La Habana Alegre, El Mundo, 8 de mayo de 1956.
- ~ Del cine de ayer al de hoy, El Mundo, 9 de mayo de 1956.
- ~ El crimen de la osa, El Mundo, 10 de mayo de 1956.
- ~ Los barcos encallados, El Mundo, 11 de mayo de 1956.
- ~ El tino del español incognito, El Mundo, 12 de mayo de 1956.
- ~ Iben Monsin y el Crimen de Guanabo, El Mundo, 13 de mayo de 1956.
- ~ Los couplets de la Mayendia, El Mundo, 15 de mayo de 1956.
- ~ El vuelo de Rosillo: Key-West-Habana, El Mundo, 17 de mayo de 1956.
El cometa "Halley", El Mundo, 18 de mayo de 1956.
- ~ La muerte de Armando de la Riva, El Mundo, 19 de mayo de 1956.
La Estatua de Maceo. Cómo se nació Máximo Herrera, El Mundo, 20/5/56.
- ~ Los bailes de Tacón, El Mundo, 17 de junio de 1956.
La bomba de Caruso, El Mundo, 25 de mayo de 1956.
- ~ El ciclón del 26, El Mundo, 26 de mayo de 1956.
Los pregones antiguos, El Mundo, 27 de mayo de 1956.
¡No te esfuerce, Higuito, El Mundo, 29 de mayo de 1956.
- ~ El vuelo de Barberán y Collar, El Mundo, 30 de mayo de 1956.
Los cabarets de ayer, El Mundo, 31 de mayo de 1956.
La verbena y la bombilla, El Mundo, 1ro. de junio de 1956.
El saloncillo de "Alhambra", El Mundo, 2 de junio de 1956.



ADMINISTRACION METROPOLITANA DE LA HABANA

- 2 -

- La muerte de Armando André, El Mundo, 24 de junio de 1956.
- Las Montañas Rusas y las verbenas, El Mundo, 1ro. de Julio de 1956.
- Los Sombreros de Pajilla, El Mundo, 8 de julio de 1956.
- Los Velorios de Antaño, El Mundo, 15 de julio de 1956.
- ! El Circo se Va!, El Mundo, 22 de julio de 1956.
- La Primera Guerra Mundial, El Mundo, 29 de julio de 1956.
- Los Viejos Teatros Habaneros, El Mundo, 5 de agosto de 1956.
- Los Tranvías Eléctricos, El Mundo, 19 de agosto de 1956.
- El "Maine" y el Palo de la Machina, El Mundo, 16 de septiembre de 1956.
- Las Fondas y los Puestos de Chinos, El Mundo, 30 de septiembre, 1956.
- !Aquel Círculo de Abogados!, El Mundo, 7 de octubre de 1956.
- Los Pantalones Largos, El Mundo, 14 de octubre de 1956.
- Liberales y Conservadores, El Mundo, 21 de octubre de 1956.
- Los antiguos carnavales, El Mundo, 28 de octubre de 1956.
- (Rivalidad periodística), El Mundo, 4 de noviembre de 1956.
- Presencia de Ferrara en la Política, El Mundo, 18 de noviembre, 1956.
- Piernas al Aire, El Mundo, 6 de enero de 1957.
- A la Memoria de Pan con Timba, El Mundo, 13 de enero de 1957.
- Los Fuegos de Entonces, El Mundo, 20 de enero de 1957.
- Los Antiguos Mercados, El Mundo, 27 de enero de 1957.
- El Tráguas de Juan Gualberto ..., El Mundo, 3 de febrero de 1957.
- Desde el Danzón al Rock and Roll, El Mundo, 3 de marzo de 1957.
- Los duelos en Alhambra, El Mundo, 24 de marzo de 1957.
- Don Pancho el bodeguero, El Mundo, 31 de marzo de 1957.
- La Semana Santa en otras épocas, El Mundo, 14 de abril de 1957.

Continúa en la pág. 3



ADMINISTRACION METROPOLITANA DE LA HABANA

- 3 -

- Del Quinqué a la Luz Fría, El Mundo, 21 de abril de 1957.
- Los Barberos de 10 y 10, El Mundo, 28 de abril de 1957.
- El Bautizo, El Mundo, 5 de mayo de 1957.
- Algo más sobre Víctor Muñoz, El Mundo, 12 de mayo de 1957.
- Fué un 19 de Mayo, El Mundo, 19 de mayo de 1957.
- ¡Adiós Papá Montero!, El Mundo, 7 de julio de 1957.
- Napoleón en el Género vernáculo, El Mundo, 16 de junio de 1957.
- Bañistas de Antaño, El Mundo, 30 de junio de 1957.
- Los Cafés al Aire Libre, El Mundo, 14 de julio de 1957.
- De "La Dorila" al "Buche Pluma; Na más", El Mundo, 21 de julio, 1957.
- ¡Qué Verano mas caluroso!, El Mundo, 28 de julio de 1957.
- ¿Quiénes han sido los mejores?, El Mundo, 18 de agosto de 1957.
- Una Habana que se vá: El Teatro de la Comedia, El Mundo, 15/9/1957.
- La Acera del Louvre, El Mundo, 11 de octubre de 1957.
- Adiós a "Almendares Park", El Mundo, 29 de diciembre de 1957.
- Reina por una hora quien fuera Reina por muchos años, El Mundo, 29 de septiembre de 1957.
- Semanarios y Revistas de ayer, El Mundo.
- Los terrenos de Base Ball (1), El Mundo, El Mundo.
- Cuando vino "Babe Ruth", El Mundo.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LA PELEA WILLARD - JOHNSON

NUESTRAS "Cositas Sueltas", de otros días, han cambiado temporalmente su título y, en lo adelante, al menos por ahora, se llamarán "Cositas antiguas".

En esta sección trataremos de llevar a la mente del lector recuerdos de hechos y escenas del pasado, hasta donde alcance nuestra memoria, y hoy comenzaremos con unos breves comentarios sobre la pelea Willard-Johnson celebrada en La Habana.

Allá por la primavera de 1915, la actualidad nabanera, al menos, era deportiva o mejor dicho: boxística.

x x x

Después del "milagro del Marne", surgido cuando el general Joffre, siguiendo el plan genial de Gallieni, logró flanquear las avanzadas de los ejércitos de Von Kluck, que ya llegaban a las puertas de París, haciéndoles repasar casi en fuga este histórico río, hasta llegar a las riberas del Aisne, la guerra de trincheras se hacía monótona en los campos de la Europa occidental y, por otra parte, los relativos triunfos de los cosacos rusos en la Prusia Oriental no despertaban suficiente interés por estas latitudes.

Así se explica que aquella brutal carnicería, en la que tomaban parte cientos de miles de hombres de distintos países, no tuviera para el habanero en dichos meses a que nos referimos la misma fuerza emocional que el anuncio de una lucha singular que habría de verificarse al alcance de su vista, entre dos hombres solamente, que se disputarían el título de campeón mundial de los boxeadores de peso pesado: Jack Johnson, poseedor de tal honor y de Jess Willard, aspirante a obtenerlo.

El match tuvo por escenario un ring transitoriamente instalado junto a la pista del recientemente inaugurado Hipódromo de Oriental Park, uno de los más bellos de su tiempo.

x x x

El motivo de haberse escogido la Habana como lugar para celebrar la pelea fué la discriminación racial, tan agudizada por aquellos años en Norteamérica y mucho más acentuada después que Jack Johnson, el formidable púgil de ébano había conquistado el campeonato mundial venciendo en Sídney (Australia) a Tommy Burns, reafirmando más tarde su invencibilidad al abatir al veterano Jim Jeffries que lamentablemente había intentado su retorno al cuadrilátero en Reno, Estado de Nevada.

Y Johnson, sin contrarios aparentes, se fué a París, al París de la preguerra, que conocía de las primicias de la Mistinguett y aún cultivaba el "can-can" con eufórico frenesi. Allí, sin prejuicios étnicos, disfrutaba el hércules achocolatado la vida parisina a pulmón pleno y en más de una ocasión el nuevo sol le sorprendería, luciendo smoking, bombín y monóculo, caminando con paso vacilante a lo largo de la plaza Pigalle, después de una alegre velada en el vecino "Moulin Rouge", entre espumear de champagne y frou-frou de sedas.

En cierta ocasión hizo un alto en semejante vida licenciosa que llevaba en la sin par Lutecia. Para estirar un poco los músculos o con intención de ganar unos cuantos francos se enfrentó con Frank Moran, a quien sin esforzarse mucho, casi en un torneo versallesco, apabulló fácilmente.

Mientras, aquí, por tierras americanas, los expertos boxísticos removían cielo, mar y tierra en busca de la "esperanza blanca", el hombre de ancestro caucásico que arrojara del trono de los grandes peleadores a aquel de oscura pigmentación que lo ocupaba, y tal ejemplar pareció haberse encontrado en un rancho tejano. De gigantescas proporciones, Jess Willard, que es el nombre del nuevo gladiador, no conoce muchos secretos del deporte que reglamentara el Marqués de Queensberry y que apenas ha practicado, pero no importa. Lo que se trata de enfrentar a Jack Johnson no es un boxeador que cambie golpes con él dentro del ring, sino una montaña, un bloque de acero capaz de resistir impunemente los embates del campeón hasta que este, convencido de su impotencia, se rinda ante dicha evidencia.

Por eso el empresario Jack Curley concierta el bout nada menos que a cuarenta y cinco rounds e imposibilitado de celebrarlo en Estados Unidos, porque en tales momentos la pugna racial está al rojo vivo, escoge la capital habanera, situada a corta distancia del territorio norteamericano.

Y a la Habana llegó Jess Willard, acompañado de decenas de críticos yankees y de dos ex campeones, como Corbett y Fitzsimmons, amén de miles de turistas, para iniciar su entrenamiento en el Miramar Garden, situado en la esquina de Prado y Malecón, mientras se hacía venir al veterano Jack desde París, donde había conquistado una victoria sobre Frank Moran y había sufrido una derrota a manos de Lucila Cameron, la blonda francesita de quien se había enamorado y lo acompañaba en esta aventura.

. . . x x x . . .

Para el mediodía del 5 de abril de aquel año de 1915 se señaló el bout por el Campeonato Mundial de los heavyweights entre el retador Jess Willard y el campeón Jack Johnson, que había realizado sus prácticas en el stadium que se hallaba en la antigua batería de Santa Clara, donde hoy se alza el Hotel Nacional.

Si el match hubiese constado solamente de esos humanos quince rounds que actualmente limitan todos las peleas oficiales por campeonatos, Jack Johnson habría triunfado fácilmente, puesto que a través de tales episodios propinó toda clase de golpes a su adversario, que apenas brindaba la sensación de haberlos recibido. Pero el bout continuó y los rigores del sol tropical en un mediodía cubano surtía más efectos agotadores en una ebánica contextura ya resquebrajada en parte por los años y la vida parisina que en la corpulencia vigorosa del ranchero ajeno a la vida de la ciudad.

A medida que avanzaba el match, el campeón iba dándose cuenta de que sus fuerzas debilitábanse en el empeño de abatir aquella mole que apenas se movía, pero que resistía firmemente todas las embestidas y, allá por el round veinte, comprendió que jamás podría llegar al término de esos 45 interminables episodios.

Fué entonces cuando al volver a su esquina, er uno de los descansos, tuvo el gesto, que Víctor Muñoz calificó de generoso, de indicarle a su amada Lucila, que piadosamente abandonara el escenario donde él había de entregar a un nuevo monarca su corona.

La blonda francesita obedeció y algunos minutos después, el hasta entonces invencible Jack Johnson sintiéndose agotado físicamente, aunque no "no-queado", rodó por el suelo, tapándose la cara con un brazo, no sabemos si para esconder una lágrima de impotencia o con objeto de rendir homenaje a Astro Rey que, a la postre, había sido su verdadero vencedor.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

A-4—EL MUNDO, Viernes 4 de Mayo de 1956



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

El Debut de la Chellito

Aquella Habana apacible del año 1910 que silbaba por las calles los vales de "La Viuda Alegre", e iba en coche al primitivo "Almendares Park", situado en Carlos III y Ayestarán, para contemplar como el gran pitcher José Méndez se burlaba de los tremendos bateadores que venían con los equipos de Grandes Ligas, vió de pronto sacudido su habitual ritmo con la aparición de los llamados artistas de "Variettes", género teatral que más tarde trocaría su afrancesada denominación por el anglicismo "show".

Y con los "garrotines" y otras flamenquerías de Amalia Molina alternaban los "couplets" expresados en un castellano macarrónico por el dueto los "Mari-Bruni" o los "Petroliini".

"Me gusta la calderilla,
porque suena como plata
y si tiene jiribilla,

más me gusta una mulata...

Así exclamaba desde el escenario del histórico "Payret" uno de aquellos canzonettistas para provocar calurosa ovación por parte del público masculino —cientos de sacos de negra alpaca, pantalones de dril blanco y pajillas de anchas alas— que pedía la repetición, en tanto las damas y damitas altivamente comodadas en la platea, bajaban con disimulo los impertinentes para taparse el rostro con el elegante abanico de plumas a fin de ocultar un leve rubor.

Y el artista agradecía aquellas demostraciones de la concurrencia con una respetuosa genuflexión, mientras su compañera intentaba un destake de ballet dejando ver una bien torneada pantorrilla eubierta con media de seda negra sujeta por amplia liga roja.

* * *

Apremiada por tan febril entusiasmo que despertaban los artistas extranjeros de variettes, la empresa del "Molino Rojo", un teatro situado en la calle Galiano, exactamente en el mismo lugar donde hoy se alza el "Radio-Cine", se vió compeliada a contratar también a una figura de semejante categoría para que alternase con las obritas de género drolático que allí se cultivaba.

Y una noche se presentó desde el tablado de aquel coliseo, por vez primera ante el público habanero, una joven coupletista de cara muy linda,

de cuerpo bien torneado sin llegar aquellas curvas opulentas en boga en dicha época, que en sus documentos personales aparecía como Consuelo Portela y que venía acompañada —chaperoneada, diríamos ahora— por una de esas clásicas "mamá" que acaso sirviera al novelista Joaquín Belda para darle vida a uno de los más vigorosos personajes de su "Bella Coquito".

A falta de otras cualidades artísticas, Consuelo Portela que encubría pudorosamente su patronímico con el sugestivo sobrenombre de la Bella Chellito, en tanto que dejaba adivinar las formas admirables de su cuerpo que solamente envolvía en un lujoso mantón de Manila, hacía florecer el couplet en sus labios, a veces ingenuos y otras picarescos.

El repertorio de sus tonadillas no era muy extenso, pero siempre reservaba para el final aquel en que hacía referencia a la búsqueda de una "pulga" que la atormentaba a la hora de dormir y la hacía saltar, en deshabillé, del confortable lecho.

* * *

Una noche —acaso la hizo la casualidad— una de las cintas que sujetaban por el bien torneado hombro dicha prenda íntima se deslizó suavemente, dejando adivinar, más que ver, en su calda nivea turgencias hasta entonces ignoradas. La artista sorprendida trató de cubrir con sus finas manos la traición de la leve cinta, mientras en la sala del teatro, repleta de espectadores, se escapaba un rugido que traspasaba los límites de lo humano.

Y desde entonces, aquel detalle que pudo haber sido casual, quedó adherido al couplet como si fuera parte de su letra y de su música, mientras toda La Habana masculina desfilaba noche tras noche por la taquilla del frívolo "Molino Rojo" ávida de entrar en el coliseo para ayudar en su afanosa búsqueda de la "pulga" a la Bella Chellito.

Y fué tal el éxito de esta hermosa tonadillera, que tuvo después que pasar al amplio "Payret", ya acorralado y extinguido aquel atrevido insecto, para que la sociedad habanera la admirara interpretando canciones tan ingenuas, como aquella que comenzaba:

"Del harem soy la sultana,
del sultán la favorita
y no hay nadie que se iguale
y no hay nadie que se iguale
a mí cara tan bonita.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LA HABANA DE OTRAS NOCHES

RESULTA innegable que el movimiento revolucionario que dió al traste con el régimen machadista no sólo llevó sus drásticos efectos a los aspectos económicos, sociales y políticos de nuestra estructura ciudadana, sino que hizo sentir también su influencia radical sobre otras fases de la vida cotidiana del cubano. Al menos, aquella Habana nocturna de ribetes bohemios, reminiscencias de escenas parisinas que describiera Murger o del Madrid ochocentista que cantaran Bretón y Chapi, pareció huir para siempre de nosotros al escuchar el estampido del primer petardo o contemplar el igneo fulgor de la "recortada" en funciones vindicativas.

Ciertamente aquellas noches capitalinas tenían, quizás dentro de un costumbrismo aldeano, un suave encanto. Al terminar las funciones en los distintos teatros cercanos al Parque Central, las familias que habían acudido a ellos, se detenían en los salones de los dos restaurantes situados en la Acera del Louvre, para apurar algún refrigerio antes de dirigirse al hogar. En los portales, la juventud masculina esperaba impaciente el desfile de bellezas para dar buena muestra de su galantería.

Ya al filo de la media noche, a la hora en que salen a la calle los duendes y fantasmas y se retiran todos los "pesados" que circulan impunemente bajo el sol de las tres de la tarde, el jubileo cesaba y los trasnochadores atravesaban la adoquinada vía para plantar en pleno Parque Central sus imaginarias tiendas de campaña.

¡Qué agradables las horas que transcurrían bajo el palio estrellado de nuestro cielo, en aquellas peñas e improvisadas tertulias de distintos matices!

El cómico extranjero recién llegado, pero ya mimado del público, preside una pequeña reunión integrada por otros artistas de afuera o nacionales. Y se cuentan mil anécdotas. ¡Aquel debut en Badajoz! ¡El "Tenorio" que hicimos en Bilbao! ¡La "pita" que nos dieron en Segovia!

A pocos metros, un grupo de hombres de letras marca apostillas a un libro de Unamuno, rie epigramas o trata de encontrar la solución de la última charada de Novejar que publicada en "Blanco y Negro".

Dícese que en una ocasión, uno de los componentes de esos grupos selectos, el conocido literato Aniceto Valdivia que firmaba sus finas crónicas con el pseudónimo de "Conde Kostia" recibió, desde París, un libro que le enviaba un amigo. Se trataba de "Cyrano de Bergerac". Y cuando todavía la producción de Rostand, que había de obrar el milagro de resucitar un género que ya se creía desaparecido, no había sido vertida a ningún otro idioma, los habaneros dilectos sabían por labios de Aniceto Valdivia, que noche a noche recitaba

traducida al castellano sus más bellas estrofas, cuál era el temple de los cadetes de Castell Jaloux y no ignoraban que "un beso es el punto color de rosa sobre la "i" del verbo "amar", que en francés se escribe "aimer".

Formaban círculo aparte, jóvenes, en edad estudiantil, que venían de un baile celebrado en algún centro regional y se contaban mutuamente sus aventurillas galantes y en un extremo aislado, cerca de uno de los quioscos de frita que en aquellos entonces había en dicho parque, una pintoresca reunión integrada por individuos que no eran ni literatos, ni artistas, ni estudiantes, Hombres conocidos apenas por sus alias, que habían hecho del amor una profesión lucrativa y al terminar la tarea cotidiana se concentraban para cambiar impresiones y juzgar la situación económica del país de acuerdo con el balance de sus ganancias del día.

Pero nadie molestaba a nadie y entre uno y otros grupos cruzaban sonrientes el vendedor de tamales, con picante y sin picante, el de los caruchitos de mani y el vigilante de posta.

Horas más tarde, algunos trasnochadores se sentían agujoneados por Morfeo y se retiraban a sus casas, dejando para mañana la solución de aquella charada con un "prima-dos" inaccesible y otros, sintiendo en sus estómagos la necesidad de un reconfortante refuerzo, iban a buscarlo en el cercano café "El Ariete" o en el más distante "Industriales", situado en un costado de la antigua Plaza del Polvorín, donde actualmente se alza el Museo de Bellas Artes.

Y los bohemios sempiternos que aún quedaban en pie, con las pupilas muy abiertas, levantaban su campamento y emprendía la alegre caravana su marcha, Prado abajo, para saludar la aurora junto a la Glorieta de cemento que se hallaba en el otro extremo de aquel viejo Paseo que se asemejaba a las Ramblas barcelonesas, a pocos metros del Malecón, frente al vetusto Castillo de Morro.

Y se reanudaba la charla, juguetona, picaresca, en donde el chisme apenas rozaba la epidermis de la víctima. En el grupo también había una linda muchacha que no se sabía si era artista, literata o cocotte. Mujer de nadie y compañera de todos permanecía sin pestafear apenas junto al grupo, hasta que por los viejos bastiones de la Cabaña asomaban los primeros rayos del sol del nuevo día.

Al cafetín cercano se iba a tomar el café con leche con pan y mantequilla, que no sabemos si era cena o desayuno. A la hora de pagar faltaban algunos centavos. No importaba. Aquella linda mujercita que no se sabía si era artista, literata o cocotte y que ignoraban si se llamaba Mimi o Mussetta extraía de la cartera el resto y abonaba el total.



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

El Stadium del VTC

Junto a esa coincidencia rumorosa de las aguas tranquilas nuestro fluvial Almendares con las siempre encrespadas olas del Golfo de México, levanta alta su mansión desde hace más de medio siglo la señorial sociedad "Vedado Tennis" y ciertamente no podriase escribir la historia deportiva de Cuba, en lo que al aspecto amateur se refiere, sin dejar de nombrar a cada momento a esa institución cuya azul bandera, con blanco monograma, ha tremolado triunfalmente, en cada una de las actividades del músculo que se practican por estas latitudes.

Fué el tennis, el ágil deporte del racket su inicio en tales afanes y tras aquellas figuras pioneras como Zaldo y Villalba, surgieron Bannet, Rogelio Paris, Vollmer, Morales y otros que han resultado victoriosos hasta en competencias internacionales. El foot ball de los primeros tiempos preparó el camino para un equipo sin contrarios que encabezaron los hermanos Federico y Cutton Mejer. En base ball, siempre el Vedado Tennis Club tuvo un conjunto de gran calibre y recordamos aquella novena integrada por Julio López, Villalba, Jorgito Casuso, Raúl del Monte, Gabrielito Casuso, el Gallego Martínez Zaldo, Bienvenido y José Emilio Obregón y sus lanzadores Colás y Goizueta que lucharon tenazmente contra un Club Atlético de Cuba que tenía en la velocidad del estupendo lanzador Pedro Dibut su mejor carta de triunfo.

Después en los campeonatos Inter-Clubs que se celebraban en Vibora Park, Panchito Aixalá, el "Mary Pickford" de aquellos días sabía mantener a su team en la pelea. Y de nuevo en las contiendas nacionales, los Marqueses, que así se les ha llamado en el terreno de los deportes, elaboraron un team que dirigido por el veterano Rafael Almeida, a quien auxiliaba el eficiente Ramiro, ha constituido una de las mejores combinaciones amateur de todos los tiempos.

Los remos constituyeron para los vedadistas una oportunidad de anotarse brillantes victorias, desde la época remota que en Varadero, usando canoas de seis palos y asiento fijo, Juanito Sousa strokeaba la embarcación vencedora.

Extensa sería recordar la lista de sus grandes basketbolistas que brindaron a la enseña azul, triunfos inolvidables e igualmente puede decirse de sus hombres que dedicaron sus energías al track.

En ese stadium donde hoy se va a inaugurar una gradería moderna, en sustitución de aquella de madera que el ciclón de 1926 puso en malas condiciones y años más tarde, otro huracán, el de 1944 abatió de manera concluyente, se han celebrado refidas contiendas, pero a nuestro juicio, ninguna tan emotiva como aquel duelo de velocidad que sirvió para señalar la aparición de un nuevo astro entre nuestros más destacados "sprinter" mientras en el ocaso se hundía otro sol; aquel gran atleta, caballero intachable y amigo excelente que se llamó Pancho Arango.

* * *

La mayor parte de este proceso deportivo lo hemos observado nosotros, bien desde el escaño imparcial del cronista deportivo o a veces desde la grada democrática del fanático fogoso, dispuesto siempre a demostrar sus sentimientos... anti-vedadistas. Porque debemos confesar que a través de todas esas contiendas, nuestro universalismo tan hondamente arraigado nos llevaba a desear la derrota dentro del campo honorable de la competencia de nuestros más esforzados rivales.

Claro es que con los años, tal fanatismo entusiasta fué menguando lentamente hasta que una tarde, hará cosa de un año más o menos, presenciábamos sobre la hierba de ese citado stadium y un poco apartado del resto del público, un match de foot ball que celebraba el team juvenil de los Marqueses con otros contrarios de calibre.

En uno de los momentos más refidos del juego, cuando los players vedadistas se acercaban con furiosas embestidas hacia la línea de "touch down" el inevitable nerviosismo sacó al exterior nuestros sentimientos y un viejo amigo, que conocía desde nuestra época juvenil cuáles eran en estos casos nuestras simpatías, se acercó para preguntarnos:

—Y esos aplausos para el Vedado Tennis ¿a qué vienen ahora?

No necesitamos contestar, pues en ese instante dirijíamos la vista hacia el "gridirón" donde un mozalbete en loca carrera llevaba junto a su pecho el balón ovalado que apretaba sobre la camiseta azul con objeto de anotarse una brillante jugada. Era nuestro hijo mayor: Jorge, a quienes todos sus compañeros llaman cariñosamente el "Mago" ignorando quizás, que su mejor acto de magia ha sido el de convertirnos a nosotros en vedadistas furibundos.



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LA HABANA ALEGRE

Siglos y siglos llevan moralistas y hombres de ciencia tratando de erradicar de la corteza terrestre, aunque sin lograrlo, desde luego, un vicio que es tan viejo como la creación del universo y que esgrime como su mejor razón de perduración la carencia de otras soluciones que no provoquen la protesta airada de toda la población masculina en estado de soltería.

Distintos métodos han sido empleados para conseguir su total exterminio desde el pasaje bíblico de Sodoma y Gomora hasta aquella campaña persuasiva que se desató sobre nuestra capital, bajo el régimen machadista, llevando hasta las bodegas de un buque transporte anclado en bahía a numerosas pecadoras oriundas de extrañas tierras. En resumen, aquella labor de regeneración tan anunciada no dió los resultados esperados a no ser en el aspecto nacionalista. Los templos del amor tarifado continuaron en pie. Solo cambiaron las sacerdotisas. Fueron, desde entonces, naturales del país.

También en otros países se ha pensado en una reglamentación, como sucede en España y en México en que el Estado, aunque con espíritu higienista, concede licencias a las que quieren ejercer este comercio de la misma manera que el detallista paga la patente de alcoholes. También aquí en Cuba un día se quiso llevar por cauces legales tal función y en tiempos de Zayas, un jefe de policía realizó un minucioso censo para luego obligar a cada una de las empadronadas que se mudaran a pisos altos y en la puerta de la calle colocaran un farolito rojo. La orden fué cumplida al pie de la letra y a las pocas semanas, La Habana, de noche, con tantas pequeñas luces de dicho color, daba la sensación de una ciudad a la cual le hubiese brotado el sarampión.

Y desde luego, no ha faltado en todas las latitudes el experimento de dedicarle sectores urbanos especialmente habilitados para semejante población y aquí en La Habana, a principios de la República se estableció en un barrio cercano al puerto y que en otra época fué considerado aris-

tocrático, una zona dentro de la cual a Venus se le tolerasen ciertos excesos. Las calles de Dámas, Picota, Paula, Desamparados y sobre todo, San Isidro, fueron prontamente invadidas por un pintoresco conglomerado integrado por algunas mujeres que ya habían envejecido algo en el ejercicio de tan equivocada profesión, durante los últimos años de la colonia en sus conocidos domicilios de la calle de la Bomba y en la primera cuadra de San Miguel y ahora iban a formar causa común con unas cuantas provincianas, blancas y de color y un nutrido contingente de mujeres extranjeras: italianas, españolas y sobre todo, francesas.

Esa llamada "zona de tolerancia" indudablemente ofrecía una nota de colorido, de colorido chillón, pero colorido al fin, dentro del ambiente apacible de aquella Habana de principios de siglo.

La estrecha vía de San Isidro, no diremos que podría competir en movimiento comercial con la amplia Quinta Avenida newyorkina, ni con la angosta Rue de la Paix parisina, pero si aseguramos que a altas horas de la noche, el ir y venir por ambas aceras de un abigarrado conjunto humano que miraba a ambos lados, con expresión singular, como si buscara en alguna de las imaginarias vidrieras que a cada puerta parecía ofrecerse, la mercancía que fuese de agrado, producía un confuso bullicio que se aumentaba con los silbidos y amables frases femeninas, los disparos de los "tiros al blanco", las notas estridentes de la gaita, las monorritmicas de un organillo o las desafinadas de un piano de los innumerables cafés cantantes que había en cada esquina. Mientras, el vigilante de posta insistía, repiqueteando con el club sobre el pavimento, en que todo el mundo siguiese su camino.

En aquel ambiente de orgia no era extraña la disputa, la riña y hasta la tragedia. Y aún los mismos encargados de cuidar el orden chocaban entre sí, como sucedió en ocasiones frecuentes entre policías y soldados del Ejército permanente, institución bélica creada en tal época para poder compensar en el terreno militar las pugnas políticas que sostenían José Miguel Gómez y Alfredo Zayas.



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

DEL CINE DE AYER AL DE HOY.

Aunque los hermanos Lumière venían ofreciendo al mundo civilizado desde los últimos años de la pasada centuria los principios científicos del cinematógrafo, no puede discutirse que este invento que ha llegado a ser considerado como el séptimo arte, pertenece, igual que el automovilismo y la aviación, a este siglo.

Eran las películas cómicas de Salustiano y sobre todo, las de aquel gran actor francés que se llamó Max Linder las primeras cintas que recordamos haber visto proyectadas en una pantalla consistente en un pedazo de lienzo que necesitaba ser rociado con agua antes de comenzar la función y en la cual aparecía frecuentemente el siguiente letrero que interrumpía el desarrollo de la film: un minuto de intermedio para cambiar los carbonos.

Las producciones como es de suponerse no poseían largo metraje y el programa se dividía por tandas que tenían un aliciente. Quien sacaba para la segunda, veía parte de la primera, según vociferaba a la entrada del espectáculo el fornido portero, mientras el timbre con estridencia ininterrumpida excitaba los nervios de todos los vecinos de la barriada.

¡Qué tiempos aquellos en que un padre de familia, al llegar al domingo entregaba a su pequeño hijo con objeto de que disfrutara de la festividad del día, veinticinco centavos divididos en esta forma: un real para pagar la entrada del cine, otro real para una "media-noche" y los cinco quiles restantes, en prieta calderilla para un refresco!

Nosotros guardamos el recuerdo de aquellos primeros días del arte del celuloide, de los cinematógrafos "Norma" y "Turín" situados en la calle San Rafael, enfrente casi el uno del otro y en la esquina de Reina y Amistad, donde hoy se encuentra un concurrido establecimiento comercial, no hemos olvidado el cine "Orion".

En el ancho espacio de Animás y Prado, en que actualmente se explota como parqueo de automóviles, se inauguró el "Maxim" que más tarde cedió su puesto a un espectáculo pintoresco, consistente en un auténtico vagón de ferrocarril, en el cual tomaban asiento los espectadores y frente a ellos se proyectaban cintas de recorridos por distintos lugares para dar la impresión de que se iba de viaje. Posteriormente, se inauguró en esa misma esquina un aristocrático skating ring denominado "Black Cat". Después abrió sus puertas el "Prado" situado al lado del Centro de Dependientes y poco más tarde, el Fausto, con sus lujos aristocráticos amenizados por la orquesta de Vicentico Lanz.

Las películas francesas de la Casa Pathe; las

danesas de la "Nordik" y aquellas italianas que tenían por protagonistas a la eximia Francesca Bertini, la lindísima Pina Menichelli, a la Hesperia y a la Lydia Borelli, con un galán bastante maduro: Gustavo Serena, que hoy parecería el abuelo de Gregory Peck, hacían el gasto en aquella etapa inicial del cine en La Habana que había extendido su radio de acción a los barrios cercanos con el "Gris", en el Vedado, "Apolo", "Progreso" y más tarde "Tosca" en Jesús del Monte y "Esmeralda", "Alaska" y "Palatino" en el Cerro.

Surgió la primera conflagración mundial, contraída en los primeros tiempos a guerra europea y ello dió al traste con la industria cinematográfica del Viejo Continente. Norte América vió en ella un filón preciado y empezó a fuerza de dólares la construcción de la deseada Meca: Hollywood.

Las primeras cintas americanas representaban emotivos pasajes de las luchas en el Far West y luego invadió el género episódico, que con tanto éxito había cultivado en la novela Luis de Val y Carolina Invernizzi. En La Habana fué demolido el viejo e histórico Albisu y el Centro Asturiano, propietario del lugar, construyó el moderno "Campomór" que tras su inauguración por una temporada de zarzuela en la cual figuraba el gran bajo Paco Meana, fué adquirido por la "Universal" para la exhibición de sus grandes cintas a cuenta gotas. Al poco tiempo Grace Cunard, Francis Ford y Eddie Polo (Roleaux) acapararon por el momento con "La Moneda Rota" la popularidad del público cubano que después siguió admirando ese tipo de espectáculo en "Los Misterios de New York", protagonizado por Pearl White, "El As de Corazón" y otras similares.

Poco a poco fué puliéndose el aspecto artístico del cine yankee, que aunque permanecía mudo y sin colores, entusiasmaba a todos los espectadores. Se llevaron a la pantalla comedias y dramas teatrales, novelas famosas y Gloria Swanson, las hermanas Talmadge, Mae Murray, Vilma Banky, Theda Bharu, la Nazimova, Clara Bow y otras fueron las preferidas hasta la aparición de una sueca desgarrada y flaca llamada Greta Garbo, pero ¡qué clase de Greta Garbo!

En el sector masculino, ni Thomas Meighan ni los Barrymore, ni el apuesto John Gilbert llegaron a tener para las concurrencias el imán fascinador que alcanzó Rodolfo Valentino.

Y lo demás pertenece a la época moderna, de vitaphone y cinemascope, aunque debemos advertir que como avanzadas de esas grandes adelantos, tanto aquellos primitivos cines de barrios tuvieron sus cintas en colores — pintadas con pinceles y su vitaphone, lograda detrás del telón con voces de actores y actrices medianas y cocas secas para imitar las pisadas de los caballos.



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

EL CRIMEN DE LA OSA

LA crónica roja ha sido en todos los tiempos tema preferente en nuestro periodismo. Siempre ha excitado la morbosa curiosidad, aun del más apacible lector, la puñalada artera que clava el amante burlado en el pecho de su amada, el duelo irregular a tiros entre dos antiguos socios de un negocio más o menos ilícito, el plagio de un acaudalado hacendado, el robo, del cual resultó homicidio, de unas botijas llenas de onzas y enterradas en una finca cericana o el caso excepcional de brujería que unas veces lleva al garrote a "Bocú" y a Juana Tabares y en otras ocasiones, hace colgarse de una cuerda al inocente "Tin Tán".

Por eso en todas las redacciones de los principales diarios habaneros se ha escogido en todas las épocas para cubrir la parte informativa de este excitante sector, no a un periodista que sólo reúne las condiciones específicas de este profesional, sino también a un hombre que siente vocación sincera por la ciencia investigativa que han popularizado Nick Carter y Sherlock Holmes.

* * *

Desde la época de la colonia en nuestros orzanos de prensa, todavía de imitaciones aldeana, atendían debidamente las exigencias de dicho público y no era solamente "La Caricatura", semanario gráfico en que se le daba cabida a todos los hechos de sangre acaecidos en los últimos siete días, sino que los más respetables diarios como eran "La Lucha" y "La Discusión" estaban a caza de esa actualidad que se traducía en aumento de la venta.

Eduardo Varela Zequeira, que más tarde fuera Jefe de Información de EL MUNDO, había adquirido gran celebridad reseñando en las columnas del ya desaparecido "diario cubano para el pueblo cubano" una entrevista en su propio campamento con el temido Manuel García, rey de los Campos de Cuba y después fueron muy comentadas sus pugnas informativas con un rival igualmente conocido: José Manuel Caballero, así como un reportaje realista sobre la muerte de Esperanza Azcarrela a manos de Piñan de Villegas, hecho acaecido en los primeros años de la República.

* * *

Pero hoy nos vamos a referir a un suceso ocurrido años más tarde, en el segundo decenio de este siglo y en los tiempos en que gobernaba la nación el Licenciado Alfredo Zayas. Se trata del llamado crimen de La Osa, aunque antes de seguir la presente narración debemos informar a los jóvenes lectores que así se llamaba una finca rústica que existía en los alrededores del Monte Barreto y cercana a ese litoral, entonces pedregoso que se extiende al oeste de La Habana y junto al cual actualmente se levantan muchos casinos y balnearios de distintas calidades sociales.

Pues, bien: en tan despoblado lugar la policía encontró sobre las malezas y envuelto en una fina

sábana, el cuerpo inanimado de una mujer joven de la raza blanca y al parecer extranjera, aunque este último extremo es siempre muy difícil de determinar en los cadáveres, los cuales se ven impedidos de hacer declaraciones para difanizar su nacionalidad.

Rápidamente, no sólo los cuerpos policíacos, sino también los reporters que cubrían dicho sector en los distintos periódicos, salieron a la calle para investigar, como paso previo, quiénes eran las mujeres no nativas de esta tierra cuya desaparición se hubiese notado desde hacía días o simplemente horas.

Un redactor creyó hallar la clave del crimen misterioso y señaló como presunta víctima a una hermosa francesa, vendedora de caricias que comerciaba con sus encantos en una pequeña casa situada en la esquina de San Lázaro y Blanco, al lado de una bodega que aun subsiste. La supuesta difunta después de cerciorarse de manera que no dejara lugar a dudas que en la noticia relacionada con su muerte el equivocado era el reportér y no ella, acudió a la redacción del periódico donde se había informado su brusco fallecimiento con objeto de desmentirlo y como ya entonces, al menos, a los presuntos cadáveres no se les negaba el derecho de réplica, se publicó la pertinente aclaración, así como un retrato de la bella mujer.

Y aunque siempre resulta algo desagradable el leer en vida la crónica necrológica de nuestra propia defunción, la "resucitada" francesa compenso tan mal rato con una popularidad que se tradujo en nunca soñadas ganancias.

* * *

El crimen de La Osa continuó envuelto en el misterio durante unos días sin encontrarse una pista satisfactoria, hasta que al fin quedó aclarado el hecho por un detalle que al principio pasó inadvertido a los detectives tropicales. Se trataba de una joven norteamericana que había llegado a La Habana con objeto de visitar a un antiguo amigo, joven muy conocido en nuestros clubs elegantes que estaba en visperas de contraer nupcias con una distinguida señorita, pero estando cumpliendo tal formulismo social, la recién llegada sufrió un desmayo y murió de repente, que es como antiguamente se le llamaba a los modernos "infartos".

El futuro desposado, nervioso y temiendo el escándalo que produciría un hecho que daría lugar a torcidos comentarios y en definitiva frustrar su matrimonio, llamó a su chofer y entre los dos llevaron hasta ese lugar solitario los mortales despojos de la infeliz norteamericana, desvestiéndola para no dejar huellas fáciles a la investigación, pero cubriéndola pudorosamente con una sábana.

Y como por el hilo se saca el ovillo, por el hilo de la fina sábana los cuerpos policíacos dedujeron su procedencia y todo lo demás muy fácil de saber y nunca más se habló de aquel suceso, que nunca constituyó, ciertamente, un crimen.

A-6—EL MUNDO, Viernes 11 de Mayo de 1956



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

Los Barcos Encallados

Hace pocas horas, relativamente, los habaneros disfrutaron del espectáculo poco frecuente en la actualidad de un barco encallado a la entrada del puerto, en el espacio de mar, de poco calado, que corre entre la histórica fortaleza del Morro y el no menos vetusto castillo de la Punta. En esta ocasión el accidente lo sufrió un barco petrolero que se arriesgó por tan angosto lugar sin llevar un práctico en el puente de mando.

Antes de que con motivo de las obras del nuevo Malecón dentro de la Avenida del puerto, en tiempos de Carlos Miguel de Céspedes, se volara con dinamita el llamado "bajo de San Telmo" esos encallamientos que ahora ocurren de tarde en tarde se convertían en suceso corriente.

Nosotros recordamos desde nuestra niñez, muchos de ellos, aunque debemos confesar que en la mayoría de los casos se trataba de goletas o bergantines a los cuales una inesperada ráfaga de viento les impelia a inclinar peligrosamente el rumbo hasta hacer incrustar su quilla en el fondo de arrecifes que allí existían a pocas brazas.

Y cuéntase que durante el famoso ciclón del año 1906, a raíz de la revolución que derrocó al gobierno de Estrada Palma y provocó la intervención norteamericana, encalló en ese lugar un bergantín que tenía un nombre simbólico, "Estrella". Fueron entonces muchos los comentaristas que ensayaron un paralelo entre accidente marítimo con el eclipse de nuestra nacionalidad, que obligaba a la bandera de la estrella solitaria a flotar junto a otra que no había sido la que cubría en la manigua a los patriotas que morían por la libertad.

x x x

Resultaba sin duda un espectáculo emotivo, cada vez que soplaba un fuerte norte, asomarse al Malecón para ver entrar en puerto a los barcos,

juguetes de las altas olas que coronaban de espuma la secular farola que se construyera en tiempos del General O'Donnell.

Una vez, recordamos que por la tarde asistimos a tan imponente escena y vimos cómo un buque de bandera americana, en medio de un temporal ya desatado enfilaba la entrada de la rada habanera para buscar seguro refugio. En el fondo de aquel panorama gris al cual el viento y la lluvia le daban dramática impresión, se dibujaba la silueta de otro barco. Los curiosos esperábamos impacientes que esta embarcación siguiera la estela de la primera con objeto de ponerse a buen recaudo, pero su capitán, conservadoramente, antes de exponerse a estrellarse contra los arrecifes, prefirió "correr el temporal" en alta mar. Aquel buque escurridizo, era el "Valbanera".

La catástrofe del "Valbanera" ocurrida en 1919, causó gran consternación en La Habana. Esta nave de la Compañía de Pinillos venía hacia La Habana, procedente de los puertos del sur de España e hizo escala en Santiago de Cuba, donde un padre de familia precavido, como el capitán del buque, se quedó en tierra, después de despedirse tiernamente de sus hijos y esposa, para adelantarse a la llegada del barco, trasladándose por tren a la capital y buscarle aquí un confortable alojamiento.

Pero el Destino le jugó una cruel pasada. El "Valbanera" tratando de huirle a un temporal que se burlaba de todos los principios científicos conocidos para anticipar la trayectoria de tales meteoros, fué a hundirse bajo las encrespadas aguas a la altura del faro Rebeca, cerca de Key West, sin dejar un solo vestigio del naufragio y fué el fondo de los mares el alojamiento espantoso que encontraron la esposa y los hijos de aquel infeliz que a la par que sus seres queridos perdió también la razón y todas las tardes, después se paseaba junto a nuestro litoral, esperando inútilmente, un regreso que nunca podía ver realizado.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

EL TIMO DEL ESPAÑOL INCOGNITO.

MUCHOS "timos" se han puesto en práctica desde que el mundo es mundo y todavía en la actualidad con frecuencia sabemos de algún infeliz provinciano que ha sido víctima del engaño de la "guitarra" o el de la limosna, a pesar de ser ambos muy conocidos. Sin embargo, puede asegurarse que ninguno ha tenido las enormes proporciones, dado que alcanzó a una población entera que aquel tramado y llevado a vías de hecho, durante el año 1921 sobre el escenario del llamado teatro Nacional... de los gallegos, pues a este centro regional pertenece.

En aquella época, estaba en boga la lucha libre o "catch as catch can" que venía a ser una degeneración de la clásica greco-romana, pero sin alcanzar los ribetes bufonescos del actual Pancracio y sus derivados. Y si el toreo tuvo en sus comienzos la rivalidad de las escuelas sevillana y cordobesa y eran Frascuelo y Lagartijo los que se dividían la simpatía popular, estas competencias del colchón conocía de dos ídolos a la par: Stanislaw Zbysko y "Strangled" Lewis.

Aprovechando tal interés deportivo se presentó un buen día sobre la escena de nuestro máximo coliseo una "troupe" de semejantes luchadores, en la cual se incluía un defensor de los colores franceses: Raúl de Rohuen, un estilista norteamericano: Cutler; el irlandés Mc Gee; el exagerado portugués, poseedor de grandes mostachos: Silva; un austriaco y un alemán; un ruso apellidado Lutoff y como figura estelar el apolíneo Wladek Zbysko, hermano de Stanislaw. Como organizador y manager social fungía un señor de aspecto respetable: amplia calva, elegantemente trajeado a la inglesa y un inseparable monóculo. Nos referimos a Andrés Perelló de Seguro, que en sus años mozos había actuado como bajo cantante en el "Metropolitan Opera House".

El "show" fué montado dignamente y para darle mayor teatralidad, oficiaba de anunciador un veterano actor: Pepe Berrio, padre de nuestras admiradas Lolita y Pepita del mismo apellido, que en todo momento le daba a sus palabras la gravedad que exigía el drama de Echegaray.

Pero las muchedumbres son caprichosas y el espectáculo no acababa de interesar, pese a que el moscovita Lutoff ofreció la nota emotiva al morir instantáneamente dentro de su camarino, después de haber torcido junto a su cuello un largo rallo de acero.

Y una noche en que los espectadores apenas si habían ocupado media sala del antiguo Tacón, se adelantó Perelló de Seguro hacia el proscenio, con paso firme como si fuera a entonar una romanza y pidió permiso al "respetable público

—entonces se le decía respetable— para leerle una carta en la que un "comerciante arraigado en New Orleans, pero de paso por La Habana y cultivador de dicho deporte, pedía permiso para actuar en tal torneo si se lo permitían, teniendo en cuenta que ya había comenzado la competencia". Y firmaba con un pseudónimo que prontamente iba a popularizarse en grado superlativo: "Español Incógnito".

Perelló, ducho en achaques teatrales, sabía lo que estaba leyendo y cuando al final de la noticia preguntó a la concurrencia si ésta concedía su venia, un "sí" clamoroso en medio de una cerrada ovación fué la cálida respuesta.

La colonia española en Cuba era entonces numerosísima y aún no dividida por los apasionamientos de la guerra civil posterior, formaba una masa compacta e indivisible muy fácil de manejar con un repiquetear de castañuelas y unas cintas rojas y gualdas flotando al viento. Y en esta ocasión el experimento no falló tampoco y dió el resultado apetecido, pues la sala del amplio "Nacional" se colmaba todas las noches, de bote en bote, para admirar y aplaudir al bravo "Español Incógnito" derrotando adversarios y más adversarios por medio de llaves que a veces lucían fantásticas.

Y fué tanto el fanatismo despertado por dicho gladiador que en vano fué que al vecino "Payre" viniera otro grupo de luchadores con el campeón mundial de greco-romana Constan Le Marin al frente y de lugarteniente el vascongado Ochoa, verdadero dueño de ese título en la Península. La colonia hispana aquí residente seguía prodigando su simpatía hacia el primero, no sabemos si por considerarlo más español o más incógnito.

Barridos ya todos los contrarios conocidos, se le enfrentó con el famoso Conde Koma, el invencible Yamato Maida que nos visitaba por segunda vez y agotada la escala de las emotividades en sus distintos encuentros con el ágil japonés, el Español Incógnito tuvo también como rivales a un oso del Circo Santos y Artigas y al león Samson y hasta a un resignado kanguro.

Después, el fanatismo fué decreciendo, sobre todo cuando se fué filtrando el rumor de que aquel valeroso atleta, del cual fuimos después buenos amigos, era rumano de nacimiento, nunca había habiéndose ganado la vida durante mucho tiempo estado en España y se llamaba Pablo Alvarez, como "extra" debido a sus conocimientos de jiu-jitsu, en las películas que se filmaban en Hollywood y en las cuales se incluían escenas de riñas tumultuarias.

Pero ya era tarde. El "Español Incógnito" había timado a toda una población con una nacionalidad y una championabilidad que nunca había poseído.



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

Iben Monsin y el Crimen de Guanabo.

GUANABO, a pocos kilómetros al este de la Habana, era en la época a que nos vamos a referir en la presente narración y un pedazo de playa, con una arena muy fina y un mar muy azul, completamente despoblada y no se vislumbraba la posibilidad de que algún día se convirtiese en lugar de veraneo aristocrático y popular a la vez, en el cual los temporadistas habrían de residir en lujosas mansiones y los excursionistas tendrían que refugiarse en establecimientos no tan lujosos, pero con precios tan subidos como si lo fueran.

Guanabo, en la actualidad, resulta la respuesta contundente y definitiva a los que preguntan por qué los cubanos prefieren en sus vacaciones ir a gastarse el dinero a Miami y no a las playas nativas. Pero, en fin volviendo a nuestro tema, diremos que allí por el año 1924 llegó a la Habana uno de esos "trotas-mundos" pintorescos, que decía ser canadiense de nacimiento, justificando sus andanzas como competidor en un premio de miles de libras esterlinas ofrecido por un periódico de Londres al explorador que después de recorrer distintos países mayores conocimientos aportara.

Su natural afable y su fluida locuacidad le granjeaban pronto la simpatía de quienes lo trataban, ofreciendo en algunos teatros conferencias privadas y públicas con objeto de explicar su incansable peregrinación. Y todos quedaban maravillados ante su magnífico poder de retentividad para recordar, expresándose con palabra fácil, los nombres de pueblos y personas de toda la República, adicionando detalles, en torno de ellos que en ocasiones eran ignorados hasta por los que le hacían las preguntas.

X X X X

Iben Monsin, que así se hacía llamar este aventurero, no tardó en convertirse en un tipo popular. Hombre de mirada penetrante, algo velada por amplios espejuelos de cristales color ambar; cuidadosamente afeitado y pelado al "rape", vestía siempre de blanco, usaba polainas de cuero y tocaba su cabeza con un casco inglés. Tal era su celebridad que un día fué invitado a la tribuna del ya desaparecido salón de Conferencias de la Universidad, con objeto de que ante profesores y alumnos, hiciera gala de sus grandes facultades nemotécnicas, siendo sinceramente felicitado por unos y otros al terminar sus asombrosas demostraciones.

Entre el animado auditorio estudiantil había una joven que cursaba sus estudios en una rama de la Facultad de Letras y Ciencias. Beldad de típica belleza criolla, costarricense o panameña de origen,

la recordamos en nuestra época universitaria cuando atravesaba el amplio patio central en el que un laurel centenario nos cubría todos con su sombra amorosa, de bracero de un compañero, estudiante de Derecho, muerto ya trágicamente, con el cual parecía mantener un incipiente idilio.

No sabemos si debido a aquella caterva de citas y conocimientos que en ocasión brotaba de sus labios con tumultuosidad de catarata o a sus puntos, que también frecuentemente exponía sobre el amor libre y la vida del hombre en contacto directo con la naturaleza sin prejuicios ni jeyes que torcieran su libre albedrío, lo cierto fué que la hermosa estudiante se antió atraída, acaso fascinada, por el enigmático explorador.

Se les veían juntos muchas veces, caminar lentamente, cogidos de la mano a la hora poética del crepúsculo, através del viejo paseo del Prado. En ocasiones, los trasnochadores impenitentes los descubrieron aomar los primeros tintes de la aurora sentados sobre el muro del Malecón, con la vista fija en el mar infinito hasta que un día, nadie más supo de ellos.

Acaso la linda mujercita que siempre había soñado con un amor plácidamente feliz como ella había leído repetidamente durante su niñez en los cuentos de hadas, se había dejado arrastrar por la palabra embacadora del aventurero que sólo le ofrecía como talamo nupcial un rincón apartado de las feraces campiñas tropicales bajo el dosel de nuestro cielo tropical.

X X X X

Pero la tragedia acechaba. Una mañana los periódicos publicaban la noticia de la perpetración de un crimen en la entonces solitaria playa de Guanabo. En un sitio recóndito habían aparecido los restos carbonizados de una mujer que al parecer, después de asesinada, fué entregada a las llamas que saciaron en aquella carne femenina sus ardientes apetitos.

Al impenetrable misterio de los primeros momentos siguió un rayo de luz en las investigaciones pudiendo determinarse sin lugar a dudas que la víctima era la bella estudiante de Pedagogía. Y ¿el autor del hecho? Fácil resultaba suponerlo, pero la policía no hallaba pruebas concretas contra él y mucho menos podía detenerlo, puesto que desde los primeros instantes había huido de Cuba sin dejar huellas.

A los pocos meses, el Jefe de la Policía Judicial, Alfonso L. Fors recibía una carta procedente de California. En lacónica misiva, desde su lecho de muerte en un hospital, Iben Monsin confesaba su horrendo asesinato.

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador
de la Habana



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LOS COUPLETS DE LA MAYENDIA

EL "couplet" desde luego, tuvo su origen en Francia, en cuyo idioma el "calambour" retoza de labio en labio, ofreciendo la oportunidad del doble sentido picaresco que era condición especial en los comienzos de este frívolo género musical.

En España se adoptó en la misma forma, pero alternandola con una nueva modalidad satírica, dando lugar a que Sagasta, siendo Presidente del Consejo de Ministros en los últimos años del pasado siglo, acostumbraba a bajarse de su coche junto a la puerta del legendario "Apolo", en plena calle de Alcalá, para preguntarle al portero si trabajaba esa noche en el teatro y con dicha interrogación el político español indagaba si se le nombraba en las coplas de las obras que allí se presentaban.

Más tarde, el couplet quiso superarse un poco, aunque invadiendo un género igualmente popular: el sentimentaloides y así, la española Raquel Meller pudo conquistar el París de la Mistinguett, cantando trágicamente "El relicario" o entonando con melancolía "La Violetera".

En la Habana el couplet obtuvo sus primeros triunfos adheridos a las ligeras obritas de género chico, formando parte integral de ellas. Así se hicieron famosas las coplas que cantaban el ya desaparecido "Albisu", la celebrada Esperanza Pastor y el actor Luis Escribá en la revista "Venus Salón" y de semejante suerte tuvieron los que se cantaban en la zarzuela "Enseñanza Libre" que dieron lugar a que a un alcalde capitalino se le llamase cariñosamente "Monono" al sustituir un vocablo equivoco de la tonadilla con dicha palabra. Tal funcionario fué el doctor Juan Ramón O'Farrill.

Poco después, Maria Conesa alborotaba a los habaneros con los couplets de "La gatita blanca" y más tarde, con el pretexto del desnudo estético que se puso en boga tras la presentación de la "Bella Chelito" el género tornose chabacano y se necesitó de la presencia de una Amalia Molina, por ejemplo, para que el couplet volviera por sus antiguos fueros.

Y por los escenarios de los teatros habaneros desfilaron muchísimas cultivadoras de este género frívolo. Algunas hermosas y elegantes, como la guapísima Roxana; otras feuchas, pero con gran temperamento artístico, como Amalia Isaura que popularizó entre nosotros tonadillas tan graciosas como aquellas del: "Eleuterio, que me has dao?" y la "neurastenia de la Balbina".

Tratar de recordar los nombres de todas aquellas intérpretes extranjeras que en esta ciudad cosecharon aplausos sería exponernos a omisiones la-

mentables pero no podemos dejar de citar a Maria Tubau, Paquita Escribano y Gloria Gil Rey que dejaron una grata huella.

Sin embargo, a fines de 1917 se anunció en el Teatro "Irijoa", que desde 1901, cuando en dicho coliseo se celebró la Asamblea Constituyente había cambiado su primitivo nombre por el patriótico de "Martí", el debut de una compañía de zarzuelas y sainetes, procedente de España, en cuyo elenco figuraban las conocidas tiples Maria y Carmen Puchol y el renombrado actor, idolo del público madrileño, Casimiro Ortas. ¡Ah! También figuraba en el conjunto, como tiple cómica, Consuelo, Mayendia.

Las representaciones teatrales en aquel entonces se dividían por tandas y la noche de la primera presentación, las dos partes iniciales sirvieron para que las hermanas Puchol y Casimiro Ortas mostraran ante los habaneros sus cualidades líricas e histriónicas.

En la tercera tanda se ofreció el estreno de una pequeña obrita sin gran trascendencia, titulada: "El Club de las Solteras" y en medio de la cual, Consuelo Mayendia entonaba los couplets de "Flor de The", "Los Amores de Ana" y "Mala entraña".

Y no necesito más aquella tiple fea, chiquitica, cabezona y llegada a la Habana sin gran publicidad para convertirse prontamente en el idolo de nuestro público, opacando la gracia de Casimiro Ortas, la belleza de Carmen Puchol y las aptitudes líricas de su hermana Maria.

Agotando todo el repertorio sensiblero de ese género, debido en gran parte a la inspiración de Martínez Abades, gran pintor español, la Mayendia reeditó en nuestra capital el éxito de la Meller en París.

Además de las ya citadas, "Mimosa", "Agua que no has de beber", "Calla jilguero", "Agua que va río abajo", "Amor de muñecos" y tantas otras lograron rápidamente el espaldarazo popular y a pesar de que los medios de difusión no eran los modernos, en organillos, pianolas, pianos y hasta en silbidos por las calles se repetían una y otra vez sus notas melosas y tiernas.

La novia olvidada musitaba tristemente junto a la ventana:

"Cuando triste quedo a solas en mi alcoba
le pregunto a la estampita de la virgen,
¿qué he hecho yo, para que así tan mal te
(portes?).
¿Que lo que haces tú conmigo es casi un
(crimen). ..!

Mientras el galán despreciado trataba de hacer-
se oír de la amada:

"si ya sabes que te quiero
¿de qué estás celosa? Mimosa, Mimosa".



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

EL VUELO DE ROSILLO: KEY-WEST-HABANA

EL hombre, desde su creación, igual que conquistó la tierra y el mar, deseaba también ser dueño del aire. La mitología griega nos habla ya de la leyenda de Dédalo e Icaro; un sabio de Alejandría, antes de Cristo, descubrió el principio básico de la propulsión a chorro y en plena era renacentista, Leonardo da Vinci proyectó una máquina para volar.

Pero no es hasta el pasado siglo cuando el ser humano insiste en lograr tal objetivo, tras las convincentes demostraciones de los hermanos Montgolfier con su globo aerostático. Muchos fueron los experimentos intentados a través de toda esa centuria y es en su último lustro cuando el brasileiro Santos Dumont utiliza por primera vez el motor de gasolina aplicado a un dirigible y poco después el conde alemán Von Zeppelin planea una nave aérea de esta clase con rígida armazón.

No obstante son los hermanos Orville y Wilbur Wright los que asombran al mundo haciendo volar, aunque a cortos trechos, una máquina mas pesada que el aire. Se ha inventado el aeroplano que recibe el espaldarazo de la estabilidad y de futuras proyecciones, cuando Bleriot atraviesa el Canal de la Mancha en medio de la general admiración.

Y es allá por 1910 cuando bajo los cielos cubanos vuelan semejantes aparatos recientemente inventados. Ward, Beachy y un tercero cuyo apellido no recordamos son los primeros pilotos que ven los habaneros hendir el espacio al timón de sus respectivos biplanos. En el antiguo polígono del Campamento de Columbia se ofrece el espectáculo de despegue y aterrizaje de tales aviones que una vez emprendido el vuelo se extienden, como en aventura temeraria, hasta la altura de la farola del Morro y sobre ella dan una vuelta en derredor. En coches y en aquellos primitivos automóviles de cafetera, movidos por carburo, es como casi toda la población capitalina se traslada todas las tardes al lugar donde se verifican tales exhibiciones.

Terminadas esas demostraciones, nos visitaron también los hermanos Moissan que ofrecieron un nuevo meeting aéreo, originado esta vez, en la finca "La Coronela" que hoy creemos a un paso de la capital, mas en aquel entonces era necesario

tomar un tren en la antigua estación de Villanueva, donde actualmente se alza el Capitolio Nacional, para llegar a sus frondosas arboledas, popularizadas por sus mangos sabrosos. Posteriormente el francés Rolan Garros vino a La Habana con un solo objetivo que, al fin, logró: batir el record de altura. Años más tarde, al comienzo de la primera guerra mundial, el Destino le reservó el triste privilegio de ser el primer aviador muerto en acción de guerra.

En Cuba, como en todas partes del mundo, el entusiasmo por la incipiente aviación era extraordinario y no recordamos qué institución habanera o del histórico Cayo Hueso ofreció un premio al primer piloto que lograra cruzar por los aires el estrecho de la Florida, saliendo de la ciudad norteamericana para aterrizar en nuestra capital.

El primero en intentarlo fué un yankee: Mc Curdy, que dos veces, piloteando un biplano Curtis fracasó en su empeño cayendo sobre las encrespadas aguas del Golfo, de donde fué recogido por cañoneros americanos.

Pero había también dos cubanos: Domingo Rosillo y Agustín Parlá que alentaban el mismo deseo y las frustraciones de Mc Curdy no entibiaron sus esfuerzos. Rosillo disponía de un Morane, monoplano sin flotadores que le ofrecía relativa seguridad, mientras Parlá sólo tenía a su alcance un biplano construido por lonas y pedazos de cañas bravas, con un motor, una hélice y dos flotadores.

Varias veces habían querido ambos iniciar su hazaña, pero las condiciones desfavorables del tiempo les impedían el despegue, hasta que por fin, en la mañana del 17 de mayo de 1913 —hoy 43 años—, el parte meteorológico expedido especialmente por el padre Gutiérrez Lanza le hizo adentrarse en los espacios no sin pasar el oportuno aviso, en un rasgo de sportmanship, a su digno rival Parlá.

Se había anunciado por la prensa, que en el momento en que cualquiera de los dos aviadores cubanos comenzase su vuelo se dispararía desde la fortaleza de la Cabaña un cañonazo para avisar a la población los prolegómenos de la hazaña que se intentaba realizar y efectivamente, a las seis

antes meridiano de ese día, los habaneros fueron despertados por el fuerte estampido. Unos minutos después, todo el paseo del Malecón que entonces se extendía solamente del Prado al lugar donde andando el tiempo habría de erigirse la estatua del Titán, se vió invadido por miles y miles de personas, habiendo acudido muchas de ellas a medio vestir y la mayoría sin desayunar, pues no había quien no quisiese ser testigo presencial de la culminación de aquel magno y trascendental evento.

Dos horas y minutos llevaban soportando pa-
 cientemente los rigores del sol tropical aquellos
 millares de espectadores y ya la duda y el desa-
 liento, a la par que el apetito, empezaban a adue-
 ñarse de sus espíritus y de sus cuerpos, cuando
 un punto negro que alguien descubrió en el hori-
 zonte y que avanzaba por el aire hasta la capital
 provocó un ¡Ah! coreado de tal manera, que aquel
 rumor escuchado entonces en plena niñez, lo he-
 mos guardado a través de los años en nuestros
 oídos, como el himno de glorias más sincero que
 jamás pueblo alguno le haya tributado a uno de
 sus héroes.

Efectivamente. Pocos segundos después el "Morane" piloteado por Rosillo se iba perfilando sobre el azul purísimo de nuestro cielo en aquella luminosa mañana de mayo y la hazaña había llegado a su feliz término, aunque el propio piloto confesó a su llegada, que en distintos momentos del recorrido se creyó fracasado, pues había perdido de vista a los buques que vigilaban la ruta, aterrizando en Columbia con el tanque de gasolina a punto de quedar completamente vacío.

Pocos días después, Agustín Parlá, en un rasgo corajudo, se lanzó también en pos de la gloria en aquel aparato frágil que hemos descrito anteriormente y logró llegar al Mariel.

Así fué como dos intrépidos cubanos contribuyeron con su esfuerzo y su arrojo al progreso de ese gran invento que es la aviación.



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño.

EL COMETA "HALLEY"

Si viviéramos cien años más tampoco se nos borraría de la mente la visión que en ella quedó grabada en nuestra niñez, del cometa "Halley" en una de aquellas madrugadas cercanas al 18 de mayo de 1910 —cúmplase hoy exactamente cuarenta y seis años— fecha en que, según algunos sabios, la masa gaseosa de ese viajero del espacio envolvería la tierra aniquilando en ella todo germen de vida.

Todavía bajo los efectos del sueño nos sacaron de la cama, muy cerca de las tres de la mañana y después de abrigarnos convenientemente, nuestro padre nos llevó de la mano hasta el vehículo que esperaba frente a la puerta de la casa. Era un coche de los llamados de la Acera del Louvre y su auriga, el veterano Mariano sentía el orgullo de estar catalogado como tal. Acomodados ya en sus asientos, nos esperaban nuestro tío Pencho, el doctor José Pereda, cirujano en boga en aquella época y aquel simpático clubman que se llamó Carlitos Maciá.

El cochero Mariano dejó caer suavemente, como una caricia, el látigo sobre el lomo de la yegua "Cuca" y que retozonamente emprendió un ligero galope en dirección al Malecón y cuando el coche llegaba al amplio paseo por una de las calles que en él desembocan, confesamos que se presentó ante nuestra vista un espectáculo de tan imponente magnificencia como jamás habíamos presenciado y no hemos vuelto a contemplar a través de nuestra existencia.

* * *

En el horizonte, allí junto a la línea imaginaria en que parecen unirse mar y cielo, dijérase que reposaba una brillante estrella de fulgores insospechados y de ella brotaba una extensa cola de bruñida plata que se iba ensachando en su ascensión hasta cubrir todo el firmamento, mientras en las aguas reposada del Golfo se reflejaba con impecable nitidez la maravillosa imagen.

¡Ese era el cometa Halley! El mismo cometa Halley que según los hombres que se han dedicado a tales estudios, tarda setenta y cinco años en recorrer su fantástica órbita. El mismo cometa Halley que de acuerdo con todas las suposiciones habría de aniquilar nuestro planeta dentro de contadas horas. El mismo cometa Halley que no son pocos los que aseguran, conforme al tiempo que tarda en presentarse ante nuestra vista que fué el que hace cerca de dos mil años unos Reyes Magos denominaron "estrella de Oriente".

* * *

El acercamiento de tan peligroso viajero con los presagios, basados en datos científicos, de que el choque con la Tierra produciría el fin de este planeta provocó gran pánico en la población de todos los países. A principios de este siglo, vivía la Humanidad una era tan plácida y tranquila

que llegó a tornarse ingenua y por semejante motivo se daba a crédito a los más pesimistas augurios que ya habían tenido precursores con la aparición de la "peonía" y las palabras fatalistas de un llamado "Hombre Dios".

Ante esa amenaza cierta, no fueron pocos los que se decidieron a disfrutar alegremente los últimos días de su existencia incurriendo en deudas que, después de todo, ya no habrían de pagar nunca y hasta algunas parejas de enamorados tomaron determinados anticipos amorosos en previsión de que la consumación de la catástrofe les privara de todas las delicias del himeneo.

* * *

Y llegó la fatal fecha. Familiares y amigos se movían en distintas direcciones dentro de la casa, por las calles, en el trabajo y se miraban unos a otros con lastimas, sin atreverse a pronunciar otras frases que el "morir habemus" de los frailes trapenses. Ambiente de tristeza y de miedo el que reinaba en todas partes en espera de las nueve de la noche, hora científicamente señalada para el desenlace trágico.

Las familias se reunían en sus casas con ánimo de morir todos juntos. Otros más escépticos se dirigían a la cantina a la cual eran asiduos parroquianos, a fin de despedirse de la existencia con la copa en alto y no faltaron los que animadores de ese contagioso "choteo" criollo prefirieron asistir como espectadores al estreno de un sainete de Federico Villoch titulado "El cierre a las seis" que la compañía teatral de Alhambra, dirigida por Regino López, en una de su habituales temporadas para familias, presentaba desde la escena del teatro "Polyteama chico", situado en la Manzana de Gómez.

Los relojes marcaron sentenciosamente las nueve de la noche y tales campanadas sonaron en algunos oídos como si doblaran por un mundo que se iba. Ya eran las nueve y cuarto, sin que nada hubiese ocurrido. Ciertamente este cometa no era muy puntual que digamos. Y así esperando a cada momento el instante fatal, llegó la medianoche. El peligro sin duda había pasado. Aquellos rostros cumpungidos, aquellas caras pálidas se tornaban risueñas y pletóricas de vida. El cometa solo quedaba ya en nuestro recuerdo como un motivo para un danzón, una rumba, una caricatura de "La Política Cómica" o una obrita de "Alhambra".

El júbilo renacía en todas partes y en Cuenca sólo hubo que lamentar un hecho de dantesca coincidencia. Precisamente cerca de las nueve de la noche un polvorín del cuartel Ravena, en la ciudad de Pinar del Río, explotó ocasionando numerosas víctimas. Si aquellos infelices que perecieron tuvieron una fracción de segundo para razonar, emprenderían seguramente, ese viaje final con cierta resignación. Ellos no eran los únicos. ¡El mundo entero que se acababa!



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LA MUERTE DE ARMANDO DE LA RIVA

AQUELLA tarde estival del 7 de julio de 1913 habíamos ido como todos los días a la salida de clase con dos o tres compañeros de colegio hasta el antiguo Prado con nuestros patines al hombro para allí colocarnos en los pies y rodar sobre las viejas losas de aquel paseo como una diversión infantil.

En tal ocasión no habíamos comenzado nuestros cotidianos ejercicios, cuando el ruido producido por varios disparos de armas de fuego y el consiguiente tumulto que se originó en dirección hacia la cuadra comprendida entre las calles de Trocadero y Animas, acera de los pares, provocó lógico estupor y cada uno de nosotros, quitándonos rápidamente los patines, confiámos en las propias piernas la ansiada salvación, dirigiéndonos en forma acelerada hasta nuestros respectivos domicilios, cercanos al lugar de los hechos.

En el camino, oímos decir a alguien, todavía con el asombro reflejado en el rostro, que habían matado al Jefe de Policía, Armando de la Riva, y al llegar a nuestra casa repetimos nerviosamente más lo que habíamos oído, que lo que habíamos visto.

Y efectivamente, así había sucedido. Armando Jesús de la Riva que tenía bajo su mando todas las fuerzas policíacas, era no sólo el General más joven de nuestras luchas libertadoras, sino que ostentaba también el grado de Brigadier del Ejército Nacional. Por otra parte, como abogado había ocupado el cargo de Magistrado en una Audiencia provincial y había sido Secretario de Sala en el Tribunal Supremo. Al responsabilizarse con la jefatura de ese cuerpo había iniciado una fuerte batalla contra la prostitución y el juego, prohibiendo que en los llamados círculos políticos se jugara ilícitamente de manera ostensible. Entre estos últimos sitios, los más conocidos eran los que llevaban los nombres de Matías Betancourt, situado en los altos del hoy café "Miami" y el de "General Asbert", en la esquina de Prado y Virtudes.

El General Ernesto Asbert que es el único de los protagonistas de aquella tragedia que aún vive, procedía también de las filas libertadoras y

su personalidad política surgió al convertirse en una de las figuras más destacadas del movimiento revolucionario de agosto de 1906, contra el gobierno de Estrada Palma. A pesar de su origen liberal, antes de las elecciones de 1912 se separó de la histórica organización firmando un pacto comicial con las fuerzas conservadoras que llevaban como candidato presidencial al general Menocal y a dicho conglomerado se le llamó Conjuración Patriótica Nacional.

El triunfo les sonrió a ambos y hacia pocos meses que Menocal había tomado posesión de su alta magistratura y Asbert de su cargo de gobernador provincial de La Habana. Político de rumbra en las masas populares, funcionario de acrisolada honradez y hombre conocedor de todos los manejos electorales de aquella época, Ernesto Asbert estaba considerado por muchos como un candidato presidencial de grandes probabilidades en futuros comicios.

Aquella tarde aciaga, Armando de la Riva pasaba en su coche por el Prado, llevando con él dos niños: su pequeño hijo Armandito y el hijo del General Rafael de Cardenas, ya fallecido. Al pasar frente al Círculo Asbert, el portero de aquel lugar, apellidado Zulueta, dejó ver el cañón de su revolver de manera que el jefe policíaco estimó provocativa y éste ordenó al cochero que detuviera la marcha, se bajó del vehículo, despojó del arma a dicho individuo y se lo entregó a un vigilante que hacía posta en la esquina cercana con objeto de que lo condujera a la Tercera estación. Después volvió a montar en el coche para proseguir su paseo vespertino y parecía haber olvidado el incidente.

Pero la tragedia acechaba y quiso el Destino que en el recorrido del vigilante y el detenido se interpusiera el automóvil en que también daba vueltas por el Prado, tomando el fresco de la tarde, el General Asbert, el representante Eugenio Arias y el senador Vidal Morales. Como es natural, el Gobernador le preguntó al portero de su círculo político qué le había ocurrido; éste le dio una explicación a su manera y sin oír más razones, ordenó al chauffeur de su auto que encaminara la máquina en busca del coche donde iba Armando de la Riva.

El encuentro se produjo en la parte de Prado entre Trocadero y Animas, acera de los pares, según dijimos anteriormente. Ambas autoridades se enfrascaron en una discusión violenta en torno al hecho acaecido y como ya el tono de la voz se alzaba considerablemente, el jefe policiaco advirtió al Gobernador: "Somos autoridades y no podemos estar dando tal espectáculo en público".

Ese fué el instante en que el legislador Arias, de carácter impulsivo y violento terció en la cuestión, sacando amenazadoramente su revólver. Asbert requirió su pistola, mientras Vidal Morales se bajaba del vehículo y se dirigía rápidamente a buscar refugio detrás de los cercanos árboles. Sonaron dos disparos y se vió a Armando de la Riva, que trataba de amparar con su cuerpo a los dos pequeños acompañantes, caer desplomado dentro del coche.

Los agresores volvieron a montar en el automóvil y emprendieron una rápida retirada, encontrándose en el camino al capitán Campiña que detrás de las columnas de un portal hizo fuego, aunque sin resultado, contra los fugitivos que se dirigieron a toda velocidad hacia Marianao, para visitar en su residencia de la Quinta Durañona al Presidente de la República.

No sabemos si en el trayecto hubo cambio de armas, como algunos aseguraron, pero lo cierto es que cuando se entrevistaron con el Primer Magistrado refiriéndole lo acaecido, el general Menocal solemnemente les dijo que lamentaba profundamente los hechos, mas a ellos no les quedaba más remedio que entregarse a las autoridades judiciales.

Así fué en efecto y en la sala de lo Criminal del Tribunal Supremo, dada la jerarquía de los procesados, se celebró el juicio oral que resultó un verdadero torneo de oratoria forense en el que intervinieron figuras tan destacadas como el Fiscal Figueredo y los doctores Betancourt Manduléy, Enrique Roig y Pedro Herrera Sotolongo.

Los magistrados absolvieron, como era de esperarse a Vidal Morales, pero condenaron a doce años de prisión al Gobernador Asbert y al representante Arias, para los cuales, pocos meses después, sus amigos y compañeros del Congreso, votaron una ley de amnistía que fué vetada por Menocal.

Al reconsiderarse el veto presidencial faltaba un voto para completar las dos terceras partes y ese sufragio fué ofrecido por el general Sánchez Agramonte que presidía el Senado.

Así finalizó el orden jurídico aquella lamentable tragedia que ocasionó dos muertes, pues resulta indiscutible que la bala que arrebató la existencia a Armando de la Riva, cortó también en flor la brillante carrera política de Ernesto Asbert.



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

La Estatua de Maceo. Cómo se Mató
Máximo Herrera

Un 20 de mayo —el de 1916, para ser más exactos— fué la fecha escogida para descubrir la estatua ecuestre del Titán de Bronce erigida, en un extremo del llamado Parque de Maceo que hasta ese momento sólo constituía un limitado terreno cubierto de hierba destinado a servir de campo propicio a la muchachada ávida de practicar base ball y en el cual se hallaban emplazados viejos cañones de hierro de la llamada batería de la Reina.

Hemos dicho que ese monumento, para el cual se había convocado a escultores nacionales y extranjeros resultando seleccionado el proyecto del joven Domenico Boni, se hallaba emplazado en un extremo del parque y así era en efecto, aunque ahora aparezca situado en medio de semejante lugar. La otra parte se construyó después, cuando se robó al mar el espacio de la denominada caleta de San Lázaro y se prosiguieron las obras de urbanismo colocando una vistosa fuente luminica.

★ ★ ★

La estatua de Maceo fué motivo de muy diversos comentarios por la forma de otorgarse el premio, por la belleza artística del proyecto seleccionado, al cual se le atribula motivos escultóricos copiados de otras obras famosas como la figura del "pensador" que se asemeja a la cincelada por el maestro Rodin y hasta ocasionó ardua polémica la colocación del monumento, pues mientras muchos estimaban y entre ellos el mismo escultor Boni, que debería estar de frente al Norte, mirando hacia el mar, hacia el infinito, no faltaron los que sustentaban el criterio, que al fin prevaleció, de situarlo de espaldas al Golfo y con la vista fija en tierra que con su formidable brazo ayudó a libertar.

A nosotros nos parece ello un grave error y lo cierto es que en la situación en que se halla, da la sensación al viajero que nos llega de extraños lares, que Maceo ha vuelto grupas con su cabalgadura en una actitud que nunca adoptó quien como el Mariscal Ney puede llamársele justamente "valiente entre los valientes".

Tan ardorosa controversia originaron todos estos detalles, que cuando Boni a los pocos meses de encontrarse entre nosotros, murió en una clínica a consecuencias de operación quirúrgica de urgencia debida a una "apendicitis fulminante", hubo quienes aseguraron que un duelo a espadas de consecuencias fatales había sido la causa del fallecimiento.

★ ★ ★

Después de las ceremonias oficiales llevadas a cabo para el descubrimiento del suntuoso monumento, la mayor parte de aquella muchedumbre que pre-

senciaba tales actos se trasladó al todavía flamante Hipódromo de "Oriental Park", en donde como parte de los festejos patrióticos que se habían señalado para esa fecha, se celebrarían al mediodía unas carreras de automóviles en las cuales habrían de tomar parte conocidos drives foráneos y del patio.

Entre estos últimos se encontraba en primera fila, el popularísimo Máximo Herrera, que todavía lleva frescos sobre sus sienes los laureles conquistados en una competencia por carretera organizada por el diario "Heraldo de Cuba" y que fueron tituladas: "Heraldo-Guanajay-Heraldo".

En el mismo carro en que había resultado triunfador en dicha lid, un Stutz de la familia Hidalgo Gato del cual era chauffeur particular, el ídolo de la afición criolla participaría también en las carreras de Oriental Park.

Nutrida concurrencia presa de gran emoción deportiva presenciaba la interesante contienda que se había iniciado en la pista marianense y en una de las vueltas, cuando al llegar a la curva de los seis furlongs, se disputaban la delantera el americano afrancesado Devore y el bravo Máximo, aunque el extranjero ostentaba una pequeña ventaja, la fatalidad quiso que al tratar de filtrarse Máximo por la parte interior de la pista, Devore realizara un pequeño viraje que le cerró el paso al criollo, cuyo "Stutz" fué a estrellarse contra la cerca de palos que limita dicho camino.

★ ★ ★

Un grito de horror se escapó de miles y miles de espectadores. La máquina de Máximo Herrera quedaba destrozada y el cuerpo inanimado de éste, tras una voltereta trágica, yacía a pocos metros del lugar.

Las muchedumbres suelen ser apasionadas y en este caso, casi todos los que presenciaban la competencia desde el stand saltaron hacia la pista en loca carrera, sin que apenas pudiera impedirlo la fuerza pública. Unos se dirigían hacia el lugar del accidente con objeto de ver con ojos aterrados los restos del héroe caído y otros perseguían al americano Devore, que sin saber a ciencia cierta lo que había ocurrido a sus espaldas, detuvo su carro, estando a punto de ser agredido por el público, que lo estimaban responsable de lo sucedido.

Años después tuvimos oportunidad de hablar con Devore, a la puerta de un pequeño establecimiento que regenteaba en la calle de Flager, en la entonces incipiente Miami y aquel hombre con la sinceridad reflejada en sus ojos, después de hablarnos de la simpatía que siempre le había inspirado Cuba y los cubanos, nos confesó que en ningún momento tuvo intención de cerrar el paso a su digno rival y que el trágico accidente sólo había sido obra de la Fatalidad. Y ponía tal emoción en sus palabras, que nosotros le creímos.

COSITAS ANTIGUAS

Los Bailes de Tacón

NO pensamos hacer creer a nuestros lectores que nosotros pudimos presenciar aquellos bailes de Tacón que se celebraban los domingos de Carnaval en el viejo coliseo que construyera Pancho Marty, bautizándolo con el nombre del capitán general español de ingrata recordación.

Tales acontecimientos tuvieron lugar en los últimos años de la colonia y en los primeros de la etapa republicana y han llegado hasta nosotros por la vía de la referencia. Nos fué imposible, pues, admirar y aplaudir a Ricardo Vallera y al gallardo "Polvorín" en sus criollísimas interpretaciones de la danza y el danzón, y sólo los alcanzamos en sus postrimerías, cuando ya lo único que no habían perdido, como buenos bailadores, era el compás y se veían sucedidos por aquel sargento Ortega, que gozó fama de tal, antes de ser nombrado supervisor militar del Instituto de La Habana en tiempos de Machado.

Los bailes de Tacón que nosotros pudimos disfrutar a pulmón pleno, eran aquellos que se celebraban en iguales fechas en el moderno "Nacional", pero que conservaban su pristina calificación, más que como un sentimiento de homenaje al pasado, como una adoración a la taquilla, desde el punto de vista comercial.

X X X X X X

De las primitivas fiestas carnalescas sólo quedaba entonces la "araña luminosa", que pendía del techo como originalmente sucedía: algunos viejos que se sentaban alrededor de la platea convertida en amplio salón de baile, con objeto de recordar mejores tiempos y aun de "echar un cedazo" a despecho del reuma importuno y varias veteranas bailadoras —Caridad Bisté, Amparo Machete— que bajo el negro capuchón, ocultaban los restos de una pretérita belleza.

¡El capuchón negro! Quizás algunos estilistas le llamen "dominó", pero para los que conocieron de esa indescriptible sensación de estrechar entre sus brazos, a los acordes de "Tres Lindas Cubanas" o "Virgen de Regla", ejecutadas por las aun supervivientes orquestas de Valenzuela y Corbacho, a una mujer que ocultaba su identidad bajo semejantes telas que tenían para todos el respeto de hábito religioso, siempre será denominado capuchón.

Bailar con una encapuchada no resulta ciertamente, igual que bailar con otra mujer que por bella que sea se nos presente con su traje habitual o muy fastuoso. Todo ese ambiente de misterio que en todos los momentos ha ejercido gran influencia sobre el hombre para envolverlo al apretar junto así un cuerpo femenino con ribetes de K. K. K. Todas las miradas se nos antojan más deslumbradoras, todas las sonrisas más incitantes, todas las voces más melifluas bajo el sortilegio del antifaz.

¡Que grata noche de grandes emociones que va de la frase galana al gesto brusco, para tratar de saber si es cierta toda la bella ilusión que nos hemos forjado en nuestra mente!

A veces, esta resulta pálida ante la realidad, pero en ocasiones el fiasco más decepcionante epiloga aquellas horas que creíamos inolvidables.

V V V V V V



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

De una manera o de otra, ya avanzada la madrugada el baile bulle en toda su alegría. El salón repleto de parejas creyendo atraer sobre sí la atención de los espectadores al marcar "pasillos" exóticos; en las cantinas el licor acelera el ritmo del enloquecedor bullicio y en los palcos suele verse personas que esquivando también su personalidad, disfrutan pasivamente del espectáculo. Son, seguramente matrimonios decentes, de sociedad. El esposo ha querido satisfacer la curiosidad de su compañera y al mismo tiempo demostrarle que era más bien obra de la fantasía todo lo que de pecaminoso el rumor popular le atribuía a aquellos cubanísimos bailes de Tacón.

Ya amanece. Se ha iniciado el desfile. Todavía el cornetín deja oír sus postreros "para, para papá", y aun la alegría se mantiene firme. Las últimas parejas abandonan el salón y pronto habrá terminado aquel baile, que para los viejos de otras épocas ha constituido un grato remanso de recuerdo y para el joven, que toda la noche tuvo entre sus brazos a una mujer que después despreció entre la concurrencia, sin haberse dado a conocer, un motivo de eterna inquietud.

Quien nunca ha bailado en una fiesta carnavalesca con una mujer que bajo el capuchón, no dejó admirar siquiera el verdadero timbre de su voz, ha dejado de apurar uno de los momentos más felices de la existencia humana.

Carlos Robreño

M, junio 17/56



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LA BOMBA DE CARUSO

Con excepción de Chaliapine, el famoso bajo ruso-francesado, no hubo una sola de las grandes figuras del "bel canto" que se destacara en el lapso comprendido entre los años de 1915 a 1927, que La Habana no admirara y aplaudiera.

Siempre había sido considerada nuestra capital como una plaza de primer orden en dicho aspecto artístico, pero la circunstancia penosa de una Europa envuelta en llamas que obligaba a mantener cerradas sus puertas a coliseos de la categoría del Real de Madrid, el Liceo de Barcelona, la Gran Opera de París, el Convent Garden de Londres, la Scala de Milán, el Constanza y otros, impelieron a los cantantes de la época a buscar en América un refugio seguro y bien retribuido, donde ofrecer las dotes privilegiadas de sus respectivas gargantas.

Fue esa la oportunidad que aprovecharon los habaneros para poder disfrutar no sólo de una larga temporada operática cada doce meses, sino a veces de dos al año: la de invierno y la de verano y hasta de dos simultáneamente, como ocurrió en Mayo de 1920, cuando Caruso, como figura estelar de un elenco en el cual figuraban nada menos que una María Barrientos, una Gabriela Bezzaroni, un Ricardo Stracciari y un Mardones, actuaba en el "Nacional" a más de sesenta pesos la luneta, mientras en el coliseo vecino, en el de Payret se presentaba otro conjunto, más modesto en el precio de la localidad, que contaba con artistas de la categoría de Mercedes Capsir, Marco Redondo y el tenor Inzerillo.

X X X

En 1915 abrió sus puertas por vez primera el gran Teatro Nacional, que forma parte del lujoso edificio social del Muy Ilustre Centro Gallego, en el cual, dicho sea de paso, aun no ha sido inaugurado oficialmente, pues motivos especiales dieron lugar a la posposición de tal acto que en definitiva aun no ha logrado celebrarse.

El conjunto artístico traído a La Habana por los empresarios Misa y Echemendía era de rutillante calidad. Tita Rufo, a quien puede llamarse sin temor a hipérbole, el más grande de todos los baritonos de todos los tiempos, encabezaba aquella constelación estelar. ¡Qué "Payasos"! ¡Qué "Otelo"! ¡Qué "Hamlet"! Y tantas y tantas obras que cantó a través de las tres visitas que nos hizo!

También vinieron en aquel entonces dos grandes tenores: Zanatelli y Palet, los baritonos De Luca y Aineto y dos grandes sopranos: Juanita Capella, que lamentablemente enfermó y falleció en esta ciudad, y la sin rival Caludia Muzzio, que rápidamente se convirtió en figura destacadísima del "Metropolitan Opera House". Batuta en mano se nos presentó nada menos que el eminente Tulio Serafini.

A la siguiente temporada vino de empresario Adolfo Bracale, que repitió la experiencia en posteriores oportunidades.

Hasta que a mediados de 1920, en plena danza de millones, Bracale quiso ofrecerle al dilettantismo habanero el plato fuerte que tanto había deseado: Caruso. Y aprovechando su vieja amistad con quien fue indiscutible idolo del público new-yorkino, lo contrató por diez funciones: ocho nocturnas y dos vespertinas, a razón de diez mil dólares por actuación. Total: cien mil dólares. ¡Una bagatela!

Y Caruso, rodeado del elenco estelar que ya nombramos al principio de esta narración, se presentó en el Teatro Tacón. Hubo momentos, al través de sus interpretaciones, en que electrizó al auditorio: su "Vesti la giubba" de "Los Payasos" y su "Furtiva lágrima" de "Elixir d'amore" resultaron inolvidables, mas el resto de su labor no satisfizo plenamente a unos espectadores que habían pagado cincuenta, setenta y hasta cien dólares por su localidad para una función.

X X X

Entre admiradores y detractores iba cumpliendo Caruso su compromiso hasta que se anunció la última matinée. La obra que habría de llevarse a escena era "La Forza del Destino", que goza de triste fama entre los cantantes de traer mala sombra, pero a última hora, dificultades del montaje obligaron a la empresa a un cambio. Sería "Aida" la ópera que subiría al palco escénico y Caruso, ataviado ya de guerrero español para interpretar el Don Alvaro tuvo que trocar su uniforme por el de general egipcio que corresponde a Radamés.

Ante una sala abarrotada de público transcurrió el primer acto sin incidente alguno, pero a poco de comenzar la segunda parte, a mediados del día entre Amneris y la propia Aida, se oyó

un fuerte estampido e inmediatamente caían desde la parte de la tertulia, a la derecha del actor, hacia el escenario, grandes pedruscos y mucha cantidad de tierra. Había estallado un petardo y el pánico resultaba indescritible, a pesar de que Joaquín Molina, violinista concertino de la orquesta se levantó y pidió a los compañeros que rápidamente lo obedecieron, la ejecución del Himno Nacional.

Nosotros nos hallábamos en el piso principal teniendo muy cerca al ilustre catedrático de la Universidad doctor Evelio Rodríguez Lendíán y apresuradamente corrimos, escalera abajo, en busca de la puerta principal, junto a la cual se apiñaban casi todos los espectadores, mientras Catuso, vestido de guerrero oriental, atravesaba precipitadamente la Acera del Louvre, en dirección al Hotel Sevilla, donde se hallaba alojado.

Nunca se ha sabido de manera cierta el motivo de dicho petardo, aunque en algunas ocasiones se ha rumorado que lo colocó sin saber lo que estaba realizando, pues había sido engañado por otros, un muchacho que vendía periódicos en la esquina del hoy restaurant "Miami", que entonces se llamaba "Las Columnas".

Andando los años, aquel muchachito, gracias a su propio esfuerzo, convirtióse en político prominente, llegando a ocupar un cargo de Ministro del Gabinete durante el gobierno constitucional del doctor Ramón Grau San Martín.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

4
A-6—EL MUNDO, Sábado 26 de Mayo de 1956



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

EL CICLON DEL 26

Indiscutiblemente, el fantasma que surge amenazador por estas latitudes apenas asoman su faz cubierta de brumas los meses otoñales es el de los ciciones.

Cierto es que no en todos los casos, tales huracanes cruzan por encima del suelo cubano, pues aunque el Padre Viña, hace muchos años, dictó unas leyes a fin de ir calculando su proceso de traslación, dichos meteoros no son muy apegados a tales preceptos y frecuentemente incurren en notorias rebeldías.

Nuestros abuelos recordaban con ojos extremadamente abiertos por el espanto, el famoso temporal de Santa Teresa y el cordonazo de San Francisco, desatados ambos en las fechas de dichas festividades, pero nosotros vamos a referirnos solamente a los ciciones más célebres que nos han azotado en la era republicana, si bien debemos de advertir que de aquel del año 1906, a raíz de la revolución de los "caballos mochos" contra el gobierno de Don Tomas, apenas si guardamos una ligera noción.

* * *

Recordamos sí, aunque perdidos en los ya lejanos tiempos de nuestra niñez, los huracanes que cruzaron por La Habana, acompañado uno de ellos de un furioso ras de mar, en el año 1909, a los pocos meses de haber tomado posesión del gobierno el general José Miguel Gómez. Como al año siguiente, en 1910, se repitió fatalmente la dosis, no faltaron conservadores furibundos que tildaban de "heques" a los liberales. Otro temporal que dejó entre nosotros un doloroso recuerdo fué el de 1919 llamado el del "Valbanera", que aunque su centro no pasó por la misma capital, en su irregular recorrido engañó al capitán del viejo trasatlántico que encontró su tumba en el fondo de los mares, cerca de Key West.

El 1 de septiembre de 1933, a los pocos días de la caída del régimen machadista, se izaron señales de mal tiempo a lo largo de toda la isla. El ciclón atravesó las provincias centrales, pero donde mayores efectos causó fué en la propia Ha-

vana, ya que se llevó nada menos que a un Presidente, el doctor Carlos Manuel de Céspedes, quien ocupaba provisionalmente dicho cargo desde el 12 de agosto y había ido a socorrer a los damnificados de Sagua y Caibarién. En semejante labor se hallaba enfrascado, cuando lo sorprendió el golpe del 4 de septiembre.

En 1944, casi a las pocas horas de tomar posesión del gobierno el doctor Ramón Grau San Martín se nos presentó otro temporal de larga duración, pues dos días con sus respectivas noches mantuvo su implacable flagelo y cuatro años más tarde, en 1948, sufrimos por partida doble los efectos excitantes de las recias ráfagas amenazadoras. Al primero, cuando se le esperaba, se perdió de la vista de sus observadores y nos vinimos a enterar de su trayectoria al pasar el petate y el segundo, se apareció por sorpresa sin que nadie contara con él.

* * *

No obstante, alterando el orden cronológico hemos dejado para finalizar esta sencilla narración, el llamado ciclón del 26, el único en los últimos cincuenta años, cuyo vórtice pasó por esta ciudad, ocasionando grandes estragos.

Aquella noche del 19 de octubre de dicho año se presentó con mal cariz. Torrenciales aguaceros de manera intermitente caían sobre La Habana y sus alrededores y los continuos partes meteorológicos de Millás y Goberna, desde los Observatorios Nacional y de Belén, que transmitían a cada minuto la estación radiofónica P. W. X. de la Cuban Telephone por las voces de sus locutores O'Farrill y Falcón hacían más sombrío el panorama. Sin embargo, alguna gente joven, teniendo en cuenta recientes fracasos recibidos a despecho de parecidos augurios pesimistas, salió a la calle en son de fiesta, con objeto de "correr el temporal". A media noche, el aspecto del tiempo presentábase más imponente. Nosotros fuimos a recalar, como hacíamos siempre a tales horas, a un pequeño cabaret, sin grandes pretensiones, situado en la esquina de Amistad y Barcelona, llamado "El Infierno". En un ángulo del salón había un sector bautizado con el sugestivo nombre de "rincón caliente" y que resultaba el punto de cita obligado

de artistas y periodistas trānochadores. Esa noche, en cambio, lucia, muy contada la clientela: Antonio López de Loyola, el popular "Calvo" López, bohemio impenitente, hacia compañía al periodista César Faget, perteneciente a la redacción de EL MUNDO y repórter de guardia en tales instantes, cuando llegamos nosotros. También habian algunas amigas cuyos nombres no vamos a citar, más que nada por galanteria, pues no estimamos correcto recordarle a unas damas ciertos hechos de los que ellas fueron protagonistas o testigos hace treinta años.

Continuaba lloviendo a cántaros y las ráfagas cada vez eran más potentes y repetidas. Salimos del cabaret los que estábamos sentados en aquella mesa con intención de recorrer la ciudad en la pequeña máquina que Faget usaba para sus reportajes. Nos aventuramos por la Quinta Avenida, pero se hacia imposible continuar semejantes andanzas. Tratamos de volver hacia La Habana y el viento, con fuerza insospechable detenia en seco aquel automóvil que trataba de abrirse paso a toda velocidad. Al fin pudimos entrar en el Vedado y a través de sus calles más estrechas el vehículo logró continuar su camino. El temporal estaba en todo su apogeo y el silbido que producía el aire al cruzar quedó retenido en los oídos de los habaneros durante muchos años.

Aproximadamente a las diez, repentinamente todo cesó y el cielo lució diáfananamente azul. ¿Qué fenómeno era aquel? Poco habia que saber de estas cosas para darse cuenta de que el vórtice del huracán pasaba sobre nosotros y pocos minutos despues se desataban de nuevo las furias de los elementos, aunque el viento soplaba en opuesta direccion.

Grandes destrozos causó el meteoro en nuestra capital que quedó sin luz, sin comunicaciones, sin agua y para colmo de males, por la noche, un horroroso incendio en la refineria Belot, en Regia, daba al ya tenebroso aspecto de La Habana, ribetes infernales.



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LOS PREGONES ANTIGUOS

En los tiempos a que vamos a referirnos imperaba el viejo adagio de que la "mujer se debía a la casa y el hombre a la calle" y se vivía a mucha distancia del actual confusionismo en que no sabemos, ni por la indumentaria siquiera, dónde comienza la jurisdicción femenina y dónde terminan las actividades masculinas.

El bello sexo replegado a la placidez hogareña solamente realizaba esporádicas salidas diurnas con objeto de cumplir un compromiso social: una visita de pésame durante los nueve días del riguroso luto reglamentario o una felicitación por el dichoso alumbramiento a una vecina que observaba en cama la rígida cuarentena recibiendo de sus amistades obsequios de tabletas de chocolate y pasta de horchata de almendra, tan beneficiosas para la crianza sin necesidad de vitaminas.

Por la noche solía ir acompañado del esposo, el hermano o el padre a las funciones de la Guerrero en Payret, de la Conesa en Albusu, de la Trazzini en Tacón o de la compañía de género vernáculo dirigida por Regino López en algún coliseo adecuado para familias.

Todas estas salidas significaban desde luego un largo proceso en el cual se incluía el inevitable lavado de la entonces larga cabellera que casi constituía un sonado acontecimiento familiar y los posteriores papelillos trenzados con más de 24 horas de anticipación.

* * *

Como en aquella época no salía la mujer a la calle, ni tampoco existían esos establecimientos modernos que en el interior de la República se llamaban antiguamente tiendas mixtas y ahora denominanse groceries en la capital, donde uno puede proveerse de todo con una sola visita, lógico es pensar que tenían que llevarse todo a la casa y por tal motivo, desde las ocho de la mañana en adelante había que estarle abriendo la puerta al sobrín recién llegado que venía con la libreta de los mandados de parte del tío bodeguero, al carnicero que traía la palomilla contada en libras de doce o catorce onzas; el nevero con el largo bloque de hielo dejando una líquida huella en el piso seguida por las alpargatas del carbonero que hacíase anunciar desde lejos por el cencerro que llevaba al pescuezo el mulo que tiraba del carretón, mientras el viandero detenía su carretilla cargada de productos criollos a la puerta de cada residencia.

Pero había también artículos de imprescindible necesidad cuyos mercaderes no estimaban sistema práctico el ir proponiéndolo de casa en casa, sino

ofrecer el producto a viva voz en plena vía pública y por eso desde las primeras horas de la mañana hasta las más avanzadas de la noche el espacio se poblaba de pregones de muy diversos matices.

Y se mezclaba la voz ronca del "Flooooooreero" con la chillona del vendedor de ¡Pescado vivvivo!

¡Para pantalón y saco, traigo perchero barato! exclamaba uno en transitada boca-calle y como un eco musical respondía más allá el inspirado creador de

"Son de María, las galleticas.

Como yo no hay quien venda las galletica".

El que ofrecía el "mondoguito y la patica" se cruzaba en la acera con aquel que en una canasta los ofrecía "panudos" y verdes:

¡Caserita: aguacate! ¡Ay! ¡Aguacate!

Mientras el paraguero proponía ¡Paraguas y sombrillas!

En las horas del mediodía acaparaban toda la actividad vocinglera los carritos de mantecado tirados por escualidos jemeigos que reanudaban su labor a prima noche y los amplios carro-matos repletos de mangos de todos los tamaños y colores. Tres hombres atendían este comercio: el que guiaba el carretón, el que llevaba la canasta hasta el marchante goloso y el que con voz estentórea proclamaba a todos los vientos:

¡De la Torrecilla, oye!

compre mangos como flores.

Arrimate a la carreta...

Y a eso de las diez, cuando los novios de ventana se despedían con el último apretón de mano junto a la reja madrina, entablaban dura porfía el manisero que sirvió a Moisés Simón para conquistar fama internacional con sus sandungueros compases y aquel que en una lata humeante llevaba con orgullo su sabrosa mercancía:

¡Pero "vamo" a cenar,

pero "vamo" a cenar, caballero!

¡Con picante y sin picante, los tamales!

Tales eran los pregones más populares de aquella Habana de entonces que también conoció al baratillero ambulante, forzado isleño que bajo el sol tropical atravesaba la ciudad con todo el establecimiento en hombros y tratando de competir en precios y en fiados con el chino perfumista, mientras lanzaba como una retahila monocorde la serie de artículos que ofrecía: "cinta de hilo barata, crea catalana, olanes, broches, ganchos, botones, carreteles de hilo, dedales y tijeras finas.

Todos aquellos pregones ya han desaparecido, pero La Habana sigue siendo la ciudad de los ruidos.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

¡No te esfuerces, Hipólito!

En el invierno de 1915 invadió Adolfo Bracale, por primera vez la Habana en funciones de empresario de ópera, haciendo debutar su estelar conjunto en el recientemente inaugurado Teatro Nacional.

Figuraban en tal elenco con categoría estelar la famosa Amelita Galli Curci, considerada como la única rival de Maria Barrientos; la muy valiosa Tina Poli Randaccio, una de las mejores sopranos dramáticas que se han oído en esta capital a través de todos los tiempos y el gran barítono, caballero de la escena y del bel canto, Ricardo Stracciari. Entre los tenores Bracale presentaba a Hipólito Lázaro, cantante catalán de espléndidas cualidades, a quien muchos conocían por el sobrenombre cariñoso del "soldadito de Melilla", pues había sido sobre las candentes arenas moras, en los días en que servía al Rey, cuando empezó a hacer galas de sus maravillosas facultades.

Ya hemos dicho en otras ocasiones, que la colonia española de los pasados lustros era uno sola e indivisible y respaldaba con fervido entusiasmo todo lo que llegara a nuestras playas trayéndole saudades del viejo terruño. Dicha circunstancia explica el motivo por el cual Hipólito Lázaro fué acogido con grandes simpatías por el público hispano al cual Don Nicolás Riveró, desde sus "Actualidades" del "Diario de la Marina" le había dado casi a comprender que se hallaban en presencia de un nuevo Gayarre.

Y efectivamente, Hipólito Lázaro, joven, con una media voz acariciadora, unos agudos impresionantes y muchos sueños de gloria en su mente no dejaba dudar de que prontamente habría de convertirse en uno de los mejores tenores de la época, pero el avisado Bracale quiso explotar desde el principio, semejante oportunidad que le proporcionaría áureas ganancias.

x x x

Como actor, el "soldadito de Melilla" no podía convencer a nadie en aquel entonces, quizás por falta de buenos maestros, mas ¡qué dulzura había en sus notas cuando entonaba suavemente, como un susurro, el "Spirto gentil" o "Una vergine" de la "Favorita", el dúo de "Rigoletto" o cualquiera de las dos romanzas de la "Tosca"! Sin embargo no era todo. Queriendo demostrarle a sus múltiples

admiradores las aptitudes del nuevo astro que surgía en el firmamento operático, Bracale escogió para hacerla subir al palco escénico la inspirada partitura de Bellini: "Los Puritanos" y en advertencia especial del programa con afán publicitario, pero de muy mal gusto, desde luego, se hacía constar que en la romanza "Vieni, vieni" de dicha obra, "el tenor Hipólito Lázaro daría un "re natural", la nota más aguda de la garganta humana".

Obvio resulta afirmar que aquella noche de la representación de "Los Puritanos" la sala de nuestro máximo coliseo se hallaba completamente abarrotada de un público que acudía en su mayor parte, más que debido al espíritu artístico, por curiosidad deportiva, como quien demuestra interés para ver correr la milla en menos de cuatro minutos o saltar diecisiete pies con garrocha.

Llegó el momento ansiado. En medio de un silencio religioso, el cantante comenzó la romanza esperada que al final remató con una nota aguda, agudísima, que los entendidos en la materia no titubearon en considerar como un verdadero "re natural". La ovación estalló incontenible. Vitores, aplausos, gritos ensordecedores y no faltaron los que pedían hasta el rabo y las orejas para el emocionado tenor que a instancias del respetable público tuvo que repetir su brillante demostración.

Y otra ovación, más fuerte si cabe que la primera, fué el clamoroso colofón de semejante alarde, mientras a Lázaro, en medio de la escena y visiblemente emocionado, agradecía con ligeras inclinaciones de cabeza las patentes muestras de simpatía de los espectadores, hasta que notando la imposibilidad de poner término a tantos aplausos, avanzó hacia el proscenio y con acento que dejaba entrever su origen catalán, en tono casi amenazante, exclamó:

—¡Si no os calláis, lo canto medio tono más alto!

Fué entonces que desde las localidades altas, salió una voz rotunda, prepotente que conminaba imperativamente:

—¡No te esfuerces, Hipólito!

Y semejante exclamación tuvo la virtud de aplacar aquellos cálidos entusiasmos, permitiendo continuar la representación de "Los Puritanos".

IP
MONIO
DOCUMENTAL

A-6—EL MUNDO, Jueves 31 de Mayo de 1956



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

Los Cabarets de Ayer.—

Los cabarets son una evolución del antiguo "music hall" que todavía se mantiene en varias ciudades europeas, pero estos salones que ahora visitamos con objeto de tomar unos tragos y bailar un "chachá" o un blue envuelto en densa penumbra como si se tratase de un acto delictuoso, tuvieron su origen entre nosotros en los cafés cantantes, invadidos solamente por la llamada "gente alegre" y situados en lugares estratégicos de la ciudad, siendo los más conocidos el "Paraiso", el "Manzanares" y los de la turbulenta "zona de tolerancia".

Con libre acceso al público directamente desde la calle a través de sus amplias puertas abiertas de par en par, muchas mesas en muy buen estado rodeadas de viejos taburetes o frágiles sillas le ofrecían a la clientela relativa comodidad para libar licores espirituosos en una época en que el cocktail y el high ball permanecían ignorados de los cubanos. Junto a la cantina dotada de un poco higiénico mostrador de madera que no podían presagiar la invasión del "bar" norteamericano, otros tomadores se jugaban a los dados, entre estentóreas demostraciones, la última convidada.

En un ángulo de aquel salón, un pequeño tablado servía para que tras el descorrer de la cortina se presentase el espectáculo que ahora llamamos "show" y entonces se titulaba afrancesadamente "varieté". Era de poco valor artístico y generalmente lo componían una coupletista andaluza que de fijo le había cantado las mismas peteneras y fandanguillos a los compañeros de viaje del gran marino genovés y una pareja de rumberos que se desahacían en contorsiones que harían ruborizarse a la pudibunda Terpsícore.

Una florista entrada en años proponiendo su mercancía de mesa en mesa completaba aquel cuadro, junto con el invariable parroquiano peninsular que a poco de vaciar su segunda botella de sidra, conmovía a todos los concurrentes con las notas sentimentales de la gaita mientras daba rienda suelta a una "praviara" o una "muheira".

Pero los cafés cantantes desaparecieron con

la erradicación de aquel sector urbano y lentamente fueron otros contingentes de la población más adecentados los que sintieron la necesidad de dichos lugares de diversión nocturna. Así surgieron la terraza del "Miramar", en la esquina de Prado y San Lazaro, y el "roof" del hotel Plaza, mas no puede negarse que el primer cabaret al estilo de las grandes ciudades de Estados Unidos, que se presentó al público en La Habana se llamaba "Mac Alpin" y estaba situado en la esquina de Villegas y Tejadillo.

En aquel entonces no se le tenía miedo a la luz, todo se desarrollaba a la vista del público y en la misma forma funcionaron los otros que fueron surgiendo hasta llegar al que de más larga existencia habría de disfrutar: "Tokio".

Este cabaret primeramente se ofreció a sus parroquianos en un salón de segundo piso que se alzaba en la calle Industria, frente a la de Barcelona en los terrenos donde se pensaba fabricar el Capitolio. Las obras iniciadas por Carlos Miguel de Céspedes obligaron a sus propietarios a trasladarse a otro local, también en planta alta, de la esquina de Blanco y San Lazaro y en dicho lugar se mantuvo año tras año, con nutrida clientela, hasta que una nueva empresa le cambió dicho nombre por el de "Mitsuko", con el cual pasó a mejor vida.

No obstante, puede decirse que el "Tokio" fue el más favorecido de los establecimientos de esta clase en los comienzos de la era del cabaret, mientras la aparición del "Eden Concert" en la calle Zulueta no le arrebató tal privilegio.

Otros establecimientos de inferior categoría como "El Infierno", el de "Pekin", el de "La Lisa" y varios más que se escapan a nuestra memoria, completaban la lista de estos amables rincones donde la juventud iba a expansionar sus naturales entusiasmos y los viejos, alguna vez que otra, a echar su "canita al aire".

Los cabarets modernos tienen indiscutiblemente mayores comodidades, mas lujo, mejores shows y acaso otros alicientes, pero a los que conocimos aquellas horas agradables transcurridas en el ring del viejo Tokio ¡qué difícil se nos hace llegar a semejante convencimiento!

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

EL VUELO DE BARBERÁN Y COLLAR

Corría el para nosotros muy histórico año de 1933, cuando supimos que en la vieja península hispana, dos arriesgados y entendidos pilotos: Mariano Barberán y Joaquín Collar tratarían de despegar su avión "Cuatro Vientos" en el aeropuerto de Tablada, en la muy gitana Sevilla para surcar el espacio teniendo a La Habana, capital de la antigua Cubanacán como punto final de su gloriosa aventura.

La joven república española, bajo la presidencia de Don Niceto Alcalá Zamora se sentía orgullosa de enviar a Cuba a tan valerosos representantes suyos envueltos en una bandera que al rojo y gualda secular, nabíase agregado una simbólica franja morada. En aquel entonces el Generalísimo de hoy era simplemente "Franquito" un general joven cuyo mayor mérito consistía en ser hermano de Ramón, el héroe de: "Plus Ultra".

Un buen día se lanzaron en pos de la gloria al espacio infinito. Desde ese momento la ansiedad floreció en los pechos cubanos y españoles y las agencias cablegráficas divulgaban por todos los ámbitos la importante noticia. Casi dos días o sea: cerca de cuarenta horas llevaban volando los ases hispanos cuando al fin se supo mediante un radiograma que se hallaban navegando a considerable altura sobre la pequeña isla de Puerto Rico. Y el pueblo de La Habana se lanzó a la calle en dirección al aeródromo de Columbia con intención de tributarle a los intrépidos aviadores un recibimiento digno de semejante hazaña.

* * *

Poco minutos más tarde una noticia desalentadora vino a opacar la alegría del instante. El "Cuatro Vientos", agotado el combustible en sus tanques tuvo que aterrizar forzosamente en la ciudad de Camagüey. El vuelo había quedado trunco, pero ello no restaba brillantez al esfuerzo que significaba, de todas maneras la implantación de un record para tales empresas trasatlánticas.

Los habaneros y los españoles aquí residentes pospusieron la expresión de su júbilo para el día siguiente, cuando Barberán y Collar, después de recorrer sobre las nubes en dos horas la distancia que media entre la legendaria ciudad agramontina y nuestra capital, aterrizaron en Columbia, por la tarde, disfrutando de una bienvenida tan calorosa que habría que remontarse a la lejana época de la llegada de "La Nautilus" para encontrar un punto de comparación.

Festejos populares y recepciones oficiales se le ofrecían por doquier y en el teatro "Martí" donde actuaba una compañía de género cubano dirigida por nuestro viejo y fraternal amigo Agustín Rodríguez, se le dedicó una función de gala con el estreno de un sainete adecuado a cuya representación asistieron los héroes del día.

* * *

Entusiasmados por el éxito obtenido quisieron aumentar los frescos laureles y previo el consiguiente permiso oficial anunciaron un vuelo a México, donde la numerosa colonia hispana anhelaba recibirlos en triunfo. Pocos días después el "Cuatro Vientos" hacia mover furiosamente las aspas de sus hélices con objeto de remontar las alas en dirección hacia el vecino país azteca. Era una madrugada del mes de julio que presentaba imponente aspecto. Llovía a cántaros, se hablaba de posibles temporales de agua que podían encontrar en su ruta. Millás y Gutiérrez Lanza les facilitaron los partes de las últimas investigaciones meteorológicas y la Pan American le brindó todos los datos especiales acerca de estas latitudes, precauciones que, desde luego, muchos juzgaron obvias, pues quienes acababan de realizar tan estupendo vuelo ¿qué dificultades iban a confrontar en ese pequeño salto del Canal de Yucatan?

Entre aplausos y ardientes ¡vivas! el "Cuatro Vientos" despegó en aquella madrugada lluviosa que aún recordamos tristemente, pues fuimos testigos presenciales, y no se volvió a saber de él más nunca.

Transcurrido el tiempo que se suponía necesario para consumir el recorrido comenzó la incertidumbre. Gran ansiedad en todos los espíritus y hubo una estación de radio —la de la "Voz de las Antillas"— que por primera vez permaneció toda la noche en el aire ofreciendo al público las noticias que recibía. Unos pescadores lo habían visto pasar sobre la Isla de Cozumel. Unos indios de la costa descubrieron una luz descendiendo rápidamente hacia el mar y también dijese que se había estrellado el aparato contra la sierra Malinche, en Tlaxcala. Pero no pasaron de ser vanos espejismos. Misterio, misterio y sólo misterio en torno de tan trágico final. Si Barberán y Collar se estrellaron contra una roca, si se hundieron en el fondo de los mares o si siguieron directo su vuelo hacia la gloria que tan bizarramente habíanse ganado con su hazaña es un secreto que ellos se llevaron consigo al más allá.

A-6—EL MUNDO, Viernes 1º de Junio de 1956



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LA VERBENA Y LA BOMBILLA

Ayer hablamos de los viejos cafés cantantes y posteriores cabarets que florecieron dentro del perímetro urbano en una época en que arriesgarse de noche a la calle Infanta constituía casi una aventura temeraria a la cual requería la despedida tierna de los familiares, mientras los vecinos del Vedado, para ganar tiempo y no regresar a su domicilio a altas horas de la madrugada solían alquilar un coche o un "fotingo", con objeto de que lo condujera a la esquina Vista Alegre, en San Lázaro y Belascoain y en dicho lugar abordar el tranvía de la confronta.

Ahora vamos a llegarnos, en compañía de los recuerdos, a otros lugares de diversión que existían en sitios más distantes y así como los jóvenes de fines del pasado siglo gustaban de ir a media noche a cenar un arroz con pollo a la Casa Arana, cerca del castillito de la Chorrera u organizar alegres fiestas en el Paso de la Madama, en las riberas del río Almendares el mundo alegre de hace treinta años también prefería refocilarse en sitios alejados de la barandina capitalina.

De aquel entonces, los puntos que más quedaron grabados en la mente de los habaneros fueron: la Bombilla, fundada primeramente y más tarde, La Verbená, en una curva prominente de la calzada de Columbia que todavía se conoce con su mismo nombre. Ambos establecimientos fueron abiertos al público, aunque con alguna diferencia de tiempo entre uno y otro, por Emilio Salas, andaluz de origen que vino a Cuba a principios de siglo con objeto de abrirse paso a base de simpatía y guapería, factores que le sirvieron para convertirse en un tipo popular en la entonces bulliciosa zona de tolerancia, habiéndose visto envuelto en aquellos "sucesos del Bosque", en que resultaron apuñalados unos "apaches" franceses que volvían del entierro de un compañero muerto en la refriera donde también perdiera la vida un célebre tenorio cubano.

Al hacer desaparecer Enrique Nuñez, como Secretario de Sanidad, este sector en el cual se ejercía tan dudoso comercio, Emilio Salas, ya hombre maduro, aunque siempre de carácter pendenciero, prefirió encauzar su vida, a su manera, por las sendas del trabajo, pero dentro de sus aptitudes y por eso concibió la idea de abrir un cabaret en un sitio apartado, a una cuadra de la calzada de que hemos hablado anteriormente. Así nació "La Bombilla" que pasó más tarde a manos de "El Francés", cuando Emilio Salas decidió ampliar su negocio, inaugurando "La Verbená".

Y en aquella "Verbená", bien en sus reservados, no muy reservados que digamos o en su amplio salón de madera, La Habana alegre de entonces disfrutaba de gratos momentos desde la media noche hasta las iniciales luces del alba, a es que antes una cofetada sonora o un botellazo lanzado irresponsablemente no provocaba el consiguiente tumulto que Emilio Salas, con pose de guapo de sainete, va en desuso, trataba de reducir a sus mínimas expresiones.

En los últimos meses del gobierno de Zayas el afán de expansiones nocturnas se extendía más hacia el mar y así surgieron en un solitario rincón de lo que hoy es la calle Primera del reparto de Miramar un pequeño templo de diversiones llamado "La Panera" y un poco más distante, ofrecía su acogimiento al trasnochador, el pintoresco "Cocuyo".

Y como el automovilismo iba reduciendo las distancias y los tiempos brotaron frente a la Playa de Marianao, triunfales y oliendo a manteca y cebolla cruda, los "quioscos de fritas". Situados casi todos en la misma línea, el que más popularidad alcanzó fué el de Beliaario. Por las tardes y en las primeras horas de la noche, la clientela era de familias y al filo de la madrugada descendía de categoría. Fué el instante de mayor apogeo del guitarrista cantador de décimas, precursor de cierto tipo estelar de radio y televisión.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

EL SALONCILLO DE "ALHAMBRA"

Hablar de lo que representó el Teatro "Alhambra", situado en Consulado y Virtudes, en el cultivo del género vernáculo resulta obvio, pues ya el público habanero expresó su opinión en tal sentido a través de los treinta y tantos años que duró su ininterrumpida temporada.

Vamos, sin embargo, a referirnos al ambiente que se vivía en pleno escenario, de candelas para adentro, mientras los espectadores aplaudían unos versos recitados por Regino, reían los chistes de la Trias, de la Becerra, de Acebal y de Otero o admiraban la espléndida belleza de Luz Gil y de Amalia Sorg. Aquellos artistas que noche tras noche iban a recibir por parte de los concurrentes, un cálido premio a su castro, en medio de un clima de sano regocijo —como dijera cierta vez el cronista Enrique Uthoff— formaban una familia cordial bajo la tutela cariñosa, pero siempre respetada de esa gran figura de nuestro teatro que se llamó Regino López.

En aquel escenario se trabajaba con absoluta seriedad y no se admitía siquiera en dicho lugar ni a ese tipo de admirador tonto o admirador interesado que tiene acceso a todos los escenarios del mundo y que con cualquier pretexto llega hasta el camerino de su artista preferido provocando en ocasiones incidentes cómicos o sucesos desagradables. Tampoco entraban funcionarios, ni periodistas a título de tales. Para traspasar los umbrales de tal templo que cada cual se forjaba a su manera, sólo hacía falta exhibir un título: amigo de la casa.

Y de aquella corriente de afecto y sencillez que reinaba entre artistas, músicos autores, tramoyistas y empresario de "Alhambra" también participaba el público que bien lo demostró cuando una noche acaja, la imprudencia de una colilla de cigarro dejada al descuido, dió origen a un pavoroso incendio en medio de la representación. Al revés de lo que ha ocurrido siempre en los momentos de una conflagración semejante en un coliseo, los asistentes al espectáculo no acudieron a las puertas de salida en confuso tropel impulsados por el pánico, sino que despojándose muchos de ellos de los sacos de vestir se dispusieron a colaborar con artiales y empleados, antes de que acudieran los bomberos para arrebatarle a las llamas lo que ellos consideraban también como cosa propia.

Pero había en el escenario de "Alhambra" un camerino de peculiares características, compuesto de dos piezas, fungiendo la primera como saloncillo de la empresa para recibir a sus amistades. La posterior la ocupaba nuestro padre, aunque ya algo retirado de la escena en la época a que nos referimos, para la caracterización de los distintos personajes que interpretaba en las obras que allí se representaban.

Convertida en pena artística, literaria, deportiva

o política, ¡qué interesantes tertulias se celebraban, noche tras noche, en dicho saloncillo en el cual Federico Villoch, el más fecundo de los autores cubanos, al par que empresario de dicha compañía y nuestro padre rendían los honores de la casa a los visitantes!

Había desde luego, los asiduos, entre los cuales encontrábase esa otra gran figura del género vernáculo que responde por Agustín Rodríguez; Tomás Juliá, combativo periodista y director de "La Discusión"; el chispeante y valeroso Julilo Gaumnard; Félix Soloni, incansable escritor e impenitente bohemio; Sergio Carbó, que se daba sus salitos a menudo hasta dicho lugar, cuando la dirección de "La Semana" se lo permitía; el agudo caricaturista Roseñada; nuestro fraterno Octavio Valdés de la Torre y nosotros.

Citar la lista de todos los visitantes accidentales nacionales y extranjeros que conocieron de tan deliciosas horas en el saloncillo de "Alhambra" sería labor fatigosa, pero para concebir una idea aproximada de su número y calidad, basta decir que jefes de Estado cubanos y de otros países figuran en ella, así como los distintos alcaldes que tuvo la ciudad a través de aquella época. Estrellas del deporte: Almeida, Marsans, Mike González, Luque, John M. Graw, Jack Johnson, Kid Chocolate, Juan Carlos Casala, Kid Charol, Ralph de Palma y otros, estamparon simbólicamente su firma en el imaginario libro de entrada y lo mismo hicieron artistas de reconocida fama como Amleto Novelli, Ruggiero Rugeri, Carlo Dusse, Emilio Tuhilier, Vilches, Borrás, Tita Ruffo, el bajo Mansueto, el Maestro Serafini. Pintores y dibujantes como Zuloaga, Pinazo, Graner, Amalio Fernández, García Sánchez, no pueden dejar de citarse en esta narración y el grupo de periodistas, literatos y poetas se antoja interminable. A veces era el pulcro Villasespa y en ocasiones el gitano García Lorca los que llevaban la representación de las musas. El rebelde Santos Chocano y el locuaz Felipe Sassone representaban al nuevo mundo y tuvimos oportunidad de escuchar al hiperbólico Valle Inclán, al anecdótico Don Jacinto Benavente, al legalista Linares Rivas, al observador Waldo Frank, al exuberante Blasco Ibáñez y tantos y tantos otros.

Una noche, después de la función, como piadoso atenuante, el techo del legendario "Alhambra" vino al suelo a semejanza de las viejas torres que cantara el poeta, sepultando en su caída todo un pasado amable.

Cuando al siguiente día, algunos de sus habituales espectadores cruzaron por dicho lugar, sintieron que sus pupilas se iban con las mismas lágrimas de tristeza que anteriormente todaron por las mejillas del Rey. Lo se despedía también de la otra "Alhambra", la granadina, que perdía para siempre



COSITAS ANTIGUAS

La Muerte de Armando André

Por Carlos Robreño

Poco antes de tomar posesión de la Presidencia de la República el general Gerardo Machado, electo en los comicios de 1924, salió de nuevo a la palestra el periódico "El Día" de origen conservador y de candente historia por sus duras campañas contra José Miguel Gómez en la época de su mandato.

Lo dirigía en esta segunda etapa, como en su primera aparición, el comandante del Ejército Libertador Armando André, de reconocida filiación menocalista. El vibrante periodista, siendo aun muy joven, en los días de nuestra gesta emancipadora se fué a la manigua a cumplir con su deber de cubano y de manera habilidosa logró llegar al campamento del generalísimo Máximo Gómez con objeto de proponerle un arriesgado plan para dar un golpe temerario: colocar una bomba de dinamita en el mismo Palacio de los Capitanes Generales que albergaba a la sazón la diminuta, pero funesta figura de Valeriano Weyler.

Máximo Gómez, hombre de guerra y de movimientos estratégicos para librar triunfales batallas, estimaba tan de imposible cumplimiento semejante proyecto que se limitó a sonreír, aconsejándole cordura a "Don Explosivo", pues fué tal apodo con el que bautizó al joven, pero valiente mambi.

Herido en su amor propio, Armando André logró abandonar el campamento dirigiéndose a la Capital. Una mañana penetró en la planta baja del edificio señalado —donde actualmente se hallan las oficinas del Ayuntamiento— y esquivando toda vigilancia, colocó en uno de los servicios la temible máquina infernal, mas acaso el nerviosismo del momento o la dudosa calidad de los materiales de que estaba compuesta hizo que la bomba al estallar llevara sus estragos a una dirección distinta a la supuesta, no pudiendo dar la metralla buena cuenta de la integridad física del odioso Duque del Rubí.

* * *

Después, en la República, André ocupó un escaño en la Cámara de Representantes y sus actividades parlamentarias, así como las periodísticas le llevaron en repetidas ocasiones al campo de honor para cruzar sus armas con adversarios políticos como Ferrara, Mendieta Zubizarreta y otros.

Tal era a grandes rasgos la personalidad pública del director de "El Día" que llevaba en esta segunda aparición a nuestro compañero y amigo Alberto C. Vila, como segundo de a bordo y contaba en su cuerpo de redacción, en calidad de comentaristas políticos, a dos grandes humoristas ya desaparecidos: José J. López y Julito Gaunnard.

Machado comenzó a gobernar en un ambiente de sahumero que desdichadamente nuestro pueblo sin sospechar las funestas consecuencias que le acarrearía en el futuro, agitaba desorbitadamente y quizás por ello la campaña opositorista de "El Día" parecería más punzante, pero lo cierto era que se comentaba vivamente.

Recordamos que una madrugada del agosto de 1926, en vísperas de las regatas de Varadero, nos disponíamos a salir rumbo a la Playa Azul con objeto de cubrir la información de dicha competencia deportiva para el periódico "La Prensa", de cuya

redacción instalada en la calle de Consulado esquina a Neptuno, formábamos parte. En tal viaje habrían de acompañarnos dos queridos amigos que ya nos han abandonado eternamente: Ricardito Villares y Alfredo Rodríguez, jefe de redacción y regente, respectivamente de aquel diario.

Íbamos a despedirnos de los demás compañeros que se hallaban en la puerta, cuando divisamos en la acera de enfrente, dentro del café "Los Parados", inclinándose sobre la vidriera de lunch y de espaldas a la calle, al batallador periodista. Pocos segundos después, con un cartucho en la mano avanzaba hacia la vía pública y daba algunos pasos para saludar a los compañeros que estaban en la puerta de "La Prensa". Fué cuando uno de ellos le dijo:

—Armando; andas muy descuidado. Deberías tomar algunas precauciones.

—¡Bah! Yo ataco a rostro descubierto y visera levantada. ¿Quién me va a matar a traición?

* * *

Esa fué la rápida respuesta del indomable Armando André que, ciertamente, para su desdicha se equivocaba de modo pleno. Una de aquellas noches del propio mes de agosto, al terminar su diaria labor periodística salió de la redacción y montó en un automóvil de alquiler, cuyo chofer, un mestizo llamado Federico lo esperaba habitualmente y le ordenó:

—¡A casa!

9

21

Pero el driver, ~~quién~~ sin sospecharlo, torció el rumbo y lo llevó a la muerte. Al llegar el vehículo junto a la puerta del domicilio de Armando André, situado en la calle Concordia entre Gervasio y Belascoain, se detuvo; el pasajero bajó rápidamente y al introducir el llavín en la cerradura notó que algún cuerpo extraño dentro de ella obstaculizaba la operación, cuando detrás de él se oyó un fuerte estampido.

—¿Te has ponchado, mulato? Fueron esas sus últimas palabras al mismo tiempo que caía al pavimento atravesado su cuerpo varias veces por una perdigonada disparada desde la azotea del frente por elementos gubernamentales entre los cuales figuraba un sargento del Ejército a quien se conocía por "Diente de Oro".

* * *

Después, en torno de aquel suceso alevoso, el silencio casi absoluto. Sólo rompió el hondo mutismo de la ciudadanía que daba la sensación de complicidad o falta de coraje, la voz del propio subdirector de "El Día", Alberto C. Vila, con su viril artículo: "¡Cobarde!", que causó sensación, a pesar de que la policía secuestró la mayor parte de la edición.

Vinieron más tarde los días del esplendor machadismo, del incondicionalismo abyecto, del halago repugnante, sin presagiar siquiera que la pasividad poco menos que unánime demostrada al caer la primera víctima de la que andando el tiempo resultaría una larga lista, sería la que llevaría al ánimo de aquel que ya llamaban Egregio la impresión de que, precisado el caso, podría convertirse impunemente en dueño y señor de la vida y hacienda de todos los cubanos.

Un gesto viril colectivo en tan crítico instante, acaso, nos hubiera evitado los posteriores años de dolor.

D-2—EL MUNDO, Domingo 1º de Julio de 1956



COSITAS ANTIGUAS

Las Montañas Rusas y las Verbenas

Por Carlos Robreño

DESDE hace muchos años, no se concibe un gran parque de diversiones sin una "montaña rusa", invención humorística norteamericana, con ribetes filosóficos, pues sus ascensiones y rápidas caídas no dejan de constituir una saludable lección de experiencia.

En La Habana ha habido en distintas épocas, varios de dichos sitios en que, no obstante todos los demás aparatos mecánicos que se instalan, siempre tienen categoría de entretenimiento estelar la susodicha montaña moscovita.

De la primera que hubo, apenas si guardamos la más ligera noción. Fué instalada en el Parque de Palatino, causando verdadera sensación, al extremo de que hizo quebrar a varios espectáculos teatrales que funcionaban en la capital, y no pudieron resistir la prolongada ausencia de público, que tomaba otros rumbos ávido de emociones fuertes y entretenimientos bullangueros.

* * *

Cerca de veinte años transcurrieron sin que nuestra capital contase de nuevo con un lugar de expansión al estilo yankee, hasta que en tiempos de Zayas y en un sector de ese gran terreno donde más tarde se edificó el Capitolio, fué inaugurado uno con el nombre de "Habana Park".

Y resulta curioso apuntar la diversidad de espectáculos que se ofrecieron a través de los años en las amplias manzanas de terreno abandonada siempre de las actividades oficiales. En tales lugares los habaneros tuvieron uno de sus primeros "akating rings", un cinematógrafo llamado "Galatea" y un "garden play", con la misma denominación; una exhibición de fenómenos; una menagerie de circo; el cabaret "Tokio" y el centro de diversiones a que nos estamos refiriendo y que monopolizó también, la atención de toda la población en sus días inaugurales, cuando en él se celebraban aristocráticas verbenas.

"Palisades Park", frente al Parque de Maeco, en el espacio donde una vez se levantó el Hospital de San Lázaro, siguió en orden cronológico

al ya fenecido "Habana", igualmente Park y desde hace algunos años, junto al balneario de "La Concha", en la Playa de Marianao, se ha instalado otro centro de expansiones más moderno.

En todas esas montañas rusas hemos montado, pero sintiendo todas las gamas de las emociones que van desde las primeras vueltas en los días juveniles, haciendo alarde de serenidad y resistencia hasta los más recientes, preocupados solamente en la sensación que podían recibir nuestros menores hijos, haciendo caso omiso de que la madurez excitara demasiado nuestros nervios en tales experimentos.

* * *

Esos parques de diversiones se han aprovechado también para celebrar en ellos verbenas con objeto de recaudar fondos destinados a obras benéficas.

La primera fiesta de esta clase que recordamos fué la efectuada en el antiguo Recreo de Belascoain, situado en el lugar donde hoy se levanta el Frontón Habana Madrid. Se llevó a cabo en los últimos meses de la primera guerra mundial, cuando ya Cuba había entrado en la contienda y el dinero producido entregóse a nuestra Cruz Roja. Como es de suponerse, a pesar de la alegría de la fiesta, imperaba sin embargo, cierto ambiente bélico y se habían instalado en distintos lugares quioscos representando a las distintas naciones aliadas. Se le llamó la "Verbena de los Mantones", pues dicha prenda típica española fué exhibida profusamente.

Años más tarde, en nuestra época juvenil asistimos a otro gran espectáculo similar. Fué en el ya citado "Habana Park" y su organización corrió por cuenta del Patronato del "Asilo María Jaén". A nuestro criterio, fué dicha verbena la de mayores y más populares proporciones de la larga lista de las celebradas en nuestra capital, pero no nos hagan mucho caso. En aquel entonces, apenas habíamos cumplido los veinte años y a esa edad ¿qué es lo que no parece bello y hermoso?

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



COSITAS ANTIGUAS

Los Sombreros de Pajilla

Por Carlos Robreño

¿Qué cubano que haya rebasado esa edad madura en que según Maupassant empiezan a ser agradables los recuerdos no ha pasado alguna vez por el pintoresco trance que representa el perder su flamante o amarillento sombrero de pajilla en una riña tumultuaria surgida en cualquier café de barrio, entre liberales y conservadores, habanistas y almandaristas o aliadófilos y germanófilos en los tiempos de la primera guerra mundial?

En una de tales refriegas, el fino sombrero de paja italiana, adquirido en la "Antigua Casa de Sanjenis" o cualquier otro establecimiento similar de la calle San Rafael u Obispo o el popular "pajilla de a peso de la Plaza del Vapor" era abandonado sobre el campo de combate y semejante detalle servía después a la policía, cuando el suceso alcanzaba graves proporciones, para poder conocer, mediante las iniciales doradas incrustadas en la badana, quienes habían sido los protagonistas del hecho o simplemente figuraban en calidad de testigos presenciales.

Ese sombrero de pajilla ha desaparecido, como casi todos los otros, de las cabezas masculinas, no sólo en Cuba, sino en el resto del planeta, pues ya hasta los calvos exhiben su lustroso desierto craneano sin avergonzarse, ni tratar de disimular la ausencia capilar con el uso de dicho aditamento.

El sombrero de pajilla indiscutiblemente llenaba muchas funciones: de cortesía, algunas de defensa, otras, pues cuando en medio de una cuestión personal uno de los contendientes levantaba el bastón con ánimo agresivo, era casi siempre el ala o la propia copa la que recibía el más fuerte impacto y preservaba al atacado de un molesto viaje a la Casa de Socorro con su correspondiente sutura a base de "puntos de presilla". Hoy el ciudadano carece de tan efectiva protección, pero también es cierto que han desaparecido igualmente los bastones, al extremo de que un criollo "cocomacaco" o una exótica "malaca" parecen objetos medioevales.

El pajilla, que tuvo entre nosotros un breve eclipse, muy oscuro por cierto, cuando en vista de la carestía de la vida, hace más de treinta años, se puso de moda el pintarlo de negro y llamarle "virullilla", resultaba en muchas ocasiones bastante engorroso; sobre todo, cuando no se podía tener en la cabeza. Al sentarnos en la luneta de un teatro y tratar de colocarlo debajo del asiento en los momentos de comenzar el espectáculo, en raras ocasiones se acertaba y la caída estrepitosa al suelo provocaba duros comentarios entre el público, estando expuestos además, a que otro espectador al caminar por el pasillo le pusiera el pie encima, dejándolo en condiciones deplorables.

También en los días en que soplaban fuertemente un norte, el pajilla nos traía enojosas complicaciones,

dado que en los momentos de cruzar una calle el viento solía llevárselo y al caer de canto sobre el pavimento continuaba rodando algunos metros, mientras su infeliz propietario emprendía una ridícula persecución tras de él, que, a veces, no obtenía el éxito apetecido, puesto que, el sombrero quedaba aplastado bajo las ruedas de un coche de alquiler, de un "fotingo" o de una bicicleta montada por un asturiano, que en aquella época se consideraba como uno de los más peligrosos conductores de dichos vehículos.

Y qué decir de aquella entrada con rostro grave y solemne en la casa mortuoria —entonces no se estilaban los velorios en funerarias— donde se hallaban tendidos los mortales despojos de un amigo? El sombrero en la mano nos estorbaba en aquel instante más que nunca, a tal extremo que, en ocasiones deseábamos ser nosotros mismos el fallecido para ahorrarnos el mal rato de dar el pésame a los familiares al mismo tiempo que nos indicaban con acento conmovedor:

—Póngalo donde quiera. No le dé pena.

Y el infeliz pajilla iba a dar, entre docenas de otros sombreros, sobre la cama situada en el último cuarto, quizás en la que el finado había exhalado el último suspiro. A la hora de marcharnos todo el mundo se enteraba de dicha retirada y no acertábamos a dar con nuestro sombrero, confundido entre tantos otros. Al fin, para salvar aquella situación embarazosa optábamos por llevarnos uno, el primero que nos cayera en la mano: más nuevo o más viejo, de copa más alta o de alas más estrechas que el nuestro. Para el caso era lo mismo.

Las modernas generaciones no tienen ya que confrontar tales dificultades. Dijimos anteriormente que el sombrero ha desaparecido casi totalmente en el mundo entero y en pleno mes de Diciembre o de Enero hemos visto por las amplias aceras de Broadway, por los concurridos boulevares parisinos o por la castiza calle de Alcalá a individuos envueltos en imponentes gabanes, anudando a su garganta gruesas bufandas y cubriendo sus manos con felpudos guantes; pero que llevaban descubierta la cabeza.

Acaso es que se ha ido infiltrando entre todos los hombres de la tierra la teoría predominante en ciertos indios mexicanos, habitantes de gélidos lugares del país, a quienes un día el Presidente Porfirio Díaz visitó y al mostrar éste su extrañeza por la ligereza de ropa que demostraban en medio de tan baja temperatura, uno de ellos le preguntó:

—Y usted ¿por qué no se abriga también la cara?

—Porque en ella no siento tanto el frío. —respondió el Primer Magistrado que años más tarde fuera derrocado por Madero.

—Pues, aplíquese el cuento. Para nosotros, todo el cuerpo es cara también. Es cuestión de costumbre.

M. S. L. B. T. O.

COSITAS ANTIGUAS

Los Velorios de Antaño

Por Carlos Robreño

La costumbre norteamericana de los "funeral homes" ha ido desarraigando entre nosotros aquellos velorios familiares de antaño que nos daban la sensación de que en ellos los cadáveres eran mucho más cadáveres que ahora y los dolientes mucho más dolientes.

La entrada revestida de solemnidad en la casa donde había fallecido un amigo tras de habernos sido comunicada la triste nueva en una esquela mortuoria contenida en un sobre grande con orlas negras y mandadas a hacer "fiadas" en una imprenta conocida, requería un ceremonial aparatoso. Con rostro afligido y con un nudo emocional que oprimía nuestras gargantas, teníamos que recibir las muestras de agradecimiento de los familiares del finado por nuestro cumplimiento, en medio de lágrimas, palmotazos en la espalda y alguna vez que otra, nos veíamos obligados a sujetar entre nuestros brazos al pariente más débil de carácter que se hallaba a punto de caer al suelo víctima de un desmayo.

En las funerarias modernas se ha suprimido tan engorroso proceso y ya ningún familiar se desmaya. La mayor parte de ellos se repliega a un rincón del salón y nos ahorramos las frases formulistas de "Todos llevamos ese mismo camino", "Hay que tener resignación", "No somos nadie" y otras similares, sustituyéndolas con una simple firma estampada en el libro de registro de entrada, igual que se hace en el Negociado de un Ministerio, aunque en este caso tenemos que agregar nuestra dirección postal para que nos queden reconocidos mediante una tarjeta por nuestra asistencia.

Igualmente el método novísimo de velar en funerarias nos releva de aquel otro trámite inevitable de ir de mano de uno de los deudos hasta la vera del sarcófago para poder comprobar por el cristal que el extinto no estaba desfigurado y parecía que se hallaba durmiendo.

A la media noche ¿qué diferencia de aquellos velorios de pasadas épocas con los de hoy? A esa hora avanzada, en el presente, como en el pasado, cualquiera de los allí presentes puede sentir que en él se despiertan las inquietudes del apetito o de la sed y a fin de calmarlos, en cada "funeral home" hay una cantina, pero los gastos corren por cuenta suya. Ya han desaparecido para siempre aquellos tiempos del café o el chocolate con galletitas que parecía ser un obsequio de la casa, pues no es justo que a los deudos se les aumenten las deudas.

Cierto es que, en ocasiones, vecinos compasivos contribuían a hacer más soportables tales egresos aportando al acto no sólo las sillas y sifones de sus respectivos domicilios, sino también algunas libras del oscuro grano tostado o tabletas del sabroso derivado del cacao, que eran adquiridas en la bodega de la esquina. Desde ese mismo instante, por supuesto, el abnegado detallista podía contarse también entre los dolientes más afectados.

Indiscutiblemente el contenido de tales tacitas humeantes, apurado en un ambiente en que se mezclaba el olor penetrante de la esperma de los cirios derretidos y el todavía fragante de las flores de las coronas enviadas que empezaban a tornarse muertas, tenía un sabor completamente distinto al café o el chocolate saboreado en otros momentos.

Cuando la casa mortuoria no tenía las proporciones de una regia mansión y el calor apretaba en demasía, se extendían los límites del velorio hasta más allá de la puerta de la calle, en plena vía pública con la previa autorización del capitán de la correspondiente demarcación policiaca y por la acera, de una esquina a otra, se colocaban sillas y más sillas que inmediatamente eran ocupadas por los que iban llegando. A eso de las once de la noche, al transitar por cerca de semejantes lugares, no podíamos determinar de modo exacto, si en aquella cuadra se estaba velando un cadáver o se verificaba un mitin político barrioter.

Los velorios a la moderna, formulistas, gélidos, a los cuales se asiste en guayabera o en frescas camisas deportivas han erradicado de nuestra vida cotidiana tan pintorescas escenas, pero debemos confesar que costó algún trabajo que nuestro pueblo, algo tradicionalista se acostumbrara a semejante innovación.

En los años de la Primera Guerra Mundial apenas si se conocía el sistema norteamericano, mas al fallecer un pariente cercano de aquel gran periodista que se llamó Rafael Conte surgió el conflicto, ante la imposibilidad de tender el cadáver en la casa de huéspedes donde en vida residía. Fué entonces que el viejo Alfredo Fernández le ofreció a Conte su casa de Lamparilla donde tenía instaladas no solamente su oficina del giro de pompas fúnebres, sino también almacenaba en ella todo el material inherente: sarcófagos que aguardaban al cliente adecuado, candelabros, cortinajes, etc. El ofrecimiento fué aceptado y allí se efectuó el velorio al cual concurrieron no sólo muchos periodistas compañeros del doliente, sino también otros amigos particulares entre los que se encontraba el Ministro de Italia en Cuba, en dicha época: Excelentísimo Señor Carrara.

Pero como era en tiempos de guerra, alguien necesitó urgentemente aquella misma noche la firma del diplomático italo en un documento imprescindible y presentóse en la Legación con tal objetivo, siendo allí informado que el señor Ministro se hallaba en un velorio en la calle Lamparilla.

Y rápidamente hasta el lugar indicado fuere el individuo urgido de la firma ministerial, mas al penetrar en el local, ignorando los antecedentes del caso y contemplar en la sala algunas docenas de catafalcos los que suponía ya con su fúnebre cargamento en el interior, se limitó a exclamar con acento conmovido:

¡Qué catástrofe!

COSITAS ANTIGUAS

¡El Circo se Va!

Por Carlos Robreño

La empresa "Ringling and Barnum", propietaria del más grande y uno de los más famosos circos de todos los tiempos, acaba de anunciar la retirada del servicio de sus veteranas carpas en pos de otros procedimientos mecánicos que sustituyan los antiguos sistemas que ya parecen haber cumplido su ciclo histórico.

La noticia resulta sorprendente, al par que desconsoladora. El circo —¡el circo de nuestra niñez!— ofrecía la impresión de ser una de las pocas instituciones que resistía inmovible, acaso con algunas innovaciones, los embates del modernismo, a veces dislocados, pero siempre apabullantes. Generaciones y generaciones disfrutaron en distintas épocas, en opuestas latitudes y actuando bajo diferentes epígrafes comerciales de este espectáculo de circo, en que las pistas se nos antojaban ser iguales, iguales los trapecistas y equilibristas, las mismas ecuyeres de idénticas exuberantes formas ensayando piruetas sobre los mismos caballos, en tanto los mismos payasos repetían temporada tras temporada los mismos chistes trasnochados para dar lugar a que los mismos "tarugas" preparasen las mismas jaulas, dentro de las cuales, las mismas fieras amaestradas ejecutarían las mismas exhibiciones conminadas por el mismo látigo de los mismos domadores.

Pero ¡qué irresistible encanto poseía tal monotonía que alegraba nuestros días infantiles y luego, en la edad madura, al saborearla de nuevo llevando a nuestros pequeños hijos parecía que volvíamos a vivir aquellos tiempos lejanos.

Ahora, "Ringling and Barnum" nos advierte que hay que modernizar dichas costumbres y el espíritu se inquieta ante la imposibilidad de que aquel clown de rostro enharinado, pero de alma susceptible de todos los sentimientos humanos, desaparezca de la pista para dar paso a un enorme "robot" de metálicas proyecciones.

En nuestra niñez, nosotros alcanzamos el apogeo del circo "Pubillones". El sobrino Antonio había heredado de su tío Santiago del mismo apellido esa organización ecuestre que ya era popular en la Habana por sus anuales temporadas, desde los últimos tiempos de la colonia, cuando actuaba en competencia con la compañía de "Lovandi", viejo payaso inglés metido más tarde a empresario, y que también gozaba de grandes simpatías.

El circo "Pubillones" recordamos haberlo visto actuar indistintamente en los teatros "Payret", "Polyteama", situado en los altos de la Manzana de Gómez y el antiguo "Tacán, antes de la reforma para convertirse en "Nacional", pero en aquel entonces, la mayor parte de sus temporadas las ofreció instalando sus carpas en el solar yermo existente en el espacio de terreno donde hoy se alza el edificio del Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana.

Todos los años, como es de suponer, cambiaba

"Pubillones" su elenco, mas no podía sustraerse de contratar a su pareja cómica integrada por el payaso "Pito", sustituido más tarde por el excéntrico musical "Pepito" y por el enano "Chocolate". De esa manera, "Pubillones", único dueño y señor de todas las actividades circenses en nuestros lares, disfrutó de los beneficios inherentes a semejante privilegio. No obstante, un día, con motivo de una localidad denegada, surgió cierto incidente personal con uno de los miembros de la entidad teatral cinematográfica integrada por los empresarios cubanos Pablo Santos y Jesús Artigas y éstos, heridos en su amor propio, prometieron salirle al paso al siguiente año presentando también otra compañía del mismo género.

Precedida de una gran propaganda, que quizás en la actualidad no llamaría mucho la atención, pero que en aquella época resultaba de gran novedad, pues fueron Santos y Artigas los pioneros de dicho sistema de publicidad en Cuba, debutó a fines de 1916, en Payret una estupenda compañía de circo, en la cual figuraba como presentación estelar el número ecuestre de la familia Hanneford, dispuesta a disputarle el favor del público al tradicional "Pubillones". Este, sorprendido en su mismo campamento y combatido con sus propias armas fué poco a poco perdiendo terreno y tras el fallecimiento del batallador Don Antonio quedaron Santos y Artigas, en posesión del campo, ya que la competencia que pudiera hacerle el circo "Montalvo" en el interior de la República no alcanzaba grandes consideraciones.

Y así estos esforzados empresarios cubanos han mantenido su bandera durante cuarenta años justos, mas como todo cede al paso del tiempo, es indudable que la aparición del circo "Ringling", con fastuosas modalidades revisteriles, constituyó un rudo golpe para el binomio criollo que, todavía cada año, en las proximidades de las Pascuas, levanta su pabellón en la curtida carpa de San Lázaro esquina a Infanta.

Hubo también una época en que para regocijo de la grey infantil, el público capitalino dispensó sus favores a tres organizaciones circenses al mismo tiempo ya que a la par que el "Ringling" y "Santos Artigas", plantó su campamento en La Habana el empresario Razzore, quien libró tres o cuatro temporadas, mas un hecho trágico puso fin a tales actividades, cuando en septiembre de 1948, la motonave "Euzkera" que hacía un viaje a Centro América, naufragó en pleno Mar Caribe, llevándose en su vientre al fondo de los mares a casi todos los componentes de dicho conjunto. Figuró entre los pocos supervivientes el cubano domador de tigres, capitán Bravo, que más tarde nos contaba, con el espanto retratado en los ojos las espeluznantes escenas que precedieron el dramático hundimiento.

M. Robreño 27/6/50



COSITAS ANTIGUAS

La Primera Guerra Mundial

Por Carlos Robreño

¿Qué ajeno estaba sin duda alguna, aquel estudiante serbio de que la llama de los pistoletazos que disparara la tarde del 28 de julio de 1914 en Sarajevo, capital de la Bosnia contra el Archiduque austriaco Francisco Fernando y su bella esposa habría de ser la chispa que encendiera la mecha del polvorín europeo dando origen a la conflagración que más tarde se convertiría en universal, iniciando una nueva etapa en la historia de la Humanidad!

Ciertamente el mundo vivía, a principios de siglo, a compás de los vales vieneses, una era de paz y sosiego como difícilmente la había disfrutado anteriormente y no era bastante para alterar aquel ritmo pausado la guerra italo-turco, el insoluble problema de los Balcanes, las aparatosas maniobras militares de la orgullosa Alemania de Guillermo II de Hoenzollern en 1911, ni el espíritu revanchista que rumiaba todo francés después del desastre de Sedán. Contribuía a sostener este equilibrio europeo la ratificación de una "triple entente" entre Inglaterra, Francia y la Rusia de los Romanoff, que contrapesaba los ardores bélicos de la triple alianza integrada por los dos imperios centrales: alemán y austro-húngaro y la meridional Italia.

La muerte violenta del archiduque y su esposa, que confirmaba el trágico sino de la fatal casa de los Hapsburgo, constituyó un duro golpe para el corazón del viejo Francisco José, quien inmediatamente envió un ultimátum, de condiciones inaceptables, a la pequeña Serbia que respaldada por el coloso moscovita, lo rechazó de plano. Los ejércitos austríacos se movilizaron a la orilla del Danubio, mientras los legendarios cosacos del Don se aprestaban a hacer buenos sus ofrecimientos amistosos. ¡Ha estallado la guerra europea!

Pocas horas después Alemania ratificaba adhesión a su poderoso aliado, declarando el canciller Behrman Hillewld que los tratados son papeles mojados, mientras Italia proclama su neutralidad. Rusia, por su parte, pide de las potencias occidentales inglesa y francesa, el cumplimiento de la entente y dos días después, el viejo continente europeo, desde los Pirineos hasta las heladas estepas es una gigantesca pira, formidable escenario guerrero.

¿Cómo se recibió la noticia en La Habana? Pues sencillamente, sin gran trascendencia, un mensajero del cable, cabalgando sobre una modesta bicicleta, llevaba a las redacciones de los principales diarios, envuelto en pequeño sobre, un papel amarillo en el que se daba cuenta en breves palabras del atentado de Sarajevo. Y cerraba la breve información un lacónico "Stop".

Sin embargo, aquellas cuatro palabras, con

su erróneo "stop" al final señalaban precisamente el inicio de un proceso turbulento a través de los cinco continentes y los siete mares que hoy, al cabo de cuarenta y tantos años, amenazados por una tercera guerra de proporciones incalculables, aun no ha tenido solución.

Los despachos sucesivos, llegados por el hilo cablegráfico, pronto revelaron la gran trascendencia del hecho y los diarios informativos se apresuraron a contratar servicios exclusivos con que nunca habían contado, pues no se concretaban a las empresas norteamericanas, sino también las europeas agencias de "Reuter" y "Havas" fueron requeridas. Los cintillos de primera plana eran dedicados, como es fácil comprender, a las noticias bélicas. La marcha de Von Kluck sobre París. El hundimiento en los mares del Norte del acorazado donde viajaba Lord Kitchener, Ministro de Guerra inglés, por un submarino alemán. El avance ruso en la Prusia oriental y en la Galitzia austríaca. El plan de Gallieni para defender la Ciudad Luz de la invasión prusiana. El milagro del Marne, como se le llamó a la maravillosa operación de flanco llevada a cabo por las tropas de Joffre, haciendo retroceder a los teutones, etc., etc.

Las ediciones de los periódicos eran arrebatadas a los vendedores en los primeros días del conflicto por el público, ávido de seguir paso a paso tal contienda y pronto las simpatías estuvieron divididas, aunque debemos advertir, en honor a la verdad, que los partidarios de los aliados centuplicaban el número de los escasos germanófilos.

Como en aquellos días empezaron a invadir las calles de La Habana los pequeños automóviles Ford (los populares "fótingos") en servicio de alquiler, los cocheros se aprestaron a la defensa y para contrarrestar la competencia de las carreras de veinte centavos, ellos rebajaron sus tarifas a la mitad de precio. Esta medida no fue secundada por todos los aurigas y para diferenciarlos en la calle, los que llevaban pasajeros por un real, pintaron en sus faroles una franja roja. Y a éstos, el ingenio del pueblo los bautizó con el nombre de "aliados".

En el teatro "Alhambra", siempre fiel a la actualidad, estrenó el fecundo Federico Villón un sainete titulado igualmente "Aliados y Alemanes" y en la parte musical incluyó al cubanísimo Jorge Anckermann una rumba que interpretado por Blanca Becerra y Sergio Acebal, pronto alcanzó los máximos honores de la popularidad.

Como en aquellos primeros tiempos la guerra ardía muy lejos de nosotros, el pueblo cubano sin dejar de mostrar su adhesión a la causa aliada, vivía reposadamente sin sospechar que un día también este país se habría de ver envuelto en tan enorme conflagración, pero ya esto será objeto de otra crónica aparte en su debida oportunidad.

Mr. J. 29/6



COSITAS ANTIGUAS,

37

Los Viejos Teatros Habaneros

Por Carlos Robreño

A fines del pasado siglo y principios del presente, la Habana gozaba justa fama de ser en las actividades teatrales una de las primeras plazas de la América Latina. Decíase también que era meta obligada de todo principiante o de todo acabante tanto en el aspecto lírico, como en el dramático, pero aun aceptando la calificación, tal circunstancia sirvió para que nuestro público pudiera admirar de cerca las más brillantes figuras que le rendían devoción a la Diosa Talía en el universo entero.

Nosotros recordamos en los tiempos de nuestra niñez el viejo "Albisu" situado en la manzana donde hoy se alza el suntuoso Centro Asturiano, teniendo su entrada principal por la calle que puede estimarse la continuación de San Rafael, a través del Parque Central.

"Albisu", coliseo de pequeñas proporciones, como son casi todos los de España que se dedican al sainete, comedia o zarzuela, era considerado desde los tiempos de la colonia como la sede del género chico hispano en contraposición con el que se cultivaba en el criollísimo "Alhambra", en la esquina de Consulado y Virtudes.

Figuras que se hicieron favoritas del público habanero desfilaron por el escenario del histórico "Albisu" y aunque por referencia sabemos que en él actuaron Rosa Fuertes, la Duato, Carmen Sobejano, el baritono Piquer, el bajo Viallarea y el actor cómico Areu, confesamos que nuestros recuerdos datan de los tiempos de Esperanza Pastor y Luis Escribá. Más tarde vimos a Consuelo Bailo y a María Conesa que alborotaba con su "Gatita Blanca", pero tras algunos años de ininterrumpida labor, cumplido su ciclo histórico, "Albisu" caía bajo la piqueta demolidora para dar paso a un moderno coliseo, levantado en el mismo lugar y que llevaría por nombre el apellido del gran poeta astur: Campoamor.

X X X

Así paso a la Historia el legendario teatrillo en cuya escena habíase representado toda la gama del género chico: "Verbena de la Paloma", "Revoltoza", "Santo de la Isidra", "Gigantes y Cabezudos", "Dúo de la Africana", "Viejecita" y tantas y tantas otras.

Campoamor fue inaugurado por una gran compañía de zarzuelas españolas que contaba entre sus principales estrellas al bajo Paco Meana y al notable tenor azteca José Limón. Más el éxito no fue muy lisonjero y poco tiempo después la compañía cinematográfica "Universal" lo arrendó por varios años para exhibir películas norteamericanas de episodios, hasta que en 1918 un enorme fuego destruyó el edificio y más nunca ha vuelto alzarse un teatro dentro del recinto asturiano.

X X X

El hecho de que en su sala de platea se celebraran las sesiones de la Asamblea Constituyente de 1901, a raíz de nuestra independencia, dió lugar a que el teatro "Irijoa" (Zulueta y Dragones)

cambiara su nombre el de nuestro glorioso Apóstol y bajo tal denominación asistimos nosotros por primera vez a este coliseo llamado de las "cien puertas". ¿Qué ajenos estábamos entonces, en aquellos años infantiles de que había de ser la antigua embocadura del histórico teatro "Martí" la que habría de servir de marco a la mayor parte de nuestra producción escénica; ¿La compañía de género vernáculo que esa gran figura de nuestro teatro que es Agustín Rodríguez organizó en sociedad con Manuel Suárez, a mediados de 1931 para comenzar una temporada que habría de durar seis años consecutivos fué la que nos brindó semejante oportunidad!

Pero antes, "Martí" había servido para dar a conocer al público habanero las últimas producciones de gran envergadura del teatro español: "La Parranda", "Los Gavilanes", "La del Soto del Parral", "Bayadera" y otras, en las voces privilegiadas de Pilar Aznar, Acacia Guerra, María Caballé, Conchita Bañuls y ese gran baritono hispano, que aun no ha encontrado un digno sucesor: Augusto Ordóñez.

X X X

¿Qué simpático teatro era el "Payret"! Nos referimos a aquel primitivo "rojo coliseo" —como le llamaban los cronistas de la época— situado en Prado y San José que en sus comienzos tuvo fama de atraer mala suerte, pues el derrumbe de sus paredes le ocasionó la muerte a su primer propietario, apellidado de igual manera. Más tarde pasó a manos del doctor Saavero, médico madrileño que había sido alcalde de la capita, antes de la República y aunque al principio no lograba enjugar los déficits, las presentaciones de "La Bella Chelito" y Yamato Maida, más conocido por el "Conde Koma" sirvieron para librar de gravámenes con creces el amplio inmueble.

Después todo marchó a pedir de bocas y por "Payret" desfilaron con gran éxito la mayor parte de las veces, compañías teatrales de todo género. Fué en el rojo coliseo donde Esperanza Iris se ciñó la corona de "Emperatriz de la Opereta" al estrenar la universal "Viuda Alegre" y era también ese escenario el escogido casi siempre por Regino López para presentar sus huestes alhambrescas ante el público de familias con las obras más gustadas en el recinto de Virtudes y Consulado. Los empresarios Santos y Artigas tenían predilección por "Payret" para todos sus espectáculos, compañías extranjeras de renombre en todo el orbe que cultivaban la ópera, la opereta, la zarzuela, el drama, la comedia o la revista recibieron los favores de nuestro público en ese Payret, cuya conversión en un cine más, aun no acabamos de consolarlos.

También conocimos... pero notamos que ya se ha extendido demasiada esta crónica y para hablar de los demás teatros dedicaremos un futuro artículo.



COSITAS ANTIGUAS

38

Por Carlos Robreño

Los Tranvías Eléctricos

El tranvía eléctrico fué el medio de transporte que causó sensación en todas las grandes ciudades del mundo civilizado, a fines del pasado siglo y principios de este.

Aquí se implantó el sistema durante los años de la ocupación norteamericana, a raíz de haberse terminado la Guerra de Independencia, con objeto de sustituir las viejas "maquinitas" del Cerro y del Vedado y bien pronto sintieron también el impacto de tal avance del progreso las guaguas de Estanillo, tiradas por mulos y los coches de alquiler, llamados también "cristalinos" o "arrastra-panzas".

El importe de un pasaje de ida o de vuelta era de siete centavos "calderilla", ya que en aquella época todavía nuestro signo fiduciario era la moneda española, pero también podía abonarse con un "niquel" americano que se adquiría en muchos lugares al cambio de seis centavos.

La inauguración de las primeras paralelas tranviarias constituyó un acontecimiento inusitado en el cual participó toda la población habanera y la línea inicial en circulación fué la de Vedado-Muelle Luz, con sus colores distintivos: blanco y verde que mantuvieron siempre hasta la aparición de los Autobuses Modernos que respetuosamente lo conservan.

La circunstancia de que los espejuelos que usaba el doctor Marcos García, uno de nuestros primeros jueces correccionales después que se puso en vigor la Orden Militar norteamericana que creó dicho sistema, llevaran cristales de semejante tonalidad dió lugar a que el gracejo popular conociera a dicho funcionario judicial con el cariñoso apodo de "Vedado-Muelle de Luz".

Como es natural, la aparición del tranvía trajo consigo obligatoriamente la rumbita inevitable que en aquella época en que Cuba no había perdido su buen humor servía de melodioso colofón a todo suceso de más o menos trascendencia en nuestra vida aldeana de entonces. Y por calles y paseos a través de las persianas de las casas particulares se oía frecuentemente cantar con sandunguera cadencia:

"Y deme la transferencia
con su número marcado,
que voy derecho al Vedado
a ver la china Inocencia".

X X X X X

El tranvía —la carroza di tutti— fué efectiva-

mente el democrático vehículo de todos durante nuestros primeros cincuenta años de la vida republicana. La joven pareja de novios en un asiento doble con la inseparable "futura mamá política" en el de atrás, al lado de la cocinera que acababa de salir de la colocación, con sus cartuchos cargados con residuos de comida o el modesto empleado que después de acicalarse convenientemente venía al centro de La Habana a distraerse un poco, asistiendo a la segunda tanda de "Alhambra", eran los pasajeros más frecuentes.

Su máxima velocidad: los nueve puntos no le permitirían en estos tiempos sostener una competencia victoriosa con ninguna guagua que llevara un minuto de retraso, pero el tranvía a cada rato sufría algunas breves demoras, cuando los "troleies" se salían de su lugar o retrasos más duraderos al acabarse el fluido eléctrico. De todos modos, siempre resultaban más sportables que los aborrecidos trasbordos de nuestros modernos ómnibus.

X X X X X

Y así andaban sobre las paralelas, sin descarrilarse, lo cual le daba cierta ventaja legal en los choques, según alegaba constantemente en los juicios correccionales el doctor Tremola, abogado de la compañía, esos carros eléctricos que manejaban en su mayoría recios peninsulares de amplios bigotes, los cuales servían de burla a los estudiantes universitarios cuando en los primeros días de curso abordaban dichos vehículos, sin idea de abonar el precio del pasaje, más con ánimo de diversión, que de causar perjuicios.

A veces, sin embargo la broma universitaria resultaba de más grave envergadura al untársele a las paralelas un jaboncillo que impulsaba al tranvía con velocidad de montaña rusa, San Lázaro abajo.

Poco a poco la capital se vió cruzada por los ralles tranviarios en todas direcciones, acorde con las exigencias de la población y cada línea mantenía después por la noche un carro de confronta, con horario y soñolienta clientela fija.

Un buen día, el reloj inexorable del progreso marcaba la hora fatal del tranvía. Había cumplido su ciclo histórico y desaparecía, pero los que a través de tantos años utilizamos sus servicios, conocimos de sus bondades y tuvimos que sufrir el cosquilleo incesante producido por aquella "chinche", que en los últimos tiempos se aferraba a sus viejos asientos de mimbre, siempre lo recordaremos con ese agri-dulce sabor de la nostalgia.



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

El "Maine" y el Palo de la Machina

Volviendo la vista hacia el pasado, hagamos con los ojos del recuerdo un recorrido a través de todo el antiguo litoral capitalino.

Comencemos tan imaginario paseo por la vieja Alameda de Paula, sucia, abandonada, de miserable aspecto el cual no podía dejar adivinar que fuera ese el lugar de reunión de la sociedad habanera en la época en que, a pocos pasos de allí nacía un niño que andando los años habría de convertirse en el Apóstol de nuestras libertades.

No había que caminar mucho en dirección a los amplios muelles de San Francisco para pasar frente a un viejo espigón, donde hoy se hallan instaladas una Casa de Socorros y una subestación de Bomberos y que en aquel entonces servía de emboque para los ferries que atravesaban la bahía, los populares "vaporcitos de Regla", como se les llamaban por antonomasia, aunque también realizaban viajes a Casablanca.

Siempre repletos de pasaje, transportando a los que vivían en la parte ultramarina de la capital, en noches de Tutelar en Guanabacoa tenían que duplicar el servicio para satisfacer a la alegre clientela en horas de la madrugada.

Las lanchas con ligeros motores fueron desplazando poco a poco a aquellas anchas embarcaciones que surcaban lentamente las tranquilas aguas de nuestra rada, llevando dentro de su amplio vientre no sólo su parroquia habitual, sino también a parejas amorosas, a padres que querían ofrecerle a su pequeño vástago la sensación de que estaban realizando un viaje trasatlántico, a individuos bulliciosos que pretendían que la brisa marina disipara en su cerebro el efecto del exceso de tragos y a más de un desesperado que no creyendo hallar en la tierra la solución de sus problemas, intentaban buscarlo en el fondo de la bahía, lanzándose al agua

de la cubierta de uno de aquellos vaporcitos de fundir nueva vida al corazón y que ningún re-entusiasmo con que el cirujano trataba de in- Tampoco podía dejar pasar por alto aquel alva. Por otra parte, cuerpo y alma no se habían independizarse. hijos que aun no habían llegado a la edad para sumir en gran desconcielo. No olvidó a los dos y de buenas carnes, que lo quería de veras y que

Los elevados terminaban junto al Muelle de Caballería, detrás del histórico Templete y a cuyos viejos espigones de madera se llegaba a través de una amplia reja de estilo colonial.

Pocos metros más adelante se cerraba el paso orillando las aguas de la bahía y al llegar al edificio de la antigua Maestranza, en el lugar donde hoy se levanta la moderna jefatura de Policía, la mole pétrea del legendario edificio de tiempos de la colonia nos hacía torcer el rumbo dejando atrás la llamada "cortina de Valdés" y la popular pila de Neptuno. En medio de la rada, durante muchos años, se podían contemplar los restos del crucero "Maine", volado en tal sitio la noche del 15 de febrero de 1898. Parte de la proa y uno de sus mástiles quedaron al descubierto y fué durante el periodo de José Miguel Gómez, de acuerdo con el gobierno norteamericano, que se construyó en derredor de aquellas reliquias gloriosas una ataguía a fin de poderlos poner transitoriamente a flote y remolcarlos hasta alta mar, donde se hundieron para siempre en medio de merecidos honores.

• • •

Volvamos a buscar la vista del mar y sus salobres emanaciones en las inmediaciones del Castillo de la Punta, rodeado por la parte de tierra de un pequeño foso y contemplemos ese primer tramo del Malecón que se inicia frente al Prado, con su acogedora glorieta de cemento de clásico estilo, que servía en determinados días para que las Bandas de la Marina y del Estado Mayor del Ejército ofrecieran amenas retretas que gran parte de la población habanera escuchaba, bien sentados en las sillas de hierro que la circundaban o bien paseando por sus alrededores.

En los primeros años de República se continuó dicho trabajo comenzado en tiempos de la ocupación yankee y llegó hasta el lugar donde un día habría de erigirse la estatua de Maceo, en medio

de un bien trazado y adornado parque. que. un extrajero e investigador: un ap- raciones un extrajero e investigador: un ap- cuerpo, entro en el escenario de la sala de ope- Desde el momento en que la muerte de aquel adrenalina, para inyectarla en el corazón. pidamente le preparaban una jeringuilla con traía y darle masaje, mientras pedía que rá- ra llegar hasta la viscera, comenzando a con- debajo del corazón, por la que pasó la mano pa- ción el bisturí, abierto una herida transversal leve latido. Se decidió: entro de nuevo en ac- dinaria. Esperó unos segundos: nada, ni el más estaba dispuesto a tomar una decisión extraor- momento, pero dejaba adivinar su actitud, que canza. El operador nada dió a entender de et anestesia interrogo con un movimiento de



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

El "Maine" y el Palo de la Machina

Volviendo la vista hacia el pasado, hagamos con los ojos del recuerdo un recorrido a través de todo el antiguo litoral capitalino.

Comencemos tan imaginario paseo por la vieja Alameda de Paula, sucia, abandonada, de miserable aspecto el cual no podía dejar adivinar que fuera ese el lugar de reunión de la sociedad habanera en la época en que, a pocos pasos de allí nacía un niño que andando los años habría de convertirse en el Apóstol de nuestras libertades.

No había que caminar mucho en dirección a los amplios muelles de San Francisco para pasar frente a un viejo espigón, donde hoy se hallan instaladas una Casa de Socorros y una subestación de Bomberos y que en aquel entonces servía de emboque para los ferries que atravesaban la bahía, los populares "vaporcitos de Regla", como se les llamaban por antonomasia, aunque también realizaban viajes a Casablanca.

Siempre repletos de pasaje, transportando a los que vivían en la parte ultramarina de la capital, en noches de Tutelar en Guanabacoa tenían que duplicar el servicio para satisfacer a la alegre clientela en horas de la madrugada.

Las lanchas con ligeros motores fueron desplazando poco a poco a aquellas anchas embarcaciones que surcaban lentamente las tranquilas aguas de nuestra rada, llevando dentro de su amplio vientre no sólo su parroquia habitual, sino también a parejas amorosas, a padres que querían ofrecerle a su pequeño vástago la sensación de que estaban realizando un viaje trasatlántico, a individuos bulliciosos que pretendían que la brisa marina disipara en su cerebro el efecto del exceso de tragos y a más de un desesperado que no creyendo hallar en la tierra la solución de sus problemas, intentaban buscarlo en el fondo de la bahía, lanzándose al agua desde la cubierta de uno de aquellos vaporcitos de Regla que hoy únicamente existen en el recuerdo.

* * *

Continuemos avanzando. En seguida nos hallaremos frente a los muelles de la Machina que se caracterizaban por una enorme grúa que servía para la carga y descarga de los barcos. El "palo de la Machina" hacía experimentar a los habaneros de entonces la misma sensación que cualquiera de las siete maravillas infiltraba a los hombres de la antigüedad y su nombre se empleaba en el argot popular como término superlativo.

"Si me sigues molestando, te voy a dar una galleta" tan fuerte, que tendrán que recogerla en el "palo de la Machina" —se oía exclamar con frecuencia en cualquier esquina habanera.

Y allí, cerca del "palo de la Machina" comenzaban los elevados que construyera la empresa de la Havana Electric, con objeto de que sus tranvías, pertenecientes a las líneas de Vedado-San Juan de Dios; Príncipe-Muelle de Luz y San Francisco-Muelle de Luz pudiesen atravesar aquella zona de intenso tráfico sin obstaculizar el cruce de los carros tirados por mulos primeramente y más tarde de camiones.

Los elevados terminaban junto al Muelle de Ca-ballería, detrás del histórico Templete y a cuyos viejos espigones de madera se llegaba a través de una amplia reja de estilo colonial.

Pocos metros más adelante se cerraba el paso orillando las aguas de la bahía y al llegar al edificio de la antigua Maestranza, en el lugar donde hoy se levanta la moderna jefatura de Policía, la mole pétrea del legendario edificio de tiempos de la colonia nos hacía torcer el rumbo dejando atrás la llamada "cortina de Valdés" y la popular pila de Neptuno. En medio de la rada, durante muchos años, se podían contemplar los restos del crucero "Maine", volado en tal sitio la noche del 15 de febrero de 1898. Parte de la proa y uno de sus mástiles quedaron al descubierto y fué durante el período de José Miguel Gómez, de acuerdo con el gobierno norteamericano, que se construyó en derredor de aquellas reliquias gloriosas una atalaya a fin de poderlos poner transitoriamente a flote y remolcarlos hasta alta mar, donde se hundieron para siempre en medio de merecidos honores.

* * *

Volvamos a buscar la vista del mar y sus salobres emanaciones en las inmediaciones del Castillo de la Punta, rodeado por la parte de tierra de un pequeño foso y contemplemos ese primer tramo del Malecón que se inicia frente al Prado, con su acogedora glorieta de cemento de clásico estilo, que servía en determinados días para que las Bandas de la Marina y del Estado Mayor del Ejército ofrecieran amenas retretas que gran parte de la población habanera escuchaba, bien sentados en las sillas de hierro que la circundaban o bien paseando por sus alrededores.

En los primeros años de República se continuó dicho trabajo comenzado en tiempos de la ocupación yankee y llegó hasta el lugar donde un día habría de erigirse la estatua de Maceo, en medio de un bien trazado y adornado parque.

En aquel entonces, era solamente un solar yermo en que los muchachos jugaban a la pelota y en el cual como motivo decorativo se ofrecían los viejos cañones que hoy se hallan simétricamente colocados.

El mar hacía una pequeña penetración, formando la caleta de San Lázaro, junto al Torreón que todavía se conserva y así seguía el litoral en forma irregular, a pocos metros del Hospital de San Lázaro, vetusto caserón que una noche desapareció arrasado por las llamas, hasta la batería de Santa Clara, en la pequeña colina en que actualmente exhibe sus bellas líneas el moderno Hotel Nacional.

Al construir el dinámico Carlos Miguel de Céspedes la gran avenida que se extiende desde el Parque Maceo hasta el del Maine, cuyo monumento fué inaugurado durante el mandato del doctor Zayas, hubo necesidad de probarle al mar, gran parte de sus dominios.

Y desde allí, el litoral habanero seguía con sus contornos de arrecifes hasta la desembocadura del río Almendares, interrumpía semejante línea con balnearios populares como los del Progreso, Las Playas y el "Encanto" de los cuales hablaremos en otra oportunidad.

COSITAS ANTIGUAS

M. sep 30/56

Por Carlos Robreño

Las Fondas y los Puestos de Chinos

Cuando a fines de la primera década de este siglo vino abajo estrepitosamente el milenar imperio de los mandarines; para celebrar el advenimiento de la Celeste República y la proclamación de Sut Yan Sen como su primer presidente, todos los chinos residentes en La Habana, organizaron diversos actos populares con objeto de demostrar su regocijo y entre ellos destacóse una nutrida manifestación que recorrió nuestras principales calles, portando los concurrentes a ella numerosas banderas de la naciente República que habían sustituido al amarillo pendón que en el medio ostentaba un imponente dragón.

A fin de incorporarse desde tal momento a la civilización occidental, los nuevos ciudadanos desfilaron ese día después de haberse cortado la trenza, símbolo retrasado del destruido imperio, vestidos impecablemente de dril blanco y luciendo algunos de ellos hasta espejuelos.

A muchos extrañó, sin embargo, dicha uniformidad en la indumentaria, pero bien pronto se supo el motivo, ya que aquel día pocos habaneros pudieron vestirse de igual modo. Todos los trajes de semejante clase que se hallaban en los trenes de lavado servidos por chinos fueron utilizados en tan fastuosa mise en scene, para después de planchados nuevamente, ser devueltos a sus dueños.

Y desde entonces, la inmensa colonia asiática siguió conviviendo en esta isla sin prescindir de su sistema de trabajo que se fué conservando hasta hace pocos años en que las leyes nacionalistas y el inevitable proceso evolutivo introdujeron las lógicas innovaciones. Así hemos llegado a esas cafeterías con ribetes yankees servidas por chinos, donde se mezclan en un democrático blue plate, el norteamericano hamburger con el oriental "chop suey" y con el criollísimo moros y cristianos y que han desplazado aquellas fondas de barrios, donde el pálido dependiente de tez amarilla y ojos oblicuos le gritaba al lejano cocinero: ¡Lopa vieja para caballo! ¡Calne con papa "pa" señor de la patilla lubia! Y al final no había necesidad de escribir y entregar el "check", puesto que el mismo sirviente se encargaba de pregonar a voz en cuello: ¡Diez y siete centavo! ¡Veinte siete quillo!

x x x

Los chinos eran también fuertes contrincantes

del comercio español en el giro de trenes de lavado. Los establecimientos hispanos estaban atendidos por habilidosas lavanderas y forzudos asturianos que a fuerza de recias muñecas le sacaban con la plancha a camisas y cuellos aquellos reflejos brillantes que eran su especialidad.

Los precios que brindaban los hijos de la Celeste República eran mucho más baratos, ya que suprimían bastante almidón en su manufactura y además ofrecían un servicio mucho más rápido, aunque fuera a costa de la mayoría de los botones de aquellos calzoncillos largos y camisetas de crepé que usaron nuestros padres y abuelos. El chino lavadero, sin embargo, no ha desaparecido completamente de nuestro escenario tropical, a despecho de nuevos implementos eléctricos que van surgiendo en dicho proceso.

x x x

Pero de todas sus actividades comerciales, ninguna ha dejado en nuestro recuerdo tan agradable huella como aquella de los puestos de "bollitos y chicharrones" de nuestros días escolares en que cinco centavos en calderilla nos servían para combinar al mediodía como merienda, un sabrosísimo menú a base de bollitos, rositas de maíz, frituras de bacalao y mariquitas.

Ciertamente hemos visto después algunos peregrinos establecimientos en mitad de la acera provistos de aparatos más higiénicos, de fijo, que aquella amplia caldera llena de manteca de varios días, que se utilizaba en la confección de tales chucherías, pero a fuer de sinceros tenemos que confesar que por medios tan modernos no se les imprime el delicioso sabor que aún nos hace relamernos de gusto al recordarlo...

También teníamos en aquel entonces, al chino perfumista, en franca competencia con el isleño baratillero, pues igualmente llevaba a domicilio sus bien olientes mercancías y mucho más humildes, más resignados, ambulaban por esas calles los vendedores de abanicos de guano y de maní. ¡Lulce, maní, melcocha!

Todos eran de carácter apacible y llevados por esa incomparable filosofía oriental, incapaces de buscar trifulca en la vía pública, pero si alguien osaba hacerlo, tenían para defenderse un arma terrible: ¡el pito de auxilio!

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

¡Aquel Círculo de Abogados!

CUANDO llevados por alguna circunstancia transitamos por la acera de los pares a lo largo de esa amplia calle del Prado, que antes de sus exóticas reformas semejava criolla versión del madrileño Recoletos de las Ramblas barcelonenses y que fuera obligado paseo de los antiguos habaneros, no podemos por menos, al cruzar la cuadra comprendida entre las calles de Animas y Trocadero que detenernos, aunque sean breves minutos, frente a las fuertes columnas de un viejo caserón de alto puntal y con espacioso portal, detalles inequívocos de la arquitectura colonial, en el que un día estuviera enraizado el Círculo de Abogados.

Llevamos el recuerdo a más de un cuarto de siglo atrás y nos parece ver todavía aquella pléyade de letrados-jóvenes, unos; maduros los otros, sin faltar tampoco algunos que peinaban canas o no peinaban nada— esparcida por los distintos sectores de la magnífica residencia.

Sentábamonos los más sosegados en los cómodos sillones del portal, contemplando el atrayente desfile de toda una población, rumbo a la glorieta del Malecón donde la Banda de la Marina o del Estado Mayor del Ejército ofrecían frecuentemente atractivas retretas. También en dichos grupos se comentaban los últimos nueve escones propinados por Luque o la reciente victoria alcanzada por Chocolate, en tanto un compañero le refería a un colega el efecto causado por un escrito suyo presentado en un mayor cuantía ante el Juez de Primera Instancia correspondiente.

En la sala de la casa, una victrola ortofónica, en ausencia de la Televisión que aún no se sospechaba y de la radio que todavía se hallaba en sus pasos iniciales, satisfacía las espiritualidades melómanas de aquellos que sin dejar de rendir pleitesía a Temis, ofrecían también su devoción a la cautivadora Euterpe. En la antesala, una serie de mesas colocadas en distintos lugares, se ofrecían tentadoras para los habituales del Dominó y entre el rodar de fichas sobre el tablero, la narración de un cuento picaresco o la repetición del último chiste que andaba de boca en boca, surgía prepotente e iracunda la reacción violenta de aquel que increpaba a su compañero de juego por haber tirado a seis con el contrario.

Al fondo, sobre el improvisado bar, "Sabani-lla" preparaba los tragos al ritmo de golpes de cubilete, frente al salón de taquillas, anexo al de las duchas que servía también para las sesiones furtivas de "poker" y ¿por qué no? de un silo violento, reminiscencia de los días universitarios.

El ambiente que se respiraba en aquel recinto era cordial y acogedor. Acaso en un proceso selectivo muy frecuente en nuestras colectividades, se había eliminado al "pesado" y si alguno se filtraba a través de tan riguroso tamiz tenía muy a bien disimular en público sus repelentes cualidades. Constituyeron indiscutiblemente aquellos días del Círculo de Abogados un a época de "bohemia" que estimamos que ni antes ni después ha podido disfrutar la clase togada, haciendo reivir, ya de profesionales, los momentos de inolvidable camaradería de las casas de huéspedes para estudiantes.

En domingo de Carnaval, de aquellos Carnavales sin cooperación oficial, pero más sinceros y más entusiastas, la alegría contagiosa de Momo parecía encontrar en la casa de los letrados su más majestuoso palacio. Desde el portal y desde

la acera correspondiente al edificio se contemplaba el vistoso y abigarrado desfile. Más tarde, al anochecer, algunas de esas bellas mascaritas eran recibidas gentilmente en la simpática mansión y con la cooperación fiel de la ortofónica se rendía honesto homenaje a nuestra criolla danza nacional.

¡Virgen de Regla!

Compadécete de mí, de mí...

El bullicio cesaba poco después y tras un recuento monetario en los bolsillos, íbamos a restaurar en parte las fuerzas a una humilde fonducha a quien irónicamente llamábamos "Sevillita" con objeto de proseguir aquel itinerario jubiloso en los salones del "Centro Gallego" o del Centro de Dependientes, con el inevitable epílogo en la sala del Teatro Nacional que había heredado las alegres tradiciones del desaparecido Tacón.

Pero no todo siempre fué alegría en el viejo caserón. En cierta ocasión, dentro de sus anchas paredes la tragedia batió sus alas. Daniel Blanco, bien conocido de todos desde sus días estudiantiles por haber sido un estelar player de base ball defendiendo la bandera basebolera del "Alma Mater" ejercía, a la sazón, las funciones de Juez Correccional en la cercana localidad de Batabanó y una noche llegó al Círculo mostrando signos de honda preocupación. Llamó aparte a un viejo compañero desde la época en que ambos formaban parte del team de base ball, y le refirió que al día siguiente tendría que impartir justicia en un asunto delicado que se ventilaría en el Juzgado del simpático pueblo sureño. Con tal motivo había recibido varias amenazas, necesitando acudir armado por si llegase el instante de teper que defender su vida. Ante aquella explicación, el amigo fué hasta su taquilla donde guardaba una pistola y se la entregó, haciendo votos porque no se viese impelido a utilizarla, pero Daniel Blanco, apenas oyó sus últimas palabras. Serenamente se encaminó

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

hacia la sala, se sentó en uno de los sillones y sacando la pistola apoyó su codo sobre el brazo de ese mueble y se disparó un balazo junto a la sien derecha. Al eco de la detonación acudieron los compañeros que se hallaban en dicho lugar y que sólo tuvieron tiempo de ver al infortunado Daniel, manando bastante sangre, caer exánime al suelo.

Corrían los meses anteriores a la caída del régimen machadista. No puede negarse que la guerra fratricida azotaba a la isla de un extremo a otro y en medio de aquel mar embravecido de pasiones y odios, el Circulo de Abogados, sin embargo era un remanso de paz a donde no llegaban los embates de aquellas olas de tragedia. A pesar de que diariamente se reunían allí abogados íntimos amigos de los gobernantes de la época y jóvenes que no ocultaban su ideología revolucionaria jamás hubo en el seno de nuestra institución un incidente por motivos políticos y en ningún momento ni la más leve duda de una delación por parte del adversario se reflejó sobre el límpido cristal de la hidalguía y caballerosidad de aquellos profesionales cubanos. Por tan leal conducta en horas difíciles más que por ningún otro motivo, ha debido mantenerse a través del tiempo ese Circulo de Abogados que parece adentrarse en el terreno de la leyenda.

Por eso cuando en alguna ocasión pasamos frente al antiguo edificio donde estuviera instalado, nos detenemos frente a sus columnas, para volver nuestro recuerdo a más de un cuarto de siglo atrás.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



COSITAS ANTIGUAS

Los Pantalones Largos

Por Carlos Robreño

No somos de los que pensamos neciamente que nuestros tiempos fueron mejores por el sólo hecho de ser nuestros. Entendemos que cada generación dispone a capricho de diversiones acordes con su época que se disfrutaban sin reposo en los años juveniles y que luego se añoran con ese agri-dulce sabor de los recuerdos cuando ya las canas comienzan a platear nuestras cabezas.

Debido a ello, quizás los jóvenes de ahora, andando los lustros, tengan para el "cha-cha-chá" los respetos sagrados de una danza litúrgica y la guayabera y la camisa de sports de llamativos colorines sean consideradas como prendas de vestir de rigurosa severidad, sólo apropiadas para asistir a entierros y conferencias científicas.

Pero, a pesar de tal amplitud de criterio, si estimamos que la vida humana está dividida en etapas cronológicas que no podemos salvar de un solo salto, pues la caja de soldaditos de plomo que nos llenaba de júbilo en los días infantiles no ha de despertar en el individuo el mismo sentimiento que en la edad dorada nos produce el beso de la amada y años más tarde la caricia inefable de los nietos.

Por tales motivos nos rebelamos contra esa moderna costumbre de vestir de pantalones largos al niño, apenas ha abandonado los pañales de la cuna, destruyendo así, con esa visión materialista que actualmente nos embarga la rosada ilusión que mantiene el infante desde que tiene uso de razón. ¡Ponerse los pantalones largos! ¡Llegar a ser hombre!

—X X X—

Cierto es que dicha prenda de vestir le quedaba rematadamente mal a todos aquellos que se la ponían por primera vez, ya que en tal ocasión no se trataba de pantalones cortados a la medida, ni aún de esos comprados hechos, de "apéame uno", en cualquier bazar barato.

Esos pantalones largos pertenecían siempre al hermano mayor o a un amigo que los prestaba para que furtivamente pudiese el imberbe beneficiario contemplar con las pupilas exageradamente abiertas, desde la tertulia del "Molino Rojo" las rumbas que bailaban la Petit Pilar o la Chelito Criolla y desde la del "Alhambra" los chistes de Regino López y Acebal, la soberana elegancia de

Luz Gil o las formas esculturales de Amalia Sorg.

A pesar de semejantes ensayos realizados a espaldas de la familia, el día que de manera oficial se estrenaban para no volvérselos a quitar más esos pantalones largos, tenía para los muchachos de entonces la misma emotiva significación que para una jovencita representaba la fiesta de presentación en sociedad a los quince años.

Y poco importaba que las pequeñas hebillas de las ligas que sostenían los calcetines nos pellizcaran a cada momento las pantorrillas; que ese movimiento instintivo que ejecutábamos con las manos sobre el pantalón al sentarnos con objeto de que las rodillas no le impriman mala forma a esa prenda de vestir resultara torpe y que un acné virulento en el rostro sirviera de certificado de nacimiento proclamando a todos los vientos nuestra corta edad. Nada de eso importaba: ¡ya éramos hombres!

—X X X—

Y ese día, siempre de grata recordación por el resto de la existencia, se volvía por la noche a "Alhambra" o al "Molino Rojo", pero entrando por la puerta principal, por la que conducía al pasillo de las lunetas. Después nos tomábamos un ron, aunque el líquido al pasar por el garganta nos produjera una ardencia hasta entonces desconocida.

Por último, antes de retirarnos a la casa paterna, nos arriesgábamos por uno de esos barrios de la ciudad que por su moral bastante equívoca no constituía un camino transitable en altas horas de la noche para los menores. Pero ¡ya éramos hombres!

Y se disfrutaba de todas las desviaciones de la hombría a plenitud, hasta que nos aventurábamos a pasar frente a la ventana donde la noviecita del barrio—ingenuos amores infantiles—a quien habíamos visto el día anterior, cuando todavía vestíamos medias largas y pantalones de bombachos, nos esperaba ignorando la sorpresa que le habíamos silenciado. Aquel lindo rostro de muñeca desfigurado por el asombro y aquella risa burlesca con que recibía tal aparición eran un frío puñal de acero clavado en nuestras cálidas ilusiones de "hombres grandes". Para todos, lo éramos, pero para ella, que nos creía que estábamos disfrazados, no.

COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LIBERALES Y CONSERVADORES

Al reiniciarse nuestra vida republicana tras el lamentable paréntesis interventor de Mr. Magoon, las actividades políticas quedaron reducidas a dos grandes bandos: liberales y conservadores, aunque en los primeros momentos dió también señales de inquietud una tercera organización que tuvo breve existencia y trágico fin; el Independiente de color que organizara Evaristo Estenoz, dando lugar a la promulgación de la conocida Ley Morúa.

Bajo la común denominación de liberales se agruparon las tendencias en pugna de José Miguel Gómez y Alfredo Zayas que llegaron a una fusión con objeto de concurrir a las elecciones de 1908 y el conservadurismo recogió todos los prosélitos del ya desaparecido Partido Moderado, teniendo como máximo caudillo al General Menocal.

En aquella época un eminente hombre público —creemos que fué el inolvidable González Lanuza— declaró que en Cuba no había nada más parecido a un liberal que un conservador y viceversa, lo cual quedaba demostrado en la práctica cuando leyes tan radicales como la de Arteaga, la de Accidentes del Trabajo y sobre todo, la del Divorcio, cobraron vigencia legal bajo un régimen que se estimaba de derecha.

Pese a tal semejanza, la rivalidad existente entre liberales y conservadores resultaba tan encarnizada como la que en época de la colonia habían sostenido los simpatizantes de los Bomberos del Comercio y los Municipales y tan sincera como la que en todos los tiempos ha reinado entre habanistas y almejaristas. Ese fanatismo se transmitía de generación en generación, de padres a hijos y aquel que intentara una conversión ideológica era sancionado con el estigma de "cambiacasacas" que le acompañaba hasta la tumba.

Los liberales, sin duda alguna, representaban la mayoría del país, pero los conservadores gobernaron más tiempo. Y la explicación se nos antoja bien sencilla. Los adictos al emblema del "gallo y el arado" sostenían frecuentes querellas internas que ocasionaban deserciones las cuales eran capitalizadas en su provecho por los seguidores de la estrella de cinco puntas conservadora que a la hora de unos comicios podían justificar sus triunfos, más o menos legales, con el fraccionamiento de las huestes contrarias. Así sucedió en 1912, con la victoria de la Conjunción Patriótica Nacional y ocho años más tarde con la de la Liga Nacional.

Como es natural, cada descalabro sufrido por las legiones liberales tenía como necesario colofón, en lo interno, amenazas insurreccionales que a veces se llevaron a efecto y en lo externo, patéticas apelaciones a Washington reclamando la aplicación de los duros preceptos de la odiosa Enmienda Platt.

Pero lo verdaderamente pintoresco de tan exaltada rivalidad entre liberales y conservadores radicaba en la campaña de propaganda pre-comicial, durante la cual se celebraban en las ciudades bulliciosos mítines de barrios y en los pueblos abigarradas concentraciones guajiras. Ambas con los mis-

mos concurrentes, las mismas charangas, las mismas sillas de tijeras, las mismas tiras de papelitos de colores, los mismos voladores, los mismos caballos los mismos jinetes, las mismas banderas y hasta los mismos discursos, variando solamente la persona que los expresara.

Una gran diferencia se notaba únicamente. La que puede existir en el terreno musical entre las notas del "Tumba la caña" y La Chambelona, que más tarde fué reemplazada por el "A pie, a pie" de la jornada machadista.

Cerrábase el ciclo de actos políticos por cada tendencia, con dos mítines grandiosos en la capital. Uno celebrábase en la esquina de Toyo y el otro en el Parque Central, donde a semejanza de los espectáculos gallísticos, en que existen valla grande y valla chica, se levantaban dos tribunas: una populachera para los oradores de ocasión y otra de honor reservada a las grandes figuras de cada organización. ¡Zayas, Sanguily, Manduley, Ferrera, Mario García Kholy, Cortina y otros brillantes defensores de las ideas liberales! ¡Montoro, Enrique Jose Varona, Dolz, Lanuza y algunos más eminentes panegiristas del emblema conservador!

Naturalmente, se escogía el sábado como día de la semana para llevar a cabo dichas grandes demostraciones de fuerza popular, teniendo buen cuidado en que la celebración del mitin liberal de Toyo coincidiera con el conservador del Parque Central frente a la Acera del Louvre y al revés, tratando de evitar fricciones con el distanciamiento de dichos actos, entre los militantes de uno y otro partido.

x x x

No obstante, ello no podía lograrse siempre de manera absoluta y en ocasiones, grupos dispersos de la facción que primero había terminado su fiesta se dirigía al lugar donde la fiesta de sus adversarios continuaba, originándose fuertes alteraciones del orden con el consiguienteroteo que más de una vez produjo trágico balance.

Por cierto que uno de esos incidentes ocurridos durante la campaña comicial de 1912, en el Parque Central dió lugar a que un buen criollo, sin facultades atléticas de ninguna clase pudiera blasonar en aquel tiempo, de correr más que Armando Marsans, el gran jugador de baseball que junto con Almeida, habían sido los primeros cubanos contratados por un club de Liga Grande y el cual precisamente ese año regresó con los laureles de ser uno de los mejores corredores de la organización en que actuaba.

Y basaba su orgullo aquel ciudadano en que la noche del mitin del Parque, él se hallaba hablando con Marsans en la esquina de Prado y Neptuno, donde entonces estaba situado el café "Centro Alemán" y al sonar el primer disparo, los dos emprendieron una precipitada carrera a fin de ponerse a buen recaudo y cuando el primero llegó al café "El Rosal", que aún subsiste en Crespo y Animas, le llevaba más de una cuadra de ventaja al gran pelotero del "Cincinnati". ¿Corro o no corro más que Marsans?, exclamaba siempre después de su relato y con bastante fundamento, este feliz mortal.



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LOS ANTIGUOS CARNAVALES

Ahora que se está anunciando con acentos dramáticos que el próximo año La Habana no podrá gozar de sus tradicionales Carnavales por no contarse con dinero suficiente para poder recibir un respaldo oficial, vienen a nuestra mente las expansiones de Momo en otras épocas en que el regocijo popular brotaba espontáneo desde el hondón de su alma sin importarle nada que las arcas municipales estuviesen repletas o no.

Y eran aquellas Carnestolendas de rancio sabor de pueblo que se mostraba lo mismo en las "máscaras aburridas" que recorrían las calles de la capital en esas fechas señaladas haciendo las delicias de la grey infantil, que en los paseos en coches, primeramente y más tarde en automóviles de fuelle bajo, cargados de bellezas femeninas. ¡Carnavales de sana alegría que saturaban de sandungueras notas musicales la ciudad con sus típicas comparsas, organizadas en cada barrio sin ayuda de la pecunia presupuestal! ¡Bailes en centros regionales, en el tradicional Pilar y colofón bullicioso en la vieja sala de Tacón, bajo las luces de su "araña" célebre y a los acordes del cornetín de Pablito despidiendo a los más trasnochadores con las melodías pegajosas del último "yambú"!

X X X

Recordaremos siempre, siendo muy pequeños, aquellos festejos invernales organizados bajo la regencia de Don Julio de Cárdenas y para los cuales se hicieron venir unas soberbias carrozas que habían sido admiradas semanas antes en New Orleans.

Después, año tras año, disfrutamos de esas fiestas carnaavalescas, según la edad que íbamos alcanzando. Y acompañados de nuestros familiares más queridos presenciábamos, sentados en unas sillitas especialmente colocadas en la acera de "El Anón del Prado", situado en la acera de los nones de dicho Paseo, entre Virtudes y Neptuno, el interminable desfile de coches con alegres máscaras —aldeanas, colombianas, mascotas, chinas, japonesas y "watteaus" sin faltar el típico dominó— en tanto nuestro brazo trataba de mostrar incontenible regocijo desenrollando sin tregua cientos de espirales de papel coloreado. ¡Serpentina alemana, a peseta el paquete!

Y la escena del primer paseo se repetía el lunes, el martes y las subsiguientes fechas denominadas: Piñata, la Vieja, Sardina y Figurín.

Un domingo de Piñata, el correspondiente al año de 1914, los habaneros se disponían a disfrutar una vez más, de esas deliciosas fiestas de Momo, cuando una nota dolorosa vino a frustrar aquellos deseos. La víspera había muerto una de

nuestras más veneradas reliquias patrióticas: Don Salvador Cisneros Betancourt, el glorioso Marqués de Santa Lucía. Y todos los festejos señalados para tal día fueron suspendidos, con excepción de uno. Un gran baile de alta sociedad que habría de celebrarse en la lujosa residencia de una de las más destacadas figuras de nuestra política no se sometió a dicha medida, pretextando que el Marqués había fallecido en las últimas horas de la tarde de la fecha señalada para la gran soirée y ya, con todos los gastos realizados, se hacía muy costosa la contraorden.

En 1915 se efectuaron unos Carnavales más de ese tipo. Las comparsas del "Jiquí", de "Chantecleer", de los "Congos de Chávez", del "Alacrán" y otras similares gozaron de sus naturales expansiones, pero al siguiente año Momo se vio precisado a hacer un alto en sus excesos. La sangrienta guerra que azotaba desde hacía largos meses al viejo continente europeo dejaba ya sentir su trágica influencia en esta tierra y fue hasta 1919, después de consumada la victoria de los países aliados, a los cuales Cuba se había unido, que no resurgieron semejantes fiestas, aunque con características distintas. Comenzaba el imperio del automóvil y en plena danza de millones, merced al alto precio del azúcar, los típicos Carnavales humildes, pero de sincero regocijo pasaron al viejo cofre de los recuerdos. Eran Carnestolendas de lujo, de ostentación, que un día decayeron al compás lento, pero sin solución de continuidad de la crisis económica, de las quiebras bancarias, de la moratoria, de la bancarrota.

X X X

Y de ahí en adelante, Momo llevó una vida languida, recordando su pasado venturoso hasta que en 1937, siendo Alcalde de La Habana el ya desaparecido Antonio Beruff Mendieta, nuestro compañero de las aulas escolares, quiso éste resucitar tan típica costumbre. Y se organizó una Comisión de Turismo Municipal que obtuvo gran éxito. Fue así como surgieron las modernas comparsas —ritmo de conga y trajes costosos— que desfilaron alegremente por el Paseo del Prado hasta el majestuoso Capitolio para llevarlas después fuera de nuestras aguas jurisdiccionales, esparciéndolas por todos los ámbitos del planeta esas sandungueras notas musicales afro-cubanas. Pero el sistema se ha ido burocratizando año tras año y ahora anuncia la regencia municipal que tendrán que abolirse tales festejos por no haber dinero suficiente en caja, de la misma manera que suprime un Negociado en una oficina pública por falta de crédito para mantenerlo.

¡Triste pueblo que ya no puede divertirse sanamente, con sincera expresión, sin la ayuda de dineros oficiales!



COSITAS ANTIGUAS

17. nov. 4/56

Por Carlos Robreño

LA enconada rivalidad periodística que desde los últimos tiempos de la colonia mantenían "La Lucha" y su segregado "La Discusión" se extendió a los primeros años de nuestra vida republicana durante los cuales, el segundo de las publicaciones ya citadas fijaba bajo el título su cualidad de "diario cubano para el pueblo cubano"

El "Diario de la Marina" con su bagaje tradicionalista de ideas ultra-conservadoras permeaba también en la lid, pero su radio de acción en aquella época era bastante limitado, circuncribiéndose su circulación a un sector comercial que veía en las "Actualidades" de Don Nicolás un irrefutable oráculo.

La aparición de "EL MUNDO" en los años de la ocupación norteamericana, con un staff de inquietos redactores causó una verdadera revolución en nuestra pequeña vida periodística y durante mucho tiempo los reportajes policíacos de Eduardo Varela Zequeira en relación con los crímenes de la niña Luisa y la niña Celia y sus acusaciones a "Bocu" y Juana Tabares fueron la comidilla del día, en tanto las crónicas deportivas, llenas de humor de Víctor Muñoz sumaban lectores y más lectores al flamante diario.

Eran estos periódicos, unidos a "El Comercio" que dirigió después Wifredo Fernández y "El Diario Español" de Abelardo Novo los que saciaban la curiosidad informativa de los habaneros, que además contaban con un "alcance" o "suplemento" del "Diario" solamente para suscriptores, que veía la luz en horas de la tarde.

X X X

Algún tiempo después apareció como periódico callejero "La Prensa" que fundara el inolvidable Carlos Garrido y que circulaba a prima noche. Ciertamente es que en este tipo de diario popular ya se le había adelantado, desde los días de la intervención de Mr. Magoon, el "Havana Post", al cual sus modestos vendedores le bautizaron criollamente con el democrático "Habana Pó". Y "La Lucha" queriendo salirle al paso, agregaba a su edición ordinaria una página en inglés ("The Lucha") que redactaba el ya desaparecido Ricardo Viurum.

De las mismas características de "La Prensa" pronto surgió "La Noche" convoyada por la legendaria empresa de don Antonio San Miguel que situó a José Hernández Guzmán en la administración, en tanto el hoy Embajador Antonio Iraizoz, que firmaba sus crónicas con el pseudónimo de "Tit Bits" recogía las riendas que había tenido

un día en sus manos el viejo periodista Marco Antonio Dolz.

En la arena política, el candente órgano conservador "El Día", desde cuyas columnas Armando André dirigía duros ataques a la administración miguelista, polemizaba con "El Triunfo" de Modesto Morales y en ocasiones con "La Opinión" del zayista Sagaró.

Completaba el conjunto periodístico de aquella época remota, el "Cuba" de los hermanos Villaverde y no hubo mucha variación en tales filas, hasta que allá por el 1914, don Manuel Márquez Sterling fundó el "Heraldo de Cuba", que más tarde fué comprado por Orestes Ferrara y podemos afirmar que la aparición de dicho diario del mediodía, que aunque se titulaba independiente, defendía abiertamente la causa liberal como es fácil suponer, dada la filiación de su propietario, causó una verdadera renovación en el periodismo cubano. Con un grupo de ágiles y talentosos redactores comandados por dos experimentados periodistas extranjeros: Aldo Baroni y Necochea, el "Heraldo de Cuba" con su rojo titular, reformó por completo toda la urdimbre informativa que hasta entonces habían presentado nuestros diarios. Sin embargo, el 12 de agosto de 1933 debido a la política adoptada en sus últimos tiempos, el "Heraldo" desapareció víctima de las furias populares.

X X X

Poco después el propio don Manuel Márquez Sterling dió vida a "La Nación" y la empresa editora de la "Lucha" que ya tutelaba "La Noche" sacaba la luz del día una tercera publicación: "El Imparcial", donde quizás por primera vez afloró en el diarismo cubano ese estilo de chismecitos que en aquel entonces capitalizaron "Calderón del Bote" y "Mr. Esponjita".

Corría ya la segunda década de este siglo. "La Prensa" que había desaparecido bajo la regencia de Garrido resurge en manos de Juanito O'Naghten" y en el mismo sitio donde en antes estuviera instalada la redacción de "El Día" echa raíces un nuevo diario: "El País", bajo la inspiración de Alfredo Hornedo.

Tales fueron las principales publicaciones cotidianas que surgieron en la capital habanera hasta hace más de treinta años y aunque la relación pudiera continuarse, nos damos cuenta de que estas líneas se han alargado en extremo y acaso en posterior ocasión le dediquemos nuestra atención a los posteriores esfuerzos periodísticos.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Presencia de Ferrara en la Política

Por Carlos Robreño

17. 11. 1956

AHORA que Don Orestes Ferrara y Marino ha sido designado para ocupar un alto puesto en la UNESCO, creemos oportuno intentar un recorrido retrospectivo sobre la pintoresca carrera política de quien un día arribara a nuestras playas en loca aventura como un enamorado de la libertad, masculinando acaso en su meloso acento napolitano las prédicas de Bakunine y casi preso en las mallas del nihilismo tan en boga en aquella época y ha llegado en el otoño de su vida a habitar regios palacetes donde una servidumbre obediente le repite con devoción litúrgica en su nativo idioma el vocablo de "Excellenza".

El adolescente que en los campos de nuestra manigua libertadora alcanzó el honroso grado de Coronel, ya en plena paz, realizado el ideal independentista se graduó de Doctor en Derecho e ingresó en el azaroso campo de la política. Conserva aún los impulsos extremistas y por eso un día, al ver colgado en los portales de la Acera del Louvre un amplio cartelón anunciando un mitin de la Juventud Moderada, exclama con su grave voz baritonal:

—¿Juventud Moderada? Pero ¿desde cuándo las juventudes han sido moderadas? ¿En ningún país del mundo!

XXXXXX

Y es Ferrara, abrazando fervorosamente la causa de aquel liberalismo de principios de siglo, quien interviene en el célebre incendio del Ayuntamiento de Vueltas, en los prolegómenos de la revolución de 1906, que lanzó del poder al venerable Don Tomas Estrada Palma.

Al advenir al gobierno el general José Miguel Gómez, tras el parentesis lamentable de la intervención magoonista, ya la silueta de Ferrara ha logrado perfiles destacados. Profesor universitario, orador que ha ido refrenando su primitivo garibaldino estilo de berricada hasta infiltrarle tonalidades de académico y de parlamentario, Ferrara se convierte en uno de los hombres más pujantes del equipo miguelista.

En su bufete de abogado, al cual ha asociado a Pelayo García y a Luis Octavio Divisó, se convierte en milynochesco negocio aquel fámelico proyecto del Dragado que un día encontraron abandonado en una gaveta ministerial los entonces jóvenes letrados José Manuel Cortina y Carlos Manuel de Cespedes. Pero en el Diario de Sesiones de la Cámara consta que los discursos más demoledores que se pronunciaron en el hemisclio del edificio donde actualmente se encuentra enclavado el Ministerio de Educación, no fueron pronunciados en limpida lengua cervantina. Acaso ciertos modismo y jiros desconocidos recordaban también la de Petrarca.

El paso de Ferrara por la Presidencia de la Cámara, está remarcado por un sinnúmero de anécdotas pintorescas que a veces reflejaban al hombre de ingenio, de cáustica vena humorística y en otras respaldaban al hombre de acción, presto siempre a requerir la espada para acudir al llamado campo del honor.

Por eso de Ferrara, dijo alguien, con atinado juicio, que su triunfo estribaba principalmente en presentarse con ribetes de espadachín entre los amantes de las letras y hacer valer sus condiciones intelectuales en el grupo de los que siempre están dispuestos a echarse el mundo a la espalda.

XXXXXX

Al triunfar los conservadores en 1912, Ferrara pasaba a la oposición y le compraba a Don Manuel Márquez Sterling, una gran tribuna periodística: "Heraldo de Cuba", librando desde sus columnas vibrantes campañas en favor de la

causa liberal. La revolución de 1917, le sorprendió en pleno éxito editorial. El popular diario del mediodía es clausurado, pero Ferrara nota que mientras su vientre ha aumentado considerablemente, sus bríos juveniles han disminuido y no monta el corcel de guerra, que hubiese tenido que abandonar en Caicaje, sino que se traslada a Washington para solicitar, al amparo de aquella repudiada Enmienda Platt, determinadas ventajas para la causa liberal.

Ya Ferrara puede anteponer el Don a su eufónico Orestes, cuando "Heraldo de Cuba", que ha reaparecido con el mismo vigor de antes, sufre una segregación debida, si mal no recordamos al incidente que culminó en un duelo con Collazo, celebrado el cual, el retado, declaró que no había esquivado el lance, pero reconocía que a su adversario le amista toda la razón. Esta pugna entre los dos "Heraldos", ocasionó también otro serio lance de honor, emergiendo también gallardamente el experimentado Profesor de Derecho Político, quien al morir el General Gómez, abrazó dentro del liberalismo la tendencia mendietista, derrotada por Machado, en memorable asamblea efectuada con objeto de proclamar el candidato que llevaría la organización del gallo y el arado a los comicios de 1924.

No obstante, el general villareño al asumir las riendas de la gobernación, no quiso tenerlo de enemigo y fingió tenderle una mano amistosa para entregarle un honroso puesto: el de Embajador en Washington. Así satisfacía la vanidad del peligroso napolitano, en tanto lo alejaba para su seguridad presidencial del hervidero político. Acaso fuera tal el motivo que llevó al flamante diplomático a increpar un día al claustro universitario que había investido con el título de Doctor Honoris Causa a quien en realidad no lo merecía.

Quizás los años de lucha vividos o los meses disfrutados en aquel ambiente saturados de casacas rameadas y espadines, determinaron un drástico cambio en las ideas políticas filosóficas de aquel que en su juventud rezaba el credo del anarquismo y en el otoño de su existencia defendía con calor en un Congreso Panamericano, el derecho de intervención.

X X X X X X

Sin embargo, Machado lo tuvo a su lado en el trágico derrumbe y fustigó acremente en presencia del Dictador a los que ordenaron la muerte de Aguiar y los hermanos Freyre. En los últimos instantes de la tiranía, llevado acaso por respetable concepto de la lealtad y el valor, aconsejaba resistir hasta el postrer momento y cuando horas después del desastre, abandonaba el territorio cubano, lo hacía a plena luz del día, llevando del brazo a su señora esposa, en medio del plomo de sus adversarios políticos.

Largos y duros años de exilio para retornar dignamente, después de ser electo delegado a la Asamblea Constituyente de 1940 por la provincia de Las Villas. Aun recuerdan los que presenciaron aquellas sesiones sus ardiente polémicas con rivales jóvenes e impetuosos, sin abandonar su viejo acento napolitano. Pero ya Ferrara sentía el peso de los años y aunque quiere mantener el oído atento en esta tierra, cuya libertad él ayudara a conquistar en sus años mozos ha tratado de poner mar de por medio en evitación de insolencias insoslayables, de actitudes que acaso no concordaran con la que fuera antaño recia personalidad de un hombre, cuyas frases y anécdotas en que fué protagonista, podrían servir para escribir no un modesto y limitado artículo periodístico, sino un libro de extensas proporciones.



COSITAS ANTIGUAS

Piernas al Aire

A pesar de ser "Alhambra" un teatro "para hombres solos", donde se cultivaba un género que en aquel entonces lucía algo atrevido, jamás ninguna de sus principales figuras femeninas, ni sus modestas coristas,—muchas de ellas ya entradas en años y conservando solamente de su ya lejana juventud algún caudal de voz en su garganta—había brindado al público desde el escenario el regalo visual de un centímetro de carne femenino a través de todo el perímetro que comprende desde el punto estratégico del límite del descote hasta las rodillas. Cuando había necesidad imperiosa de alguna experiencia riesgosa en semejante sentido se utilizaba la llamada malla enteriza y se dejaba que la imaginación de los espectadores cumpliera el resto de la misión.

Tal castidad artística era aún más severa en los demás coliseos en los cuales únicamente se le permitían a una María Conesa, en los couplets de "La Gatita Blanca" o a una Esperanza Iris interpretando las operetas vienesas determinadas libertades que sólo comprometiera las morbideces de sus bien torneadas pantorrillas.

Por dicha razón el público de La Habana sintió una verdadera sensación emotiva, cuando allá por el año 1922, se presentó en el teatro "Payret" una compañía de revistas mexicanas acaudillada por Lupe Rivas Cacho. Ciertamente aparte de su brillante actuación particular, la simpática tiple presentaba a un actor cómico como "Pompín" Iglesias y una guapísima vedete como Pastora Alam, hermosa mujer que en su rostro dejaba adivinar su ascendencia moruna y que si en la escena derrochaba gracia y donaire, después de terminada la función, en los cafés donde se ofrecían las penas y tertulias de artistas y bohemios, redoblaba tales cualidades.

Sin embargo, el sorprendente éxito de Lupe Rivas Cacho debióse en gran parte a que por primera vez ante el público capitalino se presentaba un conjunto femenino de gran desarrollo en las cuerdas vocales, pero con un repertorio de piernas y muslos que exhibían con el pretexto de unas evoluciones coreográficas.

Y Lupe Rivas Cacho, además de su triunfo personal y el de sus artistas, logró que su nombre quedara impreso en los anales de nuestro teatro como la pionera de una nueva etapa: la de las piernas al aire.

"Alhambra", para no quedarse a la zaga ante la invasión extranjera estrenó pocas semanas después "La Isla de las Cotorras", formidable revista de Federico Villoch con la colaboración musical del inolvidable Jorge Anckermann, que hizo época en el género vernáculo. Las coplas de "Gallegibir y Macuntibir" cantadas por Acebal y Otero, alcanzaron los honores de incalculable popularidad.

—X X X—

nuestra urbe todos los conjuntos teatrales nacionales o foráneos. Así, con los muslos al aire, solamente siguieron actuando en



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

que actuaban en los distintos coliseos. Se sucedían, una tras otra, las revistas sin ilación, a las que no podría calificarse de "sin pies, ni cabeza", porque precisamente ofrecían bastantes piernas, pero de todas maneras se notaba determinada inquietud en el ambiente.

—X X X—

Meses más tarde, arribó la compañía argentina de "Vittoni y Pomar" que contaba en su elenco con el propio actor cómico Vittoni, con la exuberante Esther Pomar y el elegante baritono Muñiz, que causó verdadera sensación en nuestro público al estrenar en este ambiente muchos de los tangos que pronto estarían en boga. El conjunto revisterial gaucho presentaba una tónica más hilvana da en las obras y fué acogido por parte de los habaneros en la misma forma favorable que poco después iba a ser recibido el conjunto dramático de Camila Quiroga.

Hacia pocos meses que Machado había llegado a la presidencia de la República con su programa de Regeneración, cuando arribó a nuestras playas un "troupe" artística que no se avenía con el programa gubernamental. Nos referimos a la compañía de revistas francesas de Madame Razimi que actuó en el "Nacional". El mayor éxito que se recuerda en Cuba.

El "Bataclán", con ese "sprit" con que envuelve el francés toda manifestación artística, cambió por completo todo el proceso teatral cubano. No importan las desnudeces de aquellos lindos modelos parisienses, si lo brindaban en una forma que no podía estimarse pecaminosa y Paullette Mauve, la linda muñequita del pañuelito, Madame Florrelle y una inglesita cuyo apellido no recordamos compartían los aplausos con esas dos grandes figuras masculinas que era Vitry y sigue siendo André Randall, a quien los años no parecen hacer daña, pues hace poco lo vimos actuar en París como primera estrella del conjunto de "Folies Bergere".

A cinco pesos se cobraba la luneta para presenciar este formidable, fino y artístico espectáculo y todas las noches se abarrotaba el amplio coliseo que vibraba de entusiasmo al escuchar el pegajoso estribillo

Je cherchez apres Titina...

o en español indeciso el "Oh, la, la.

Oh, la la, Así baila el Bataclán....

Por Carlos Robreño

A la Memoria del Pan con Timba

m. enero 13/95

El "pan con timba", fué sin duda alguna, en los primeros años de nuestra República, una institución cubanísima que no sabemos si incluirla únicamente como un modesto artículo de repostería o concederle todos los honores de preciado alimento.

Pero, seguramente, muchos de nuestros lectores jóvenes se preguntarán asombrados después de leer las anteriores palabras: ¿qué es el "pan con timba"?

Y no les faltará razón al formular tal interrogación, porque las presentes generaciones no pueden tener ni la más remota concepción de la contextura de un "pan con timba" ya que este último vocablo se conoce por distinto significado.

Debemos, pues, aclarar que la "timba" era el pedazo de "dulce guayaba" aprisionado entre los dos hemisferios de un pan de a centavo. Toda la mercancía en sí valía dos centavos y los paladares selectos, que además podían darse el lujo de ciertos derroches sibaríticos, exigían en ese pequeño cuadrado de "dulce guayaba" un microscópico injerto de "jalea".

Antes de continuar adelante, nos vemos obligados a desviarnos en una ligera disquisición. Los puristas del idioma de fijo habrán notado que en dos ocasiones hemos nombrado al "dulce guayaba", omitiendo la obligada preposición "de", pero es que en la gramática criolla tenemos que saltar muchas veces sobre la regla rígida para no restar ambiente o colorido a la frase. ¿Significa, acaso lo mismo, referirnos correctamente al "tiempo de España", que exclamar llana y simplemente "tiempo-España" que ofrece el verdadero concepto de antigüedad?

Aclarado el punto, volvamos al "pan con timba" de nuestros años infantiles, cuando envuelto en papel de estraza lo llevábamos al colegio para engullirnoslo como merienda a la hora del recreo. Y primero se nos olvidaba en la casa el portalibros con su Epítome de Gramática, su libro de lectura de Don Carlos de la Torre o la Historia de Cuba de Vidal Morales que aquel suculento bocado que constituía las delicias de nuestro paladar en esos instantes del bochornoso mediodía.

Pero el "pan con timba" no era solamente un manjar exclusivo para la muchachada. También los mayores de edad le concedían categoría privilegiada, aunque adulterándolo a veces con rebaradas de queso amarillo. Y en muchas ocasiones un padre de familia para que su usencia del hogar a la hora del almuerzo o la comida no inspirara serias preocupaciones, anticipaba al marcharse: —Si no tengo tiempo de venir, yo me como un pan con timba, por ahí.

Y así quedaban satisfechas, a la par, la esposa, la hermana o la hija de la casa y el estómago que no fuese muy exigente.

★ ★ ★

Pero un día, el "pan con timba" tuvo que ceder terreno ante la invasión extranjera en forma de "hamburgers" y "Hot Dogs".

Con el disfraz cubanizado de vendedores de "fritas" y "perros calientes" los carritos ambulantes y los quioscos situados en lugares estratégicos le arrebataron a la bodega de la esquina la numerosa clientela, que captada por el "snobismo" daban de lado a la dulzura gelatinosa del "dulce guayaba" para impregnar su aliento con el tufo acre de la cebolla picada.

Y el "pan con timba" se ahuyentó de nuestras costumbres, de la misma manera que lentamente han ido desapareciendo aquellas cosas de alto puntal, con patio y traspatio para dar paso a esos modernos apartamientos en los que al entrar quien viene de la calle con lo primero que tropieza es con el refrigerador, con la cocina o con el techo.

Hace algunos años, un conocido músico cubano compuso un danzón, el último danzón de vieja factura que tituló "Almendra" y en aquellos arpegios cadenciosos, se entonaba, no obstante, un "Di profundis" al "pan con timba". No otra cosa se podía inferir al escuchar el montuno:

"Pan con queso: guayaba no"

COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LOS FUEGOS DE ENTONCES

Uno de los espectáculos más emotivos para la curiosidad infantil en los días de nuestra niñez, eran los fuegos que se originaban dentro del perímetro, pequeño entonces, de la urbe capitalina.

Y fácilmente se supone que semejante sensación no la producía un sentimiento morboso imposible de concebirse en seres de pocos años que no podían calibrar en todas sus proporciones los estragos de una gran conflagración como la ocurrida en la ferretería Isasi, un día del mes de mayo de 1887, que llegaba a nuestros oídos, envuelta en los ropajes de la leyenda.

La divulgación de la noticia en la época a que nos referimos no se realizaba, como ahora, por modernos conductos radiofónicos, ni como se llevaba a cabo en lustros anteriores, mediante los impresionantes toques de las campanas de las iglesias. Simplemente se echaba mano del método del "pito de auxilio".

La autoridad o sencillamente cualquier ciudadano que tuviese conocimiento del inicio de un suceso semejante, requería a tal sistema para difundir la mala nueva, pero ello no se hacía a capricho. Existía un código de "pitazos largos y pitazos cortos", con el objeto de que la ciudadanía se enterase de la demarcación donde se hubiese originado el siniestro.

Luego, tan importante para el hombre de la calle era llevar en el bolsillo el llavín de la puerta y el portamonedas como el pequeño volumen del Almanaque del Obispado en cuyas últimas páginas se hallaba impreso el Código a que hemos hecho referencia.

De esa manera, hallándose en el trabajo o en alguna diversión podía saber lo antes posible, si se le estaba quemando la casa.

★ ★ ★

Y entre pitazos de auxilio y toques de corneta, casi toda la población se dirigía apresuradamente por los medios de locomoción existentes al lugar del incendio, hasta que llegaran la bomba y el carro auxilio tirados por piafantes caballos percherones, si no muy veloces, al menos bastante inteligentes, pues apenas escuchaban el timbre de alarma se colocaban instinti-

vamente en su lugar para que le cayeran encima los arreos que habrían de engancharlos a aquellos vehículos primitivos. A la bomba había que encenderle previamente la paila, —carbón y leña— para levantar la presión del agua situada en el tanque en forma de botella de pie que le daban inconfundible característica, en tanto el humo hirviendo salía por su ancha boca.

Mientras en el carro auxilio, sin grandes escaleras automáticas, se colocaban los bomberos tocados con pintorescos cascos, a fin de rendir una benemérita y voluntaria labor ya que no recibían sueldo alguno por ello.

El procedimiento quizás resulte bastante anticuado para algunos espíritus modernos, pero a ellos debemos advertirles que en justa compensación, cuando la bomba llegaba al lugar del hecho se enchufaban las mangueras, corría agua por dentro de ellas. ¡Y váyase lo uno por lo otro!

★ ★ ★

De los fuegos célebres que ocurrieron en aquellos tiempos, podemos decir que no recordamos el de la Manzana de Gómez y apenas tenemos una leve noción de lo ocurrido en los muelles de Baratillo que duró varios días.

Pero en distintos momentos si pudimos apreciar en toda su intensidad el del establecimiento de "Harris Brothers", el de una casa importadora de películas situada en la calle Neptuno, que si mal no recordamos se denominaba "Cuban Films" y posteriormente el del viejo Centro Asturiano que destruyó al mismo tiempo el teatro Campoamor, fabricado en el mismo lugar donde estuviera el histórico "Albisu", catedral del género chico español.

Y aquellos incendios de entonces sirvieron de inspiración, como es de suponerse, a la música popular, recordando de aquella época las andanaguera:

"A la voz de fuego, ¡se va Covadonga!"

el posterior:

"Fuego, fuego, ¡se quema la planta eléctrica!
o aquél que todavía repiten algunos ciudadanos maduros:

"Se quemó la choricera, ¡bongo, camará!

Y una chorizo "ná" más queda, ¡bongo camará!



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

COSITAS ANTIGUAS

LOS ANTIGUOS MERCADOS

Al inaugurarse en estos días un moderno Mercado en Carlos III, muchos habaneros jóvenes se han preguntado si es primera vez que en esa vieja avenida, en un tiempo paseo de los Capitanes Generales españoles y ahora ampliamente remozada, se ha instalado un comercio de tan grandes y populares proporciones.

Categoricamente responderemos que no. Ciertamente es que no estuvo limitado por anchas columnas de piedra y que enmarcaban espaciosos portales, como sucede con la histórica Plaza del Vapor y existían en la ya derruida del Polvorín, pero de todos modos, en los días angustiosos de la primera Guerra Mundial, cuando los artículos de primera necesidad escaseaban, se permitió en la avenida de Carlos III el llamado Mercado Libre, que lo constituían docenas y docenas de casillas para expendio de carnes, pescados y viandas colocadas en hileras junto a las aceras, a ambos lados del paseo, en las primeras cuadradas que van desde Belascoain a Infanta.

Para cubrir al marchante, al comerciante, a la casilla y a la mercancía de los rigores del sol tropical o de las traidoras apariciones de esos chubascos breves pero aciclonados frecuente en estas latitudes, solamente se empleaban gruesos pedazos de lona como obligado dosel. Y hasta el Mercado Libre iba todo el pueblo de La Habana en aquella época en que se apagaban la farola del Morro y el Malecón para evitar un ataque por sorpresa de un submarino alemán y quien quería comer pan tenía que ir a buscarlo a Pogolotti, formando largas colas, desde por la madrugada como quien va a buscar un turno de un médico renombrado, frente a las panaderías de aquel lugar.

Como es natural, ese primer mercado de Carlos III tuvo corta duración. Razones de salubridad, de higiene, de ornato y de buen gusto decidieron su fin, no sin que antes quedara constancia de su existencia en una obra de "Al-

Por Carlos Robreño

hambra", cuyo decorado fué pintado por aquel gran escenógrafo que se llamó "Pepito" Gómiz.

A este casi anárquico sistema sucedió el llamado Mercado Unico, situado cerca del madero y frente al antiguo paradero de Cristina, de donde salían los trenes de los ferrocarriles del Oeste. Y como es sabido, mucho antes, los capitalinos se abastecían en las conocidas "plazas" del Vapor y el Polvorín.

La primera de ellas se inauguró en tiempos del general Tacón, —constructivo y dictador— y por eso oficialmente llevaba tal nombre, aunque la tradición popular le ha conservado el de "Plaza del Vapor" originada por un enorme cuadro que estaba situado en uno de aquellos cafés con vista al exterior y al interior que tenía pintado un enorme buque.

Nosotros alcanzamos todavía algunos años de esplendor de esa habanerísima manzana a donde acudía toda la población en vísperas de Noche Buena con el fin de adquirir a más bajo precio los obligados cochinos y lechones que allí se vendían en los ocasionales chiqueros que se colocaban en plena vía pública.

x x x

Después, la Plaza del vapor queda inhabilitada como tal, pero en su interior han seguido viviendo cientos de familias pobres, mientras en lo exterior las infinitas vidrieras convierten el vetusto edificio en la Bolsa del Bilete de Lotería y también se conservan algunos establecimientos comerciales que ofrecen al transeúnte los baratos sombreros de pajillas y los modestos trajes de "apeame uno".

La Plaza del Polvorín duró algo más en funciones de mercado y después de muchas dilaciones, fué echado abajo para erigir en ese lugar el Museo Artístico, desapareciendo con ello toda la bohemia, leyenda del restaurant "Los Industriales" y sepultados bajo sus escombros los trasnochadores del café "Las Américas".

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

1

COSITAS ANTIGUAS

711. Feb. 3/1957
EL PRAGUAS DE JUAN GUALBERTO

NO nos vamos a referir en esta crónica al Juan Gualberto Gómez patriota y periodista, favorablemente juzgado por biógrafos sesudos y documentados.

Siempre hemos guardado admiración y respeto para aquel cubano que supo aquilatar las inquietudes intelectuales de un Rafael María de Labra, con quien paseaba por la madrileñísima Puerta del Sol, mientras en su mente mantenía una idea fija sobre la patria ausente. Aquel Juan Gualberto, cubano de pura cepa a quien sorprendió en París el avance de los prusianos de Bismarck y Moltke, soportando con estoicismo las privaciones sufridas por los habitantes de la capital francesa en los días trágicos de la guerra del 70, pudo observar de cerca, más tarde, las aptitudes del gran republicano León Gambetta, sobre cuya figura pronunció memorable conferencia bajo el gobierno de la colonia, desde la tribuna de "La Tertulia", de Remedios, provocando ruidoso incidente con las autoridades españolas por los conceptos separatistas allí vertidos.

Seleccionado por el Apóstol Martí, entre todos los cubanos que rodeaban al místico iluminado de Monte Cristi para traer a sus compatriotas desde tierras extrañas el grito de Libertad, fué su célebre mensaje: "Aceptado giros" la señal para reanudar la lucha que había quedado trunca en el Zanjón.

Predicando con el ejemplo, él también tomó las armas con objeto de lanzarse a la rebelión, pero el esfuerzo frustróse en las cercanías de Ibarra, en la provincia matancera y el fracaso de la empresa lo llevó cautivo a los presidios españoles.

Tal pasado glorioso de Don Juan, algunas de cuyas páginas escuchamos de sus propios labios, ameno conservador como era, cuando dirigía el diario "Patria" de cuya redacción formamos parte en nuestras mocedades, tuvo el digno colofón de su rebeldía contra el régimen machadista que lo llevó, durante una velada solemne efectuada en el Teatro Nacional a increpar a quien prendía en su pecho la Gran Cruz de Carlos Manuel de Céspedes, advirtiéndole que no era Gerardo Machado, sino la Patria, acaso agradecida la que le dispensaba tan honrosa distinción.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

55

Por Carlos Robreño

Pero Juan Gualberto Gomez, instaurada la República, cultivó la política en la que sin descender a ser un "manengue" al uso, practicaba la democracia en su más decorosa concepción. Amigo leal de Alfredo Zayas lo acompañó en todas sus campañas electorales y aun nos parece estar oyendo su monumental discurso el día que su amigo y correligionario tomó posesión del cargo de Presidente, a quien dijo que si lo hacía mal, era porque le daba la gana, ya que le sobraba talento para cumplir cabalmente su cometido.

* * *

En semejantes trajines políticos, claro está que el respeto al patriota palidecía un poco y "La Política Cómica", semanario satírico lanzado a la calle por Ricardo de la Torriente, a raíz de la revolución de agosto de 1906, quizás debió el favor de los lectores a su manera simpática de llamar a cada figura nacional. Así, a José Miguel Gómez, lo representaba siempre tocado por ancho jipijapa y fué apodado "Tiburón", en tanto que a Menocal, con un cuero en la mano se le denominaba el mayoral. Alfredo Zayas aparecía dibujado con Torriente con rasgos asiáticos y con una trenza al cabo de la cual se veía anarrada una peseta española y de tal modo justificaba el sobre nombre del Chino, en tanto a Ernesto Asbert, recordando sus tiempos de barbero en Güines le dibujaba en todos los momentos sobre su indumentaria el letrero de 10 y 10, que era la tarifa de los Figaros de dichos tiempos.

A Juan Gualberto lo pintaban invariablemente con un paraguas, en cuyas sedas se leía: Ibarra. Y como en aquel entonces estaba en boga la frase populachera: "Se te trabó el paraguas", que se endilgaba a todo aquel qu esufraí un descalabro en cualquier empresa, se asociaba el dicharacho callejero al frustrado alzamiento intentado en 1895 por el tenaz conspirador.

Con frecuencia rayana ya en la monotonía se repetía por doquier, cada vez que las circunstancias lo ameritaban, la considerable frase: "¡Se te trabó el paraguas como a Juan Gualberto Gómez!" que en el presente parece volver a tomar actualidad al publicarse la noticia de que la Orden Administrativa con su nombre creada para premiar a los burócratas que lo merezcan, ha sido declarada incosteable.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

COSITAS ANTIGUAS

Desde el Danzón al Rock and Roll

Por CARLOS ROBREÑO

El baile, indiscutiblemente, es tan viejo como la Humanidad.

La primera pareja coreográfica de fijo, la formaron Adán y Eva, que al querer convertir los jardines del Paraíso en un salón de academia barrioteria o de cabaret en penumbras, fueron expulsados del lugar a raja tablas, como lo pudiera haber hecho algún directivo de un centro regional al observar contoneos exagerados durante la celebración de un baile carnavalesco.

Las tribus primitivas rendían pleitesía a Terpsicore al son de atabales y esa es una de las actividades en la cual la Civilización y el Progreso no han podido ejercer toda su poderosa influencia, si exceptuamos aquel período galante de los penúltimos Borbones en que el fino Minuet se impuso en los salones aristocráticos.

En Cuba, del primer movimiento rítmico que se tienen noticias es del "areíto", danza siboneya que cultivaron los aborígenes con singular fervor hasta que llegaron a nuestras playas los conquistadores españoles, que junto con la religión, la lengua y las costumbres trataron de infiltrar también la coreografía del viejo mundo.

x x x

Y así sucedió en definitiva. Al cabo de un par de siglos de colonización, los criollos habían asimilado los lanceros, los rigodones, las piezas de cuadros y hasta la contradanza-corruptela de "country-dance"—en tanto en las verdes campiñas el zapateo daba la sensación de ser un remedo tropical del taconeo flamenco, igual que sucede con el "jarabe" tapatío, que con tantos adoradores cuenta en tierras aztecas.

Pero, ciertamente, esos bailes por razones obvias, no

eran compatibles con los rigores de nuestro clima. Así lo advirtió lógicamente un Cónsul inglés, radicado en la ciudad de Matanzas, a fines del pasado siglo, mientras se enjugaba con el pañuelo el copioso sudor producido por unas rápidas vueltas de vals.

Y en un castellano que dejaba bastante que desear, le preguntó a uno de los músicos de la orquesta, el yumurino Miguel Faille: ¿Por qué motivo los cubanos no han inventado un ritmo más cadencioso, más pausado, acorde con los grados de temperatura que reina por estas latitudes? Y tal interrogatorio propició el nacimiento del primer danzón, original del propio Faille, titulado: "Alturas de Simpson" y que salió a discutirle la supremacía en todos los salones a aquella danza cubana —¡oh, manes de Cervantes y Valenzuela!— con su vertiginoso "seis por ocho" de difícil ejecución.

Y durante varios lustros imperó aquel danzón sensual, bailado cadenciosamente en un solo "ladrillo", con esos breves descansos entre cedazo y cedazo, mientras se deslizaba junto al oído de la bella compañera una frase galante que se llevaba la leve brisa que producía el nervioso agitar de un pequeño abanico.

"La Dorila", danzón compuesto con melodías de la armoniosa canción dominicana que tan popular fue en Cuba a principios de siglo, trae aún a los sobrevivientes de pasadas generaciones saudeadas de su lejana juventud. Y en sucesión cronológica se escucharon "El bombín de Barreto", "El barbero de Sevilla", "Allá en L. Siria", "Virgen de Regla", "Tres lindas cubanas", hasta llegar al que en tiempos ya modernos, parece ser una reminiscencia de la antigua cadencia. Nos referimos a "Almendra".



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

2

Aunque el danzón fue durante ese tiempo el ritmo más cultivado, lo mismo en los aristocráticos salones que en las fiestas populares o en los tradicionales bailes de Tacón, con él alternaba en tales programas coreográficos piezas

extranjeras, como el pasodoble andaluz, el madrileñísimo "schottis" o los norteamericanos "one steps" y "fox trots".

"Machaquito" o "¡Senen, Senen!", entre los primeros y "Over There", "¡Oh, Johnny Oh!", "Hindustan", "Smiles", "No, we have no bananas today" y "Twelve Street Rag", entre los segundos rivalizaban en el favor del público, hasta que la natural evolución de las cosas introdujo en la coreografía yankee el desarticulado "Charleston", en tanto, en el panorama cubano apareció un nuevo motivo: el "danzonete", elucubrado por Aniceto Díaz.

Más no puede negarse que el mundo, en las últimas décadas, marcha de modo más acelerado. Se vive a toda prisa. Las emociones alegres o tristes no podemos detenernos a saborearlas o lamentarlas ni un minuto, pues tan corto lapso resulta precioso para intentar otros empeños.

Y a tal agitación no podía ser extraña la Diosa Terpsícore, que varía sus producciones en progresión cinematográfica. Por eso, el danzonete no tuvo la larga duración del danzón, pues la "conga", resucitada en unos festejos carnavalescos hace veinte años, no sólo pobló nuestro ambiente con sus sensuales notas, sino que rápidamente se difundió por todos los pueblos del planeta. Surgió más tarde el disparatado "mambo", que también hizo fortuna, aunque por breve tiempo y a éste le destronó el "Cha-cha-chá", que tiene la ventaja de que no hay que poseer una gran inspiración para componerlo. Basta escoger del cofre de los recuerdos algún vieja melodía y ejecutarla en tiempo más lento.

En el Norte contemplamos igualmente brucas sustituciones y el "bugie-bugie" no pudo resistir el avasallador avance del "rock and roll", danza que recuerda las melódicas expansiones de las tribus primitivas y que en sus momentos más exacerbados tiene ya en nuestro coreografía un antecedente africano: el "toque de santo".



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

60
COSITAS ANTIGUAS

LOS DUELOS EN ALHAMBRA

Por

Carlos Robreño

PARA algunos "Alhambra" fue en su tiempo un lugar pecaminoso, donde sólo se rendía culto a la pornografía.

Otros, los más, desde luego, tenían para el viejo edificio del pequeño coliseo de la calle Consulado, consideraciones de catedral del teatro vernáculo.

De todos modos, hay que convenir que el género que allí se ofrecía era de carácter frívolo, de limitaciones de sainete. Sobre el escenario alhambresco, noche tras noche, el negrito y el gallego se enfrascaban en graciosos diálogos provocando la jubilosa reacción del auditorio, en tal forma que el desaparecido Enrique Uthoff lo calificó de "teatro del regocijo". Y la mulata sandunguera, con su amplia bata de hilo y su manta de burato marcaba los pasos de una rumba cubana sin los histerismos del "mambo" y del "rock and roll".

Nadie podía pensar que, en muchas ocasiones, cuando después de la tercera tanda, el público abandonaba el local, el telón de boca se había bajado y casi todas las luces se apagaban. El mozo de limpieza quedaba realizando sus labores para que el "tablado de la antigua farsa" amaneciese a la mañana siguiente convertido en campo de honor, donde habrían de dirimir sus querellas caballerescas las figuras más connotadas de aquel entonces en la política o en el periodismo.

En este país de los viceversas, semejante contradicción no parecía extrañar.

Y así se comprende que en cierta ocasión, Enrique Loynaz del Castillo, general de nuestras luchas libertarias, político de acción, militando bajo la bandera del Partido Liberal, cruzara su acero con Fernando Quiñones, representante a la Cámara, director del periódico conservador "El Día", sobre la misma escena en que horas antes, Regino López y Eloísa Trias hacían las delicias de los asiduos alhambrescos con sus festivas caracterizaciones.

Todavía en aquella época el duelo conservaba cierto prestigio caballeresco y los combatientes acudían a aquella cita de honor, convencidos de que asistían a un encuentro singular que podía tener trágico colofón, como había sucedido cuan-

do Pancho Varona Murias abatió de un pistoletazo a Pascasio Alvarez; cuando Duzuivil atravesó el pecho de Jorrrin y cuando el joven Rodolfo Warren encontró la muerte a manos de su adversario, un distinguido joven de nuestra sociedad.

Era la época en que a la palabra insultante se le concedía su verdadero alcance afrentoso y al surgir en medio de la polémica política o periodística, se exigía una reparación por medio de las armas.

x x x

Pero no fue el duelo entre Loynaz del Castillo y Quíñones, muerto este último, pocos meses después, en la esquina de Prado y Virtudes, envuelto en un drama pasional, el único desafío caballeresco celebrado sobre el alegre escenario del coliseo de Consulado y Virtudes.

"Pepín" Rivero, muy joven aún, iniciábase en sus actividades periodísticas, escribiendo en vida de su padre, Don Nicolás, unas "Impresiones" que ya revelaban su calidad de gran ironista. Acaso una frase suya provocó la respuesta airada de otro periodista que tampoco había alcanzado la madurez de los años. Fungía como director de "La Noche", después de haber iniciado sus labores en "La Prensa" cabzando sus artículos humorísticos con el pseudónimo de "Tit Bits". Nos referimos a nuestro compañero Antonio Iraizoz, actual colaborador de este diario.

El diálogo fue subiendo de tono y como era costumbre, se nombraron los padrinos por ambas partes, celebrándose el desafío en "Alhambra", a través del cual los dos adversarios dieron muestras de exaltado valor. Fue ese el único duelo que aceptó "Pepín" Rivero, el gran polemista, pues al asumir la dirección plena del "Diario de la Marina", rehusó todos los que posteriormente le plantearon, por los mismos motivos religiosos que también había observado su padre, quien sin embargo, dejó cesante a un redactor que rehuyó un encuentro caballeresco. Don Nicolás entendía que todos los que trabajaban junto a él, tenían que responder con la espada, si era llegado el caso, de las palabras que escribían con la pluma.

x x x

Otros muchos lances de honor se verificaron en el escenario de "Alhambra" o en el patio contiguo a la sala de la platea y en casi todos ellos intervenía, debido a sus grandes conocimientos de la materia y su serenidad en los momentos difíciles, otro redactor de EL MUNDO, ya fallecido y padre de nuestro fraternal Hector Alonso. Nos referimos a Eduardo Alonso, crítico teatral que popularizó su sobrenombre de "Amadis" y que era llamado en calidad de padrino o juez de campo por los combatientes.

Wifredo Fernández, político de proyecciones nacionales y sesudo periodista, también se batió en cierta ocasión, con el maestro Loustalot, sobre el tablado alhambresco en un encuentro emotivo. El profesor de armas había sido descalificado, según las reglas del Marqués de Cabiñana, por haber rehusado un lance debido a determinadas circunstancias y Wifredo Fernández, acaso por espíritu de nobleza, le planteó una nueva cuestión de honor con objeto de reivindicarlo.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

En este caso, Lostaulot aceptó el encuentro, que se efectuó igualmente en el escenario de "Alhambra", pero al advertir el viejo periodista que el profesor en algunos instantes podía haberle atravesado el pecho con su espada y no lo había hecho, retirando el arma prudentemente, pidió que se suspendiera el duelo, porque él no estaba en condiciones de combatir en situación de inferioridad, como se demostraba con un adversario que le perdonaba la vida.

Y con la intervención de padrinos y el juez de campo, un abrazo selló aquel acto pletórico de caballerosidad y gentileza por ambas partes.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

DON PANCHITO EL BODEGUERO

Por

Carlos Robreño

Quando Don Panchito Ferreiro, aquel español aburguesado, dueño de una bodega de gran marchantería situada en una esquina de la Habana Vieja, bajó por última vez la puerta de hierro de su antiguo establecimiento para dar paso en ese mismo lugar, en aras del Progreso, a un grocery o a una cafetería "american style", sintió sin duda alguna en su interior semejante aflictiva emoción a la que debió experimentar el Rey Moro ante la postrera contemplación de las torres de Granada y las lágrimas nublaron sus pupilas, mientras caminaba a través de la estrecha callejuela sobre un pavimento calcinado por el sol del mediodía.

Dejaba a sus espaldas un pasado de más de medio siglo envuelto en las alegrías y sinsabores, de un batallar sin tregua de un trabajo a veces agobiador. Venía a su mente el recuerdo de aquella llegada a una Habana que sumida todavía en el júbilo que le embargaba por la realización del ideal separatista conservaba en toda amplitud el sello colonial.

Más que recomendado vino "facturado" a su tío desde una pequeña aldea de la sonriente Galicia y en aquel bodegón, entre sacos de arroz y de papas, vio transcurrir los para otros rosados días de la pubertad. Sin poder apelar a conquistas sociales que no existían, aquel "sobrín" se levantaba a las seis de la mañana con objeto de abrir la bodega y atender a la marchantería, que comenzaba a llegar desde temprano. Ya al mediodía, después de haber repartido todos los mandados del barrio, se sentaba sobre un taburete, junto a una rústica mesa situada en la trastienda, dispuesto a engullir un bien nutrido potaje que en sus garbanzos, en sus berzas o en sus embutidos, le traían envueltos en su aroma nostálgica, saudades del terruño lejano.

Las bodegas de aquel entonces permanecían abiertas al mediodía. A la hora bochornosa de la siesta continuaba la incesante labor que tenía un breve descanso, un poco después de la puesta del sol —cuando el tío y el primer dependiente se quedaban atrás del mostrador y él iba de nuevo a la trastienda a reponer en parte las energías gastadas con los restos del menú matutino.

Continuaba su tarea en las primeras horas de la noche. El "mascavidrio" callejero, libador insaciable de "fiuza"; el marchante que venía a buscar urgentemente una botella de luz brillante para el quinqué; el paquete de velas y la caja de fósforos o el inevitable "tres de café y dos de azúcar" con destino al subsiguiente desayuno.

Fran pasadas las doce, cuando las puertas de la vieja bodega se cerraban, pero en su interior el descanso no había sentado aún sus reales. Quedaba por barrer el establecimiento; fregar en parte los pisos; colocar en orden las botellas de bebidas cerca de la cantina y traer para la venta del siguiente día, desde la trastienda las provisiones almacenadas para ir reponiendo las que se consumían.

¿Qué bien hubiese venido en tal momento una restauradora ducha fría antes de ir a la cama, si así debía denominarse al viejo catre o la usada colombina que le servía de imperioso lecho! Pero no podían perderse aquellos minutos de sueño reparador ante la proximidad del nuevo día, en que habría de repetirse el atosigante trabajo de los anteriores.

¿Cuáles eran los momentos de descanso del infatigable "sobrín"? Solamente las horas del mediodía de cada dos domingos.

¿Con cuánto dinero se retribuía su incesante labor? Eso era un secreto que sólo conocía el tío, dueño del establecimiento, que además de pagarle el recibo de la quinta, le entregaba en cada salida, como generoso anticipo, un par de duros para que se fuera de diversiones.

No obstante, tan rígida disciplina fue burlada en cierta ocasión, cuando La Habana de en-

tonces sintió la emotiva sacudida de veinte y un cañonazos. Era el saludo que hacía a la plaza la "Nautilus", primer buque de guerra español que entraba en nuestra bahía después de terminada la Guerra de Independencia. Pero aquella falta fué perdonada cuando tío y sobrín se abrazaron efusivamente junto a la antigua glorieta del Malecón, viendo izar en el mástil de la corbeta hispana el pabellón rojo y gualda.

Emoción semejante habría de experimentar, años después al arribar el "Almirante Cervera". Ya el sobrín de otros días, después de haber ascendido a primer dependiente, se había convertido en propietario del establecimiento al tener que regresar a la península el tío, cargado de achaques y cargado de pesos.

* * *

Ya empezaban a llamarle Don Pancho, el bodeguero. A la severidad del nombre contribuían un bigote espeso, una calva incipiente y un lunar de pelos en la mejilla, mientras su vientre iba adquiriendo la línea curvilínea que delataba la proximidad de los cuarenta. El establecimiento por su parte conservaba la misma fisonomía que él había conocido. Apegado a la tradición se resistía a sacrilegas obras de modernización. Tenía también un primer dependiente y otro sobrín, pero su rendimiento se había humanizado en cierto modo. La hora del cierre era la de las diez de la noche; el "pan con timba" iba desapareciendo como artículo de primera necesidad; se había suprimido la "contra de sal", mas se mantenía la peligrosa costumbre de abrir los cocos con un hacha y la caja contadora no había logrado vencer los prejuicios del detallista, apegado al

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

clásico cajón, donde se llevaba toda la contabilidad a través de las libretas de los mandados.

¡Libreta de los mandados donde se iban anotando todos los artículos de consumo más necesarios para la existencia cotidiana, a fin de ser pagados el próximo sábado o a fin de mes! Sus páginas, algunas de ellas manchadas de grasa en las que aparecen escritas muchos "harreros de Balensia" y muchos "uebos", son valiosos documentos pertenecientes a una Habana que se fué y que, andando los lustros serán buscados y estudiados con el mismo acucioso interés que hoy se le presta a los papiros de la Roma Imperial. Aquellas cuentas que casi no se pagaba en su totalidad, quizás constituyan el principio económico en el que se basa toda la crematística del universo.

¡Cuántas tragedias no evitó el fiado del bodeguero! ¡Cuántos dolores no mitigó ese altruismo del detallista, que extremaba su generosidad ante la presencia de una parda exuberante y sandunguera, que coquetonamente agregaba a la enumeración de la lista de mandados una frase de ritual:

—“Vamo, epañó” déjate de relambimientos y despáchame pronto, que la señora está “apurá”.

Todos esos y otros muchos recuerdos cruzaban rápidamente por la mente de Don Pancho Ferreiro, el antiguo detallista, cuando caminaba por una callejuela capitalina, después de haber corrido por última vez la puerta de hierro de su establecimiento para dar paso a un grocery o a una cafetería, más moderna, más higiénica, si se quiere, pero sin ese espíritu, sin aquella alma democrática de las viejas bodegas habaneras.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

COSITAS ANTIGUAS

Por CARLOS ROBREÑO

La Semana Santa en Otras Epocas

Las de Pérez se van a Varadero. Los de García embarcan rumbo a Miami. López se marcha a la finca. Y hasta el modesto González, llevando auestas la familia, arregla sus maletas a fin de poder pasar unos días en la humilde casita de madera que, con grandes esfuerzos construyó sobre las arenas de una playa cercana.

Tales son las noticias que envueltas con otras de actualidad política, deportiva o económica, llegan a nuestros oídos en estos días cercanos de la hebdomada en que la grey cristiana conmemora el dramático proceso de Jesús de Galilea.

No vamos a adentrarnos en la contradicción que pueden entrañar esas fiestas paganas —tragos y ruleta en los lujosos casinos, "camp fires" junto al mar; pic-nics alegres en el campo— durante la celebración de estas fechas sagradas, ni a defender la necesidad, en esta época de prisas y graves preocupaciones, de aprovechar cualquier coyuntura que permita al hombre de hoy un reconfortante descanso, un breve paréntesis en la cotidiana tarea, como el beduino que ambiciona el oasis reparador tras el andar incesante sobre las arenas del desierto.

Simplemente hemos de establecer con breves rasgos un paralelo entre esta concepción moderna de la Semana Mayor y aquella de otras épocas en que la conmemoración de las jornadas que transcurren desde la entrada apoteósica en Jerusalén hasta la Resurrección gloriosa, eran observadas de otra mística manera.

El guano bendito se repartía en todas las iglesias y parroquias durante las horas matutinas del Domingo de Ramos, sin limitaciones de ningún género. Actualmente, sin embargo, notamos en los acólitos que realizan tal operación ciertas restricciones, y como si impelidos por las estadísticas llevaran en la mente buena cuenta para no incurrir en derroches inoportunos.

Las tres de la tarde del Jueves Santo, es el preciso momento señalado por la liturgia en que el Redentor expiró, clavado en la cruz que se alzara en el Gólgota, pero ya desde muy temprano ese día se notaba en aquel entonces, por parte de la población, un místico recogimiento. Los "tan-tanes" de los coches y los timbres de los tranvías eléctricos no se escuchaban por los ámbitos de la ciudad, debido a que dichos vehículos no circulaban por ninguna calle. Los habitantes de la capital llevaban a cabo sus diligencias más perentorias a pie, sobre calles polvorientas, pues muchas aún no se habían pavimentado con asfalto y los pregones rutinarios se expresaban en tono menor,

como si los vendedores amouantes se aconque-ran también al respetuoso ambiente. Solamente los que ofrecían un artículo especial de tal fecha, confeccionado con una pasta de arroz almibarado, alzaban un poco el diapason:

¡"Alcoza, alcoza"!

Quien no lo come, no goza!

Y con el respaldo ruidoso de una matraca buscaban posibles marchantes.

★ ★ ★

Ya entrada la tarde, comenzaba el recorrido de estaciones. Los pétreos edificios de conventos e iglesias de la llamada Habana Vieja eran visitados por grupos de lindas mujeres —la belleza del rostro enmarcada por la clásica man-

tilla —ancianas beatas y jóvenes galantes— sombrero de paja en la mano y bastón colgado del brazo— que unían a su fervor religioso quizá algo de eso que actualmente denominase "pepillería". Caravana humana que se movía incansablemente durante esas últimas horas de la tarde, del Angel a la Catedral, a la Merced, a San Francisco, a Santa Catalina, a las Ursulinas, a San Felipe o a Monserrate.

Por la noche, el silencio más absoluto reinaba en la capital. Ni teatros, ni los cinematógrafos que entonces existían, ni ningún otro espectáculo abría su puertas y así en medio de tan respetuosa unción, transcurría el Viernes Santo —sermón de las Siete Palabras, sermón de la Soledad— hasta que al siguiente día, Sábado de Gloria, a las diez de la mañana, las campanas de las iglesias se echaban a vuelo con sus broncíneas voces de ¡Aleluya!, de los altares desaparecían los mantos morados que cubrían las imágenes y la vida ciudadana cobraba su animación. Y algunos viejos habaneros atestiguan que años antes, en semejante instante se amarraban del rabo de los perros callejeros unas latas vacías, a fin de hacer más estridente el entusiasmo popular.

Pero... ¿a qué insistir en los cambios de las costumbres observadas por nuestra población en estos días sagrados de la Semana Mayor, si hasta la propia liturgia católica ha sufrido una radical transformación?

El Sábado de Gloria fué eliminado del calendario y todas sus ceremonias han sido transferidas para el Domingo de Resurrección, en que el espíritu cristiano rememora conmovido el instante aquél en que ascendió a los cielos quien muriera en la Cruz para redimir al género humano.

COSITAS ANTIGUAS

Del Quinqué A la Luz Fría

Por
Carlos Robreño

"Sobre una mesa de pintado pino
melancólica luz lanza un quinqué"...

A Si dijo el poeta y efectivamente, melancólica era la llamada con que la humanidad se alumbró durante cerca de un siglo desde que un francés dió su apellido, aunque sin "t" a semejante medio de iluminación hasta que el escocés Mulchoz intentó un paso de avance a través de las lámparas de gas.

Antes, las velas habían tenido a su cargo tal misión, lo mismo para alumbrar el interior de una misera buhardilla que los salones lujosos de lo alto de sus artísticas lámparas incrustadas en áureos candelabros. Velas también eran las que proyectaban su resplandor en los escenarios, —oh, legendarias candilejas— sobre los rostros de actrices y actores o de famosos cantantes en sus emotivas interpretaciones.

Las velas sin embargo, no han podido ser desplazadas definitivamente de las modernas costumbres, y en muchas mesas de noche o en viejos escaparates se guardan celosamente aún dentro del clásico paquete de papel azul los populares "trabucos", en previsión de posibles "apagones".

De nuestra niñez guardamos el recuerdo de un sistema de alumbrado que pudiéramos clasificar ecléctico, pues aunque ya Edison había inventado el bombillo incandescente, todavía éste no había adquirido proyecciones de imprescindibilidad y encontraba en su camino la hostilidad de espíritus timoratos que no se decidían adoptar semejante método por miedo a que les "cogiera la corriente".

Por otra parte, la luz producida por energía eléctrica era amarillenta, mortecina y ni siquiera las lámparas de muchas bujías podían competir con la iluminación diáfana, que al alumbrado de gas le habían proporcionado las llamadas "camisetas", seguramente porque en su confección entraba un material semejante al "crepé" de aquellas prendas íntimas de vestir.

★ ★ ★

Quedamos, pues, en que en aquel entonces se disputaban la hegemonía del alumbrado en los hogares habaneros, según su condición social y económica, los trabucos de velas, los "quinqués" servidos por luz brillante una de cuyas marcas se anunciaba en los distintos diarios mediante un pequeño grabado que representaba a un elefante sosteniendo con su trompa uno de esos objetos; el gas con y sin camiseta y el incipiente bombillo eléctrico.

En cuanto al alumbrado exterior si podemos decir que eran los faroles de gas situados en las esquinas y a medianías de cuadras los que ofrecían el máximo consumo.

Pacientemente, a cada atardecer un robusto peninsular llevaba un encendedor colocado en lo alto de una larga vara proporcionando lumbre, uno por uno, los mecheros encerrados en una pequeña urna de cristal. Horas después, apenas asomaba el rosicler de la aurora siguiente repetía la operación pero a la inversa.

El farolero era un tipo muy popular en cada barrio, aunque debemos advertir que las frases populares de "tirar un farol" o "meterse a farolero" nada tenía que ver con estos modestos servidores de la ciudadanía, pues tales vocablos tienen origen taurino.

Hace pocos años estuvo de moda entre nosotros una pegajosa tonada dedicada a un farolero de Madrid y pocos meses después tuvimos oportunidad de recordar en la propia Villa del Oso y del Madroño aquellos tiempos del antiguo alumbrado habanero.

En cuanto a los vehículos que transitaban por nuestras calles —carros de mudanzas, carritos de mantecaderos y hasta los carromatos repletos en interior de cientos y cientos de mangos— indicaban su tránsito nocturno mediante los faroles que se valían del carburo como el máspreciado combustible.

★ ★ ★

En algunas ciudades del interior de la República se daba a medianoche un espectáculo pintoresco. En aquella época se veían atravesar las calles, amparados por la oscuridad del momento, infinidad de cangrejos y los muchachos jóvenes solían amarrar sobre el carapacho de tales crustáceos unos cabos de vela encendidos. El calor que recibían les imprimía cierta velocidad a su retardado andar y resultaba divertido por demás, semejante escena.

Mas ya todo eso ha quedado atrás. La luz fría, blanca, nítida y los anuncios de colores le dan a nuestras principales ciudades una impresión deslumbrante que nunca supimos ver en nuestros años de adolescentes.

EL MUNDO, Domingo 21 de Abril de 1957.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LOS BARBEROS

DE 10 Y 10

Por

Carlos Robreño

—Deje. Tómela como propina.

Y aquel joven barbero que tijera y peine en mano, momentos antes se hallaba entregado a la labor de recortar los restos capilares de nuestra otrora poblada caballera, nos dió las gracias y se guardó en el bolsillo la peseta que nos devolvía como residuo de un pequeño billete de a peso —última emisión— que le habíamos entregado en pago de su esmerada tarea.

Y cuando abandonamos el moderno salón, equipado con aire acondicionado y provisto de un novísimo instrumental eléctrico guardado dentro de una urna esterilizada, vino a nuestra mente el recuerdo de los antiguos barberos de nuestra niñez y llegamos a la conclusión de que la obligación estética del pelado es uno de los renglones, que en el presupuesto privado de cada ciudadano ha sufrido una mayor alza de precio.

De aquella barbería de nuestro barrio en que cada quince días, siendo muy niños nos llevaban a pelar a la "malanguita" y más tarde, en vísperas de entrar en la Universidad, nos pelaron al "rape" con la número Cero para evitar posteriores novatadas de los compañeros, hasta los actuales en que apenas uno penetra lo sientan en el sillón a fin de someterlo a todo el proceso del progreso en tal momento que comprende también el masaje eléctrico, la limpieza de los zapatos y el arreglo de las uñas, media un gran trecho.

Cierto es que aquel albelatar casi medioeval de las pequeñas aldeas que además de recortar el pelo a sus parroquianos, les sacaba una mue-la a cualquiera o le colocaba sanguijuelas al parroquiano febril, no sobrevivió a las siguientes generaciones que sólo tienen del origen del oficio la referencia literaria o musical de un Figaro que creara el genio de Beaumarchais o llevarán al pentagrama un Rossini y un Mozart.

X X X

Sin embargo, la locuacidad proverbial si se transmitió de aquellos pioneros a los barberos criollos que eran especialistas en una profesión que todos tratamos de practicar: la de tomar el pelo. En mangas de camisa se entregaban a su labor en medio de un ambiente del cual quedaba impregnado toda persona u objeto que penetrara en tan pequeño recinto: el olor a barbería.

Y comentando los nuevos escones que el estelar pitcher almendarista José Méndez propinara al club Detroit; el cambio del Arsenal por Villanueva que proyectara el gobierno de José Miguel Gómez, la última "Nota del día" que publicara Eduardo Dolz en "La Discusión", o el crimen con ritos de brujería realizado por Juana Tabares y "Bocú", el barbero habla que habla y pela que pela rendía vertiginosamente su tarea, hasta que de pronto enmudecía, las tijeras se cerraba bruscamente cesando en su misión

y el joven Figaro emprendía una rápida carrera hacia la puerta de la calle. ¿Qué había sucedido?

Fácil era la explicación. Por la acera de enfrente había pasado una parda de esculturas líneas y cimbrante cintura. El blanco y limpio olán de su bata resaltaba en fulgurante contraste con su tez bronceada, mientras sobre las caderas caían los flecos de la manta de burato que cubría sus hombros.

—¡Ave María, prieta! ¡Cómo te pareces a Carlota!

Y ante el requiebro, no muy galante que digamos, la aludida se detenía, volvía la cabeza para agradecerlo con

una sonrisa y tal era el inicio de un diálogo que a veces se prolongaba demasiado tiempo hasta que el cliente, sintiendo secarse sobre la piel del rostro la abundante enjabonadura protestaba iracundo, amenazando hasta con la retirada, quedándose a medio afeitarse.

El apasionado tenorio de tijera y navaja volvía a sus labores, con aire de vencedor y pedía mil excusas antes de reanudar el trabajo y también sus comentarios que de cuando en vez era interrumpido por una exclamación:

—¡Te "acochiné". En el próximo te regalo tres peones!

Era un asiduo visitante del establecimiento que le gustaba echar una partida de Damas con el viejo encargado que apenas tenía clientes porque le faltaba ya la vista.

X X X

En aquel entonces, no obstante, existía en la calle de Obispo una barbería de lujo que se anticipó a su época. Era la de Dubic. Allí iban los caballeros de la alta sociedad a recortarse el cabello y a rizarse el bigote y los niños de familias ricas eran sentados en una sillita especial para que les fueran coquetamente peinando sus dorados crespos que habrían de lucir después en las fotografías que publicasen en sus "Habaneras" el popular Enrique Fontanills y en el "Mundo Habanero" el muy leído Alberto Ruiz.

En "Dubic" los precios resultaban caros y no se cobraba al parroquiano la peseta consabida, sino algo más, de la misma manera que había también otros establecimientos de menos pretensiones. Eran aquellos populares de "10 y 10", donde según la frase en boga, se "pelaba al

cliente mirando hacia la pared". Al General Ernesto Asbert, quien parece que en sus mocedades estuvo aprendiendo dicho oficio en su nativo pueblo de Güines, siempre lo presentaba "La Política Cómica" en aquellas buscadas caricaturas de Ricardo de la Torriente con el clásico letrerito de "10 y 10".

En cada barriada había siempre una barbería más frecuentada que las demás, pero en toda La Habana no había en aquella época, ninguna más conocida que la de Donato Milanés, situada al lado de "El Arón del Prado" que abría sus puertas en el sitio donde hoy desenvuelve sus actividades una compañía consignataria de vapores.

Restándole sus mejores parroquianos a la del "Hotel Inglaterra" y a la que existía en Neptuno entre Consulado e Industria que ofrecía como orgulloso blasón ser la escogida por el Generalísimo Máximo Gómez, después de la Guerra de Independencia para que en ella recortaran su glorioso "chivo" blanco. La "barbería de Donato" presumía de ser también un centro de reuniones literarias presidido por Don Manuel Sanguily.

Y como ejemplo de barbería bohemia, con ribetes artísticos recordamos la de Gual, en Virtudes entre Blanco y Galiano, donde nacieron muchas dulces melodías cubanas surgidas de la guitarra de Manuel Villalón.

En la actualidad el barbero cubano ha ido evolucionando al compás del tiempo y cuando lo vemos camino del trabajo, con su entallada blusa blanca de mangas cortas, llevando en la mano un maletín de cuero portando su instrumental, no sabemos si es un Figaro que realiza un servicio a domicilio, para rasurar la barba de un anciano venerable o pelar al rape a una linda jovencita o se trata de un cirujano que se dirige con paso rápido a extirpar una vesícula biliar.

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

EL BAUTIZO

Por

Carlos Robreño

¡Tíralo!, ¡Tíralo, padrinito!

¡Tíralo, tíralo!

Y la infantil vocinglería interrumpía la quietud de aquel mediodía dominguero, mientras el grupo de chiquillos de la barriada corría a la zaga de un charolado "cupé" que arrastrado por brioso corcel, cruzaba las calles polvorientas de ese rincón capitalino.

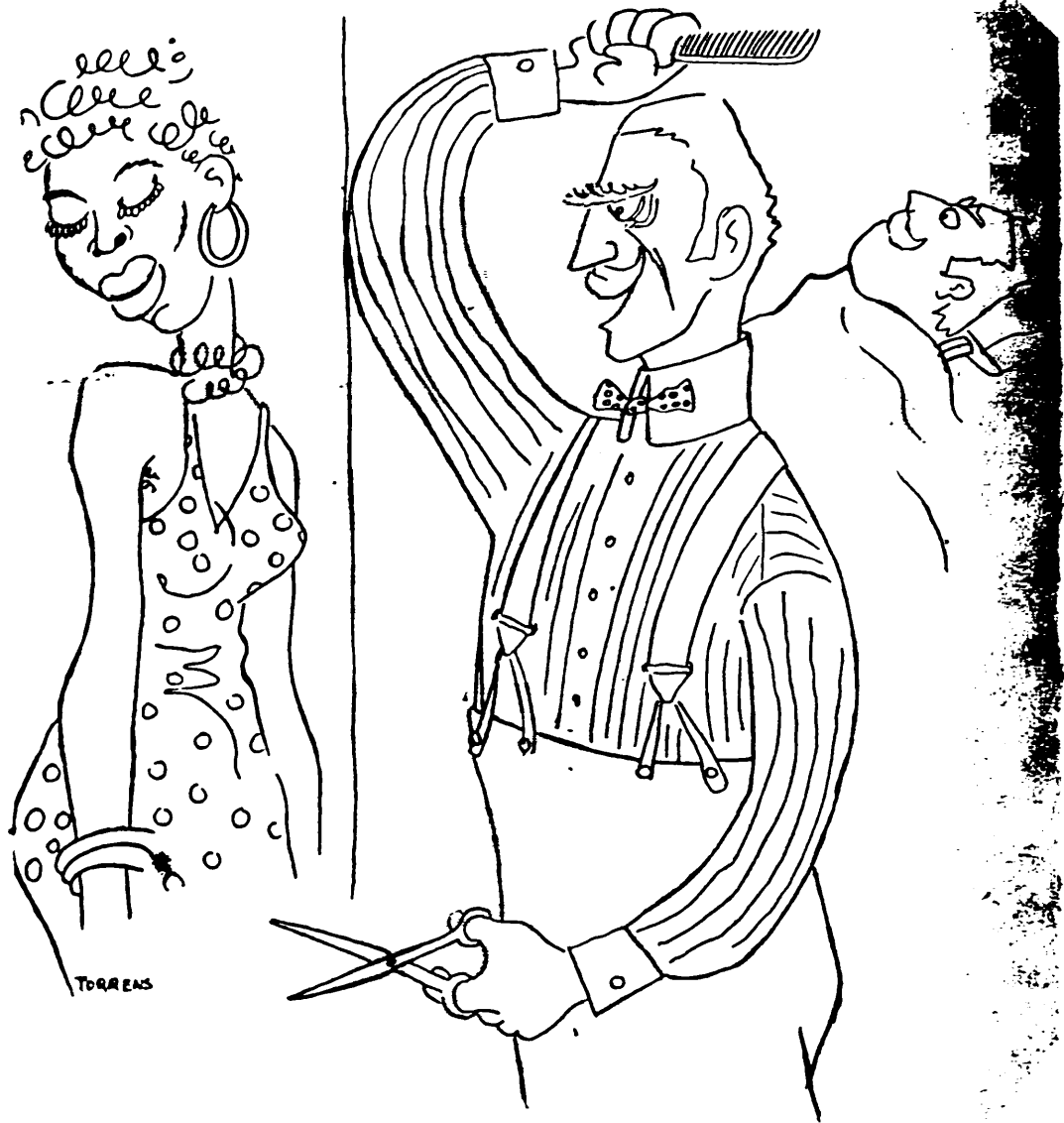
De cuando en vez se asomaba a la ventanilla trasera del vehículo el rostro satisfecho y sonriente de un hombre que extendiendo el brazo dejaba rodar sobre el pavimento unas monedas de "calderilla" que los insistentes pedigüenos se detenían a fin de recogerlas y continuar la persecución.

Tan asediado ciudadano era el padrino de una criatura, que había llevado a la parroquia más cercana, con objeto de recibir las aguas bautismales, en compañía de una dama que no era su esposa, ni su novia, ni su amante, pero que desde tal momento quedaba unida a él para siempre por los lazos espirituales del compadrazgo.

Tan rígido vínculo tenía que ser respetado de una manera que en lo adelante no se concebía, aunque las leyes no lo clasificaran como incesto, ciertas relaciones amorosas entre los dos compadres, si, previamente, al decir del vulgo, no se colocaba el sombrero del apasionado galán sobre un mueble determinado del sitio donde se entrevistasen. El rito sacramental no ha variado en nada desde la época del ¡Tíralo, tíralo padrinito! hasta esta actual, en que resulta imposible el que piernas infantiles puedan perseguir ventajosamente a un carro, modelo de 1957, pero las costumbres observadas en torno del ingreso en el cristianismo del pequeño infante sí han sufrido algunas variaciones.

Antiguamente, no era costumbre que los padres del "bebe" acompañaran a los padrinos hasta la iglesia y no podían presenciar por tanto, el emotivo instante en que la criatura rompía a llorar, al sentir sobre su frente cándida la frialdad de la simbólica agua del Jordán, ni escuchar aquella retahíla de nombres propios que obligaría más tarde al neófito a arrastrarla toda su vida. "José, Rosario de la Caridad, Agapito, Cayetano, Eurípides, Demóstenes, Juan, Justiniano, Manuel, etc., etc."

IPD
PATRIMONIO
DOCUMENTAL



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Así fueron inscriptos en los Registros de las distintas parroquias más de un niño, el cual andando el tiempo, apenas si sería conocido por "Pepito" o simplemente "Cheo" pero que en el momento de gestionar cualquier asunto judicial el olvido involuntario de uno de esos nombres en algunos de los documentos exigidos, le ocasionaría grandes trastornos.

Tenemos entendido que recientemente se ha recordado la prohibición de hacer uso de nombres que no figuren en el Santoral cristiano en el acto bautismal, sin embargo hasta hace algunos años, se obviaba dicho precepto y por tal motivo se pudo dar el caso de un conocido político que, siendo simplemente Consejero provincial, en la época en que semejantes cargos existían, desempeñó provisionalmente, por un mes escaso el puesto de Gobernador de esa región, y aprovechó la ocasión para poner a una calle de la capital de la comarca el nombre suyo, antecedido del de Gobernador. Como es natural, el Secretario de Gobernación echó abajo tan descabellado acuerdo, más pocos días después, la señora del teniente político dió a luz un hermoso varón a quien bautizó una semana más tarde con el nombre de Gobernador. Y ante los amigos exclamó:

Vamos a ver si el Secretario también me rechaza ahora a este Gobernador. Tal. Y aquí puso su apellido.

★ ★ ★

Las fiestas familiares con objeto de celebrarse tan fausto acontecimiento no tenían, como podrá suponerse, la proyección de las actuales. Claro es que en ellas, tanto entonces, como ahora, quien menos se divertía era el bautizado, que después de su ingreso prefería quedarse dormido en su cuna, tras de haber protestado con amargas lágrimas por el acre sabor que dejaba en sus pequeños labios la sal sacramental.

Dulces de salvilla y barriles de lágner hacían las delicias de los invitados golosos en lugar de los bocaditos, los cangrejos, las croquetas, los cakes y toda esa gama de exquisiteces que en el presente se sirven rociados por ponche bien subidito, por unos efervescientes "jaiboles" y hasta por el trago "straight". ¡Y qué insoportable era aquel pariente serio, que no estaba acostumbrado a tomar y que dicho día, con dos o tres copas de lágner que se le subían a la cabeza, quería bailar en medio de la sala con la cocinera de la casa el danzón de "El Bombín de Barreto" interpretado por la orquesta de Felipe Cruz en una grabación fonográfica o por la orquesta de Corman o Papalto Torroella si las condiciones económicas de la familia permitían tales derroches!

En las primeras horas de la noche, todo había terminado. Los invitados se retiraban, en la casa sólo quedaban los padres del neófito comentando los incidentes del día y se disponían a marchar al lecho cotidiano en busca del reparador descanso, cuando en semejante momento se le ocurría al bebé despertar de su sueño profundo y celebrar él solo ¡y de qué manera! aquel inolvidable acto de su bautismo.

COSITAS ANTIGUAS,

Algo más Sobre Víctor Muñoz

Por Carlos Robreño



Rivadulla

"Acaso ustedes ignoren que yo entré a formar parte de la redacción de EL MUNDO, a título de guapo".

Y al narrar el pintoresco incidente, los ojillos inquietos de Víctor Muñoz cobraban extraña iluminación tras los cristales de sus gafas con armadura de oro, sujetas por una cinta de negra seda.

A instancias de uno de los conterturlios, el gran periodista continuó:

"A los pocos meses de terminarse la Guerra de Independencia regresó a La Habana, después de los largos días del exilio en la hospitalaria ciudad floridana de Tampa, en la cual me ganaba la subsistencia como lector de tabaquería, contribuyendo a todas las cuestaciones que allí se realizaban con objeto de recaudar fondos para aliviar la situación de nuestros hermanos en armas y al mismo tiempo, por las noches, tomaba parte en calidad de actor aficionado en la interpretación de algunas obritas como "Chateau Margaux", "La Colegiala", "Niña Pancha" y otras del género chico español que allí se representaban con iguales fines patrióticos. En aquella época mi vientre no se había cubierto con las adiposidades que ustedes actualmente contemplan; yo era delgado y a mi rostro le imprimía cierta gravedad una

negra barba que ~~quitas~~ fuera la que ~~diera~~ lugar al sobrenombre de "Abogadito", con que allí se me conocía".

—Y eso qué tiene que ver con tu guajería, Víctor? —preguntó con impaciencia uno de los presentes más joven.

—Verán. Yo había llegado a Cuba y aprovechando los conocimientos periodísticos adquiridos en la susodicha Tampa, como redactor de publicaciones más o menos clandestinas en defensa de la causa separatista, busqué un puesto de reportero en uno de los diarios que en aquel entonces veían la luz en nuestra capital. Una empresa solicitó mis servicios y me encargó las reseñas de las sesiones de la Cámara Municipal habanera, en tiempos del Alcalde Gener, antes de la instauración de la República.

Víctor Muñoz, con su amplia sonrisa matizaba aquella relación, como si se refocilara en el recuerdo de sus años juveniles y continuaba:

—En cierta ocasión se discutía entre los concejales capitalinos un asunto que no debía trascender al público. Inmediatamente se pidió la declaración de "sesión secreta", la cual fué concedida y de manera rápida se procedió al desalojo de las tribunas ocupadas por ciudadanos curiosos o preocupados por la marcha de los problemas municipales. Un ujier se dirigió a los periodistas allí designados por sus respectivos diarios para cubrir tal sector informativo y con palabras corteses y ademanes delicados les impuso de la necesidad de abandonar el salón de sesiones, dada la gravedad de los asuntos que en él se iban a dilucidar. Los compañeros diéronse cuenta de la situación cumpliendo la sugerencia. Yo, sin embargo, abstraído acaso por otras preocupaciones, apenas me apercibí de la escena y permanecí en mi puesto, provocando la reiteración por parte del activo ujier de la orden recibida.

—Usted, señor periodista, ¿no oyó lo que le dije a sus compañeros? —insistió el empleado municipal.

—¡Ah! Sí... Me pareció escucharlo. Respondí con cierto balbuceo.

—Me va a perdonar, pero tiene que retirarse por unos instantes.

—Imposible. Mi periódico me paga a mi para que yo escriba la reseña de todos los incidentes que se produzcan en la sesión.

—Pero es que ésta se ha declarado secreta. Razonó, aunque un poco malhumorado el ujier.

—¡Magnífico! —argumenté. ¿Usted no cree que precisamente ese es un aspecto que deben conocer los lectores?

—Pero es que...

—Es que nada... Mi empresa me paga para que lleve a cabo dicho reportaje y si me aparezco allí con las cuartillas en blanco, me dejarán en la calle... Y yo no puedo renunciar a ganarme la vida de una manera honesta.

Otro de los oyentes se aventuró a inquirir:

—Por fin ¿te dejaron presenciar la sesión?

—Efectivamente —afirmó el ya obeso Víctor. No sé si porque sorprendió mi actitud o si porque realmente el asunto a tratar no era de tanta gravedad, lo cierto es que el ser consultado el concejal que presidía la sesión sobre mi obstinada negativa a abandonar el salón, éste ordenó al empleado que no insistiera y al siguiente día salió publicada en el diario, donde yo trabajaba una amplia reseña sobre la sesión, con lujo de detalles, pero carente de penas, ni glorias y sin que por ellas se estremeciesen las esferas municipales.

Y como el sonriente narrador, que ya se había convertido en uno de los periodistas más prolífico y leído de su tiempo advirtiera ciertos reflejos de extrañeza en el rostro de algunos de los que formaban su entretenido auditorio, apresuradamente reanudó su amena charla:

—Pocos meses después se transformaba en realidad el proyecto de publicar un diario matutino, de gran información, basado en los principios republicanos que estaban a punto de alcanzarse después de habernos liberado del yugo colonial. Esa publicación de vastas proporciones iba a ser EL MUNDO. Más cuando José Manuel Govín, señalado para asumir la dirección del nuevo rotativo, y que ocasionalmente había sido testigo presencial de aquel incidente surgido durante la sesión del Ayuntamiento, escogía el grupo de redactores que habían de figurar en su departamento, con tono apasionado se expresó ante otras desfachadas figuras de la empresa:



—Señores: tengo pensado también traer como reporter, a un jovencito **delgaducho** que se ha dejado crecer la **pantilla**. Creo que se apellida **Muñoz**, pero está hecho a la americana... ¡Que clase de hombre! Yo tuve oportunidad de apreciar sus condiciones en un momento crítico, en medio de una sesión secreta del Ayuntamiento y no les exagero. Es de un valor y de una sangre fría a toda prueba... ¡Echa "p'alante" y no hay quien le meta miedo! Lo designaremos para informaciones especiales y temerarias.

Y de ese modo, sin saberlo el interesado, sino hasta muchos años después por boca del propio Govín, entró a formar parte de la redacción de **EL MUNDO**, aquel hombre bonachón, siempre de buen humor, que prontamente habría de convertirse en un gran periodista, que con su variedad de crónicas deportivas, con su "Junto al Capitolio", "Su Marquesa de Fontenoy" y otras muchas producciones, iba a hacer las delicias de millares de lectores a través de toda una época y que tuvo, como máximo orgullo, el haber introducido entre nosotros ese sagrado **DÍA DE LAS MADRES**.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Fué un 19 de Mayo

Por Carlos Robreño

POR los caminos que conducen a Remangana-guas, enlodados, a causa de los aguaceros primaverales, marchaba el fúnebre cortejo. Un cuerpo inerte, colocado sobre toscos tablones, era transportado en hombros de soldados enemigos y el sol, que horas antes, había sido testigo de la tragedia alumbrando con sus rayos, como él siempre lo había anhelado, el rostro del adalid que caía, se ocultaba en el ocaso para cubrir con negro manto la campiña, los montes y toda la inmensidad del firmamento.

Tal debió ser, sin duda alguna, aquel atardecer triste del 19 de Mayo de 1895, en que el desplome mortal de un hombre sirvió para colocar al final de una existencia una palabra gloriosa, que según nuestro Enrique José Varona, "pone un nimbo resplandeciente en torno de ciertas grandes figuras de la Humanidad"; es la que circunda a los Prometeos atados a la roca y a los Cristos clavados en la cruz: sacrificio".

Y sacrificio fue también su incesante peregrinar por tierras americanas, tratando de revivir en el espíritu de los escépticos una llama que parecía apagada por la decepción. ¿Qué fácil puede ser avivar el estímulo de los aventureros y los románticos, con objeto de llevarlos a una empresa jamás intentada, en la cual el triunfo puede significar abundancia de oro o de laureles inmortales! Mas, ¿qué voluntad de acero se necesita para no sentir el cansancio que produce la inutilidad de un esfuerzo, cuando siempre se escucha una misma respuesta al tocar cada puerta.

¿Qué vamos hacer ya? —argumentaban muchos de valor probado y patriotismo intachable.

Y el fallido ejemplo de las expediciones de Narciso López; la inmolación de los Agüero, el ciclo heroico que arranca una madrugada en La Demajagua para extinguirse fatigado, solamente con el aletear rebelde de Baraguá, en un pacto falaz y el nuevo intento fracasado de Calixto García, que apenas encontró eco en un pueblo vencido por la extenuación en una lucha infructuosa, eran sólidos argumentos que ornaban siempre a quien para contrarrestarlo, sólo poseía una sola razón, quizás la más convincente que palpitaba en lo más profundo de su alma: la fe.

Esa fe que nunca sintió tibiezas, ni desmayo, porque de fijo, estaba inspirada en aquellas palabras que él mismo escribiera en memorable artículo, ignorando acaso que al ir delineando la silueta de otro gran prócer americano, estaba, sin duda alguna, dando cima a su auto-retrato. "Bolívar —estampó en aquellas líneas— era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampaguea-

ban y las palabras se le salían por los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo, no vale más que un pueblo; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa y que se deciden a la guerra, antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos. Y los pueblos, tienen muchos hombres que no pueden consultarse tan pronto. Ese fue el mérito de Bolívar, que no se cansó de luchar por la libertad de su tierra, cuando parecía que en su tierra todos estaban cansados".

Tal fue su mérito también. No cansarse en una lucha en la cual tenía enfrente un enemigo poderoso y avisado, que prometía, aunque nunca pensara cumplirlas, reformas liberales en la boca de un Maura o un Abazurza, mientras el incesante combatiente sólo veía en torno suyo, la decepción, el escepticismo, la extenuación y también, lamentablemente, el egoísmo, las rivalidades y las intrigas humanas.

Labor ingente la que se impuso este visionario que no esperaba ninguna recompensa al final de su duro camino, como bien lo advirtiera en lapidaria frase al viejo guerrero cuando lo invitaba a reanudar la lucha: "en pago de su esfuerzo sólo puedo prometer a usted en un futuro, la probable ingratitud de los hombres".

Aún quedaban dos grandes obstáculos que tuvo que vencer su fe inextingible: en Fernandina se alzó el primero y el otro, ya en tierra cubana, y durante la turbulenta reunión de La Mejorana. "El ideal, al fin, está en marcha y habrá de triunfar. Su presencia física ya poco importa sobre la tierra. Necesita ahora un más alto sitio para desde allí inspirar en la gesta heroica a los soldados de la libertad.

Por eso en aquel atardecer triste en que por los caminos de Remanganaguas marchaba un cortejo fúnebre y un cuerpo inerte colocado sobre toscos tablones era conducido por soldados enemigos, en los espacios siderales se vio fulgar un místico resplandor: era un nombre luminoso que se grababa en la gloria.





PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

¡Adiós, Papá *Julio 7-1977* Montero!

m



Por
Carlos Robreño

Viejos cronistas deportivos que tuvieron el privilegio de admirarlo en sus días de esplendor y jóvenes comentaristas que sólo conocieron de sus hazañas a través de esa frialdad numérica de los records y averages que no siempre expresan la honda emotividad de la hazaña realizada, han escrito en estos días cientos de cuartillas relatando sus proezas, como un homenaje póstumo ante la desaparición eterna de quien ha sido, a través de todos los tiempos, la figura cimera del base ball cubano: Adolfo Luque.

Y otros cientos de cuartillas podrían escribirse a fin de reverdecer aquellos laureles conquistados durante medio siglo de actuación en el diamante en sus distintas fases desde las primeras actuaciones como atleta amateur, luciendo las azules franelas del "Vedado Tennis Club", en el primer decenio de esta centuria hasta la de manager de varios equipos, después de haber alcanzado los más altos honores entre los lanzadores de ambas ligas grandes y en una ocasión merecer el honroso calificativo de "Héroe de la Serie Mundial".

Repetir una vez más, el número de victorias que alcanzó en la temporada de 1923 y el promedio maravilloso de carreras limpias de que pudo blasonar dos temporadas más tarde; recordar que en cierta ocasión le ganó un doble juego a un potente equipo de la Liga Nacional y referir como al final de su carrera,

2

21

en un desafío crítico de un clásico otoñal el veterano lanzador logró dominar con tres rápidos "strikes" al hercúleo mocetón que junto al home plate, con el bate empuñado fuertemente amenazaba en convertir en descabro una victoria decisiva, sería insistir en lo que el fanatismo sobradamente sabe y no olvidará jamás, porque en esos records cifra su patriótico orgullo de que durante la época preponderante del gran pasatiempo yankee, hubo un cubano que se burlaba a fuerza de habilidad, fortaleza y coraje de los más fuertes adversarios oriundos de aquel gran país.

¡Era el "Papá Montero" al cual los recios bateadores norteamericanos tenían que llorarle!

Tal fué su nombre de guerra entre nuestro fanatismo: Papá Montero.

★ ★ ★

Por eso, al final de cada una de aquellas triunfales temporadas, al regresar a Cuba, a su amada Habana, a la que no olvidaba ni en esos instantes gloriosos que vivía en el extranjero, sus compañeros de "Los Anaranjados" lo esperaban en el muelle acompañados de una charanga con objeto de que al desembarcar el gran atleta, se hiciesen oír, como victorioso himno de guerra las notas sandungueras, tan en boga entonces de "A llorar a Papá Montero!

¿Y qué eran "Los Anaranjados"?— preguntará seguramente algún fanático joven y le diremos que "Los Anaranjados", más que un divertido club de hombres solos, pero que admitía la concurrencia femenina en determinados acontecimientos, era la obsesión de Luque, cuando se actuaba en tierras norteamericanas y en cada desafío en que participaba lo torturaba siempre una preocupación: ¿Qué fiesta habrá en "Los Anaranjados" si gana! ¿Cómo se entristecerán "Los Anaranjados" si sufro una derrota! Y en los meses de invierno, mientras duraba su presencia en Cuba, compartía el tiempo entre sus tareas sobre el legendario diamante de "Almendares Park" y las jubilosas tertulias de ese club que radicaba en una casa situada al final de la calle de Animas. Y el Luque hosco, corajudo, que discutía y hasta se fajaba con "Sirique", que todos observaban sobre el campo almendarino, se transformaba en un criollo cordial, amigo de la "bachata", que sentía que los pies le resbalaban sobre el piso al oír las melodías cimbreantes del popular:

¡A llorar a Papá Montero!

★ ★ ★



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Sin embargo, aquel hombre que se presentaba ante el público para actuar libre de complejos como player beisbolero y que en privado se mostraba con singular alegría, una vez, al presentarse sobre un escenario teatral, se sintió tan cohibido que apenas pudo articular un vocablo.

Fué cuando a raíz de su maravillosa temporada de 1923, regresó a la Habana siendo el "hombre del día" y el ya fallecido actor Pepe del Campo y el popular "negrito" de Alhambra, Sergio Acebal concibieron la idea de ofrecerle un homenaje teatral que habría de llevarse a efecto en el histórico "Martí".

Como fin de la velada representarían un propósito titulado "Las Curvas de Luque", que interpretarían no solamente los conocidos artistas sino también el homenajeado. El paso de sainete fué ensayado esmeradamente, pero llegado el momento de la función, Luque, vestido de dril blanco salió a escena y súbitamente enmudeció sin poder pronunciar ninguno de los "bocadillos" que el autor del entremés, nuestro viejo compañero Agustín Rodríguez le había asignado.

Y el hombre a quien tan difícil era sacar del box, tuvo que hacer mutis de la escena rápidamente.

★ ★ ★

Hace pocos días, cuando cumpliendo un triple deber de amigo, de fanático y de cubano, acompañábamos hasta el lugar de su eterno descanso los mortales despojos de quien fuera el más grande atleta de nuestro baseball, venían a nuestra mente no sólo sus hazañas deportivas, sino estas y otras muchas anécdotas de otros aspectos de su vida. Y recordamos también aquellas alegres fiestas de "Los Anaranjados" y experimentábamos la sensación de que aquellas sandungueras notas de la rumba de moda que como triunfal himno de guerra entonaban en aquel entonces sus amigos y admiradores volvían a oírse como triste despedida, en ritmo doliente de marcha fúnebre:

¡A llorar a Papá Montero!



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

"COSITAS ANTIGUAS

Napolcón en el Género Vernáculo

Por Carlos Robreño

No podremos en el día de hoy, fecha señalada para homenajear a los Padres, besar, igual que en años anteriores, la cabeza cana de nuestro progenitor y como homenaje a su memoria. vendrán a nuestra mente los recuerdos de otros días, las infinitas facetas de aquel diálogo interminable, pleno de camaradería matizado por el cariño paternal y el respeto filial, en que nuestra existencias se diluyeron desde que apenas venido al mundo balbuceamos las primeras palabras hasta el instante que la Muerte nos lo llevara a avanzada edad.

Conversador admirable, en sus labios cualquier anécdota tomaba tanto aliento que le comunicaba al interlocutor la impresión de haberla vivido también. Las escenas castizas de aquel Madrid ochocentista de chulapas y "simones"; la presencia memorable de Antonio Maceo, gigante bronceado enfundado en severa levita inglesa y tocado con lustroso sombrero de copa en la histórica Acera del Louvre, meses antes del levantamiento de Baire; las travesuras de aquellos alegres jóvenes habaneros bajo esos portales; los incidentes de la evacuación y la alegría de un pueblo al celebrar la victoria mambisa; las actuaciones artísticas de la Rejane Tina di Lorenzo o María Guerrero; la ascensión en globo del gordo Granados; el crimen de Casademnut; las brillantes demostraciones beisboleras de Anquilla y el pitcher Méndez; las inquietudes de la ciudadanía en aquellos días amargos que dieron al traste con nuestra soberanía de manera temporal en los comienzos de la República.

Y fueron, precisamente tales páginas inciertas de nuestra historia que la posteridad ha recogido con el nombre de la guerrita de Agosto, las que sirvieron

de inspiración a nuestro padre para escribir y más tarde interpretar su principal papel, una obra que según el juicio de los críticos y el público de aquella época constituyó en la doble calidad de autor y actor, su mejor producción. Nos referimos a "Napoleón".

Eramos muy niños, habíamos empezado a ir al colegio con objeto de que nos enseñaran las primeras letras, cuando una tarde observamos al autor de nuestros días que habitualmente escogía esa hora para leer "La Discusión" o "La Lucha" o para escribir el cotidiano artículo, como colocaba sobre su mesa de trabajo un viejo bombín negro con las tijeras le cortaba las alas y después, recortando en forma curvilínea, dos pedazos de cartones que pintó de negro, los cosió con grueso hilo al oscuro hongo, mientras la curiosidad infantil nos hizo preguntarle que significaba aquel objeto.

—Un sombrero—nos respondió. El sombrero de Napoleón.

Y a renglón seguido, para ilustrar nuestra ignorancia en tales achaques históricos nos brindó una síntesis, pero comprensiva narración biográfica del Gran Corso. Podemos, pues dar fe que lo primero que se confeccionó de la obra teatral "Napoleón" no fué el esquema del argumento, ni el diálogo inicial de las primeras escenas, sino el sombrero del protagonista.

Después en las tardes sucesivas se fueron hilvanando los más detalles escénicos con la colaboración de su hermano Panchito y a posteriores sesiones verpertinas concurrió el fecundo maestro Jorge Ankermann que tenía a su cargo la musicalización de aquella sátira dividida en cinco cuadros que habría de estrenarse en fecha próxima. En dicho aspecto melódico, el "Merequito" interpretado por la li

PATRIMONIO
DOCUMENTALOFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ple Pilar Jiménez, resultó el número más afortunado de semejante pieza teatral cuya trama giraba en torno de un ciudadano llamado Don León, que leyendo libros napoleónicos había perdido la razón, hasta imaginarse que el era el propio vencedor de Austerlitz, tratando de convertir todo lo que le rodeaba—familia y propiedades—en símbolos de aquel Imperio.

Salvando las distancias, algunos siglos antes, Cervantes había escrito, basándose en el mismo conflicto mental, su "ingenioso hidalgo" y varios lustros más tarde, Pirandello dió cima a su "Enrique IV".

En el caso bonapartista, la producción escrita para el género vernáculo era, por supuesto de mucha menor envergadura y en ella se mezclaba hábilmente la actualidad política del momento con los incidentes más destacados del mundo. Aquel Don León simbolizaba al pueblo aunque muchos creyeron adivinar después en dicha caracterización al general Loynaz del Castillo, sin duda por el equivoco que en una de sus escenas se hacía resaltar entre la batalla de Wagram y el combate de Wajay. Después de entrar en posesión de su finca Independencia, el dueño de dichos bienes se vió atacado de improviso por una locura bélica y convirtió a todos sus amigos y sirvientes en Mariscales—Regino López encarnaba un Murat—del mismo modo que en aquella funesta "guerrita" casi todos los combatientes alcanzaron rápidamente el grado de general.

En medio de ese proceso en que todos parecían haberse vuelto también locos, aparecía en escena un inspector yankee—acaso Mister Magoon—que para volver las cosas a su lugar amenazaba con enviar al exaltado Don León, hasta que se recobrarla la razón, a Mazorra. ¡A Santa Elena!, exclamaba el Bonaparte falsificado. ¡La Intervención! era en realidad.

Y tras unos rápidos "bocadillos" con objeto de llegar a un final amable, el telón de boca caía para dar término a una vibrante rumba cubana, rumba de aquel entonces, sin grotescas contorsiones y movimientos exagerados que después se le han ido agregando a dicho ritmo.

Posteriormente, cuando ya en nuestra madurez, en esa acostumbrada visita que todo el que llega a París, hace a los Inválidos, al encontrarnos frente al

severo sarcófago que bajo el artístico domo guarda los mortales despojos del vencedor de Marengo, recordamos los de aquel "Napoleón" teatral del género vernáculo y al presentarnos el guía en la vitrina que guarda históricas reliquias el sombrero que usaba el Emperador durante la batalla de Wagram, llegamos a pensar si el Petit Caporal para confeccionarlo, también utilizaría un bombín como el que le sirvió de base para construir el suyo a aquel autor cubano cuya cabeza cana no hemos podido besar, como en años anteriores, en este destacado

DÍA DE LOS PADRES!



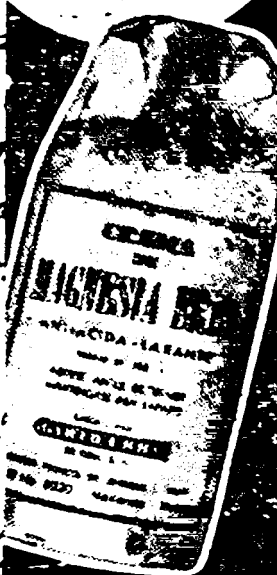
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

dujo: "Protesto solemnemente ante Dios y los hombres, con conciencia de que soy objeto, y privación de mis derechos. Me presenté de miendome bajo la protección de las leyes y enmiendas de mi gobierno al recibir. No sólo tendí a mi honor, sino también a la honra de mi pabellón. Si este a miara, inútil sería que habláramos de humildad y de libertad dorada en un día. que valeroso se presentó a nosotros a buscar asu sueldo, y corresponde

FACSIMIL DE UNAS páginas del presentaban sus producciones en res. Una para que el apuntador se ser enviado a la censura que existía

**ANTIACIDA
LAXANTE
DIGESTIVA**



Crema de
**MAGNESIA
ERBA**

centaje de la rifa anual del Comité de Damas, que le corresponde, según la venta de papeletas por el propio departamento de Servicio Social. También por una pequeña asignación del Hospital para atención de los casos, y la asignación de la Escuela Anexa, así como por las donaciones voluntarias.

Hemos tenido oportunidad de examinar la última estadística del Departamento de Servicio Social, en que figuran 343 casos, de los cuales 209 fueron atendidos como servicios breves y 134 llevados como casos médicos sociales y desenvueltos con el tiempo y las investigaciones más completas.

Un Gran Caso Humano

Precisamente uno de los casos que encontramos, puede servir perfectamente para darnos cuenta del valor de la labor que llevan a cabo las trabajadoras sociales del Departamento. Es uno de aquellos casos que se atienden en el Hospital, en que concurren diferentes factores que dificultan el mejoramiento del enfermo: sufrimientos morales, que tienen que ser atendidos a la par que los sufrimientos físicos.

Se recibió el reporte de una paciente que llevaba ingresados siete meses. Presentaba un problema de hipertiroidismo con un bocio muy desarrollado, un embarazo de ocho meses y un gran desajuste emocional. La paciente carecía de todo recurso económico y no tenía familiares que la atendieran.

EL MUNDO, Domingo 16 de Junio de 1957

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



CARACTERIZANDO al histórico personaje, Gustavo Robreño, autor y actor, brindaba a su propia producción todo su entusiasmo de escritor y artista.



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

COSITAS ANTIGUAS

Ba

CADA vez que en los últimos

llegar esta época del año, res-
peto a mis padres, propen-
arreciar los rigores canicular
diendo en la vida ciudadana
aquella época de nuestra niñez
a mantener y estrechar las
nuestra juventud en que el
desde Santa Fe a Guanabo car-
fusión de playas, clubs y baln-
dan al capitalino la fresca opo-
bullirse, por lo menos cuatro
mana—sábado, domingo y los
de la jornada veraniega—en
deadas aguas del gofo mexi-

Solamente la Playa del
playa natural pero de difícil
siones un poco mortificantes
visitaban y la Playa de Mar-
rocosa, pues la arena fué la
dicho lugar cuando consuma-
Cortina y Céspedes se const-
"La Concha", eran las expans-
los achicharrados vecinos de
querían gustar la sensación de
como tenían noticias que se
Sebastián, en Ostende, en Bi-
Island.

Cierto es que para poder
manso marianense el recor-
pocas dificultades. Primeram-
en coche, a través de un
tarde en tranvías de la líne-
pués, valiéndose de los tr-
Zanja, porque salían de la e-
dicha calle y la calzada de
atravesar una parte de la c-
en los paraderos de Conch-
lipán, Cerro, Puentes Gran-
ti, Redención y Los Quem-
se efectuaban dos trasbordo-
iban al Hipódromo y otro
se dirigían a la Playa.

Fué la construcción d
Avenida la que acortó la d

para por medio del beis-
bol, llevarlo al colegio y dis-
ciplinario para el futuro, mol-
deando su carácter y buenas
costumbres, combatiendo de
esa forma el analfabetismo y
la delincuencia juvenil, es el
objetivo primordial de los
"Cubanitos".

Ser jugador de cualesquiera
de las Ligas Locales de los
"Cubanitos", es decir: "Soy
un niño que creo en Dios y
amo a mi Patria, que estudio
y me aplico en obtener buenas
notas y que en mi hogar
respeto a mis padres, propen-
diendo en la vida ciudadana
a mantener y estrechar las

poseer y...
ceptos, la Asociación de Beis-
bol Infantil "Cubanitos" no
admite a jugador alguno, por
muy destacado que sea en el
dominio de este popular jue-
go.

Los "Cubanitos", institu-
ción que está formada por
una cadena de Ligas Locales,
se constituyó el 12 de abril
de 1956. Lo rige un consejo
director que lo forman las si-
guientes personas y organis-
mos:

Presidente: doctor Clemen-
te Inclán, rector de la Univer-
sidad de La Habana; vicepre-
sidente, coronel Roberto Fer-



CONFUNDIDOS ENTRE el público espectador, el presidente
Universidad de La Habana, doctor Clemente Inclán Costa,
el coordinador de ese organismo, facilitándole al reportero
terario y maestro de

—EL MUNDO, Domingo 30 de Junio de 1957

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Bañistas de Antaño

CADA vez que en los últimos tiempos, al llegar esta época del año, comienzan a arreciar los rigores caniculares, recordamos aquella época de nuestra niñez y también de nuestra juventud en que el litoral habanero, desde Santa Fe a Guanabo carecía de esa profusión de playas, clubs y balnearios que brindan al capitalino la fresca oportunidad de zambullirse, por lo menos cuatro veces a la semana—sábado, domingo y los martes y jueves de la jornada veraniega—en las azules y caldeadas aguas del golfo mexicano.

Solamente la Playa del Chivo, verdadera playa natural pero de difícil acceso y con alusiones un poco mortificantes para los que la visitaban y la Playa de Marianao, una caleta rocosa, pues la arena fué llevada después a dicho lugar cuando consumada la concesión a Cortina y Céspedes se construyó el balneario "La Concha", eran las expansiones únicas para los achicharrados vecinos de esta ciudad que querían gustar la sensación de un día de playa, como tenían noticias que se disfrutaba en San Sebastián, en Ostende, en Biarritz o en Coney Island.

Cierto es que para poder arribar a tal remanso marianense el recorrido entrañaba no pocas dificultades. Primeramente tenía que ser en coche, a través de un viejo camino; más tarde en tranvías de la línea U-4 y poco después, valiéndose de los trenes llamados de Zanja, porque salían de la esquina que forman dicha calle y la calzada de Galiano y luego de atravesar una parte de la ciudad, se detenían en los paraderos de Concha, Domínguez, Tulipán, Cerro, Puentes Grandes, Ceiba, Pogolotti, Redención y Los Quemados en cuyo lugar se efectuaban dos trasbordos: uno para los que iban al Hipódromo y otro destinado a los que se dirigían a la Playa.

★ ★ ★

Fué la construcción de la lujosa Quinta Avenida la que acortó la distancia con el fres-

Por
Carlos Robreño

co rincón marianense donde se alzaba el legendario casón de madera que se ofrecía como sede del histórico "Habana Yacht Club".

Ya entonces se habían dado a la tarea de convertir aquel pedazo de costa en playa artificial bajo la administración del infatigable Fausto Campuzano, desapareciendo aquellos dos balnearios improvisados que se llamaban "Tuero" y "Las Delicias".

A la Playa de Marianao comenzó a ir desde tal instante más público, pero público divertido. Hombres, sin embargo, pudibundos que se atrevían a introducirse en el agua enfundados en trusa con camisetas de media manga y pantalones que bajaban hasta la rodilla, mientras las mujeres, en su mayor parte de vida alegre, ocultaban su alegría y sus buenas formas dentro de unos trajes de baño in grados por tupidas medias largas, pantalones de bombachos y una sayita encima, blusa de marinera con sus mangas hasta los codos y un gorro bien ceñido a la cabeza.

¡Cómo se reiría una moderna nereida de hoy—bikini e italian boy—ante la fotografía luciendo tal vestimenta de la pobre abuelita que desde luego no iba a la Playa de Marianao, pero que también usaba semejantes prendas para ir muy de mañana, con sus familiares, a

los reservados de "El Progreso", "Las Playas" o los baños de "Carneado" en el litoral del Vedado!

¡Y qué voces de terror procedentes de dichos reservados se escuchaban, cuando frente a ellos, por el mar, cerca de la orilla, cruzaba alguna pequeña embarcación tripulada por algún rascabucheador marítimo!

Esos balnearios de pobre aspecto, contruidos con rústicos tablonces, se hallaban divididos en dos secciones. La promiscuidad de bañistas de sexos opuestos se consideraba como algo harto pecaminoso y ni el novio, ni aun el esposo podía disfrutar del placer de darse un chapuzón contemplando de cerca los ojos del ser amado.

Para tales expansiones, en esos lugares había un pequeño espacio, como una terraza con balcón hacia el mar, donde los domingos por la mañana se hacía música—orquestas de Manolo o Rogelio Barba y de Corman—y en amena charla, donde no florecía desde luego, el cuento picante y la anécdota escabrosa de épocas posteriores, jóvenes y muchachas veían cruzar inocentemente el tiempo hasta llegar la hora del almuerzo, en que se iniciaba el desfile y la pequeña guagüita tirada por un mulo cansino transportaba a aquella pléyade juvenil hasta la calle Línea, donde la mayor parte tomaría el tranvía de regreso a su domicilio.

No han transcurrido tantos años desde entonces y sin embargo, ¡qué lejos se nos antoja aquella época de los bañistas pudorosamente cubiertos de ésta en que una novia puede pelearse con su elegido, desde mucho antes de la boda, porque un día en la playa descubrió que tenía el ombligo muy feo!

Y no criticamos las modernas costumbres. Solamente las hemos comparado con las de antaño, porque aquí, inter nos, sinceramente habríamos deseado que tales modas playeras se hubiesen adelantado un poco o nuestra aparición sobre la faz de la tierra hubiera demorado algunos lustros, aunque corriésemos el riesgo de que una hermosa bañista nos echase en cara algún día la falta de belleza estética de nuestro adorno umbilical.

COSITAS ANTIGUAS

Los Cafés

Iniciábase ya ostensiblemente una severa hostilidad contra el régimen de Machado, cuando Don Gabriel Camps, viejo hombre de mundo y por cierto, amigo sincero del General, lanzó la idea de establecer en La Habana, igual que se acostumbra en muchas ciudades europeas que él visitaba frecuentemente, los cafés al aire libre.

Nuestra capital tenía la ventaja para dicha innovación de la consistencia del clima tropical que permite mantener durante todo el año tales establecimientos al aire libre, sin eufemismos de ningún género. De este privilegio no pueden disfrutar esas destacadas urbes en las cuales dichos cafés tienen que situarse dentro de los límites de una vidriera que se cierra totalmente, apenas los frescos otoñales hacen su aparición.

Claro es que la proposición de Don Gabriel Camps, como todo lo que significa desarraigar viejas costumbres, máxime en aquel ambiente a aldeano de La Habana de entonces, tropezó con alguna oposición, pero poco a poco la idea se fué abriendo paso, contribuyendo a ello en no menor esfuerzo, el entusiasmo del desaparecido industrial. Don Julio Blanco Herrera que siempre se hallaba dispuesto a ofrecerle a su ciudad natal un sello de adelanto y progreso.

Fue la empuerza que regenteaba Don Julio la que ofreció gratuitamente los principales muebles y enseres a fin de inaugurar ese primer café al aire libre en la esquina del viejo teatro "Payret", con la anuencia desde luego del administrador de dicho edificio, nuestro fraterno amigo Pemberton.

Y el novedoso establecimiento fue abierto más que él público, a la expectación del público que paseaba por aquellos alrededores en las últimas horas de la tarde y primeras de la noche, observando con cierta extrañeza a sus excentricos parroquianos, en su mayoría hombres maduros que conocían en algún modo semejante costumbre europea.

X X X

La oposición contra la dictadura machadista

ESTE MONTÓN DE hierro viejo, correspondiente a los años 1750 a 1770. Presume que hacían filibusteros y piratas.

UN ciudadano que ocasionalmente transitaba por frente a una obra de demolición de un antiguo garaje de la calle Blanco, en La Habana, descubrió que varios trabajadores estaban cargando en una carretilla de mano varias granadas y piezas de morteros, en pleno día.

Atraído por sus conocimientos de geofísica y artillería, el señor Antolín Reyes Marrero, ex oficial del Ejército, graduado de la Academia del Morro, se acercó a los obreros e inquirió de ellos para qué fines iban a utilizar el susodicho cargamento.

"Lo vamos a vender", le respondieron con naturalidad y ligero asombro. "Pero no se han dado cuenta ustedes de la importancia que para Cuba tiene esto", le replicó el ex militar, limitándose aquéllos a encogerse de hombros en señal de dudas.

Reyes Marrero tomó en su mano varias granadas y observó las piezas de artillería. No había duda alguna sobre la veracidad de su hallazgo. Eran implementos bélicos. Estuvo tentado de llevarse una granada para su museo particular, pero le asaltó el temor de que podría ocasionarle algún problema.

Después de continuar su camino, él se detuvo varias veces. Le influía en su mente la preocupación de que se perdiera aquello inadvertidamente y al llegar a Blanco y Virtudes vio el letrero de EL MUNDO. Como, en su opinión, lo más indicado era entonces dar la noticia a un periódico, Reyes Marrero llegó apresuradamente a la redacción, dirigiéndose a los compañeros José Rodríguez Méndez y Francisco Guiral Lamillar.

"Acabo de hacer el hallazgo de un cargamento de granadas y piezas de artillería que

están transportados en una carretilla tan eufórica que captó la atención de los dos pañeros. "Pero quiénes..." e cas preguntó. "Sí señores, están cargando entre Trocadero y Matanzas", ratificó Reyes Marrero inmediatamente. "No es lo que imaginan, aunque sí de verdad



MIENTRAS esto el señor Antolín Reyes Marrero muestra algunas piezas antiguas que transporta

COSITAS ANTIGUAS

Los Cafés al Aire Libre

Iniciábase ya ostensiblemente una severa hostilidad contra el régimen de Machado, cuando Don Gabriel Camps, viejo hombre de mundo y por cierto, amigo sincero del General, lanzó la idea de establecer en La Habana, igual que se acostumbra en muchas ciudades europeas que él visitaba frecuentemente, los cafés al aire libre.

Nuestra capital tenía la ventaja para dicha innovación de la consistencia del clima tropical que permite mantener durante todo el año tales establecimientos al aire libre, sin eufemismos de ningún género. De este privilegio no pueden disfrutar esas destacadas urbes en las cuales dichos cafés tienen que situarse dentro de los límites de una vidriera que se cierran totalmente, apenas los frescos otoñales hacen su aparición.

Claro es que la proposición de Don Gabriel Camps, como todo lo que significa desarraigar viejas costumbres, máxime en aquel ambiente a aldeano de La Habana de entonces, tropezó con alguna oposición, pero poco a poco la idea se fué abriendo paso, contribuyendo a ello en no menor esfuerzo, el entusiasmo del desaparecido industrial, Don Julio Blanco Herrera que siempre se hallaba dispuesto a ofrecerle a su ciudad natal un sollo de adelanto y progreso.

Fue la empresa que regenteaba Don Julio la que ofreció gratuitamente los principales muebles y enseres a fin de inaugurar ese primer café al aire libre en la esquina del viejo teatro "Payret", con la anuencia desde luego del administrador de dicho edificio, nuestro fraterno amigo Pemberton.

Y el novedoso establecimiento fue abierto más que él público, a la expectación del público que paseaba por aquellos alrededores en las últimas hora de la tarde y primeras de la noche, observando con cierta extrañeza a sus excéntricos parroquianos, en su mayoría hombres maduros que conocían en algún modo semejante costumbre europea.

X X X

La oposición contra la dictadura machadista

Por
Carlos Robreño

ta arreciaba por días, cuando una tarde, a la caída del sol, se detuvo inesperadamente junto a la acera donde se hallaba instalado aquel café al aire libre, el cual animaba con su conversación fluida su propio iniciador Don Gabriel Camps, un modesto automóvil de alquiler. De él se bajó un señor ya entrado en años, de fuerte complexión, con la cabeza blanca en canas, tan blanca como el fino dril de su atuendo. Completaban su aspecto unos espejuelos de anchos aros de carey.

El inesperado visitante se acercó las mesas y dirigiéndose a Don Gabriel, le expresa en tono amable:

—Señores: como dicen que nadie me quiere, vengo a ver si ustedes, por lo menos me rechazan.

Quien así hablaba era nada menos que el propio Gerardo Machado, que tenía tras de sí la hostilidad de toda una ciudadanía, pero que en una escapada furtiva se arriesgó a realizar esa pequeña incursión a un lugar público, aunque por supuesto, nunca más se repitió.

X X X

Otra noche, en los primeros meses de 1933, uno de los jóvenes contorturlos de aquel pintoresco lugar fue interrumpido en su amena charla por un compañero acabado de llegar, que poniéndole la mano en el hombro lo invi-

tó a levantarse de su asiento para confiarle amigablemente un secreto. Rapidamente al recién llegado marchóse y el joven volvió a su asiento.

Poco después de la medianoche, el grupo se dispersó, pero a la mañana siguiente el cuerpo de aquel joven asiduo a dichas tertulias, apareció en un reparto, acribillado a balazos. Tal fue el fin trágico del estudiante Carlos Manuel Fuertes Blandino, señalado mediante aquella palmadita en el hombro, por un traidor a quien creía su compañero. La Revolución, mas tarde, en uno de sus pasajes más dramáticos, sancionó aquella conducta artera.

X X X

El éxito de aquel primer aire libre embulló a los propietarios de todos demás cafés abiertos junto a la amplia acera a través de las dos cuadras de Prado, desde la esquina de San José hasta la de Dragones, frente al Capitolio.

El Hotel "Pasaje" inauguró uno con una acollada orquesta e igual hizo "El Dorado" que rivalizaba musicalmente con su vecino. En la esquina de "El Saratoga", bajo una vistosa marquesina se levantó una plataforma para ofrecer variados shows y hemos dejado para citar ultimamente, el "aire libre" del café "El Capitolio", al lado del teatro "Martí", tan lleno de añoranzas para nosotros. Si el romántico café "Momus", que conociera de los amores sentimentales de Rodolfo y Mimi y de los deliquios literarios artísticos de toda aquella bohemia del Barrio parisense pudo ser fuente de inspiración para las páginas emotivas de Murger, aquellas tertulias capitalinas que se extendían hasta el alba, en muchas ocasiones, amenizadas por gentes de la escena, del periodismo o simplemente de espíritu inquieto pueden ser tema en su día para hablarnos de una Habana noctánbula que va desapareciendo lentamente como lo demuestra el silencio en que se van sepultando esos aires libre que otrora fueran sitios de alegre diversión de expansiones espirituales, mientras el cornetín de la femenina orquesta "Anacaona" hacía resonar:

¿Cómo te te llamas? "Masabi".

La Habana, Domingo 14 de Julio de 1957.—7

De “La Dorila” Al “Buche y Pluma, Na más”

Por
Carlos Robreño

DESPUES de los perfumes y olores, es quizás la música la manifestación que tiene la virtud de envolver nuestro espíritu en el encaje sutil de la remembranza.

Las viejas melodías al escucharlas de nuevo poseen el sortilegio de revivir en la mente pasadas épocas y de tal modo hilvanando antiguas tonadas podríamos tejer el proceso cronológico de toda nuestra existencia desde aquellos días lejanos en que ya la dominicana “Dorila” —con carta de naturalización cubana— iba cediendo su asombrosa popularidad para dar paso a pegajosos bambucos colombianos, como la romántica “Canción del Soldado” y “Asómate a la ventana, para que mi alma no pene”, en tanto la lánguida “Perjura”, de factura mexicana, se infiltraba en todos los oídos a través de los pianos, pianolas y organillos existentes en la capital:

¡Esos momentos amada mía no olvidaré,
que aunque tú digas que somos uno,
hoy somos dos!

Compartían los favores del público esos ritmos de países hermanos con los boleros de Pepe Sánchez, el actualmente nonagenario Sindo Garay y Alberto Villalón. En la antigua casa de música de “Anselmo López”, situada en la calle Obispo, se vendían por centenares las copias en papel pautado de “Rosa”, “Guarina”, “Cuba”, tus hijos lloran”, “La Tarde”, “El Ocaso” hasta que la clave “A Maceo” acaparó todas las preferencias populares.

“Mercedes” de Corona, “Carmela” de Luis Casas y “Mares y arenas” de Rosendo Ruiz formaban una trilogía que estaba constantemente en boca de los trovadores de entonces: Pancho Majagua, “Tata” Villegas, Floro, Miguel y otros. Y el estreno en el antiguo coliseo de Tacón,

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

por la compañía alhambresca de Regino López, de una zarzuela de Federico Villoch, musicalizada por Jorge Anckermann, que llevaba por título "La Casita Criolla" brindó oportunidad a un dúo criollísimo de su partitura, así como su tango ¡Tumba la Caña! a adherirse fuertemente a las trompas de Eustaquio de todos los cubanos. El mismo origen teatral tuvo aquel sandunguero:

"El "Patria" se va "pa" España
con los marinos cubanos..."

Y de España, en cambio, nos había venido un poco antes en los pies ligeros de Amalia Molina, el ritmo del "garrotín" y en la garganta prodigiosa de Sagi Barba las notas vibrantes del "Guitarrico".

★ ★ ★

Sonó en Serajevo el disparo fatal que desencadenó la guerra en la vieja Europa y a través de los mares nos llegan los bélicos cantos. "It's a long way to Tipperary", que animaba a los "tommies" camino de Francia y "La Madelone" que encendía el espíritu de pelea de los "poilus", son repetidos por miles de labios cubanos como una plegaria por el triunfo de las armas aliadas.

Mas no por eso, la sandunga criolla se deja

expresar musicalmente en ¡Fuego, fuego!, "Se quema la planta eléctrica" y en

"Se quemó la choricera, bongo, camará
y un chorizo "ná" más queda, bongo camará"
sucesiones lírico-pirómanas del ya desusado: ¡A la voz de fuego, se va Covadonga!

La situación internacional se complica cuando los Estados nidos se deciden a ir a la guerra y Cuba, por múltiples motivos, los acompaña en su gesto viril. Del Norte nos viene el marcial "Over There" mientras de factura tropical ofrecemos un

"Oye, mi amigo Rubén:
se te acaba la fama de tenorio,
si te coge el servicio obligatorio,
óyelo bien, Rubén..."

Mientras el inspirado y fecundo compositor español Quinto Valverde a quien ya conocíamos a través de su "Serafina, la Rubiales es una chica muy fina" y sus posteriores couplets de

"El Príncipe Carnaval", nos hizo el regalo de su "Torerito, torerazo" que rivalizó en popularidad con todo aquel repertorio de tonadillas de Martínez Abadés: "Mala entraña", "Mimosa", "Calla jilguero", "Flor de The" y "Los Amorios de Ana", que en la interpretación de Consuelo Mayendía cobraron insospechadas sonoridades.

El armisticio nos sorprende cantando: "Allá en la Siria, hay una mora" y el triunfo de la causa aliada, determinado por la cooperación eficaz de los Estados Unidos, origina una influencia yankee hasta en nuestro pentagrama. El fox trot se hace representar por "Hindustan", "Smiles", "Avalon", "Charlie, my boy" y "Yes, we have no banana, to day", aunque los cubanos en justa compensación invaden sus feudos con dos melodías que pronto han de conocerse universalmente: "Siboney" de Ernesto Lecuona y "Quiéreme mucho" de Gonzalo Roig.

★ ★ ★

Los primeros años de la post-guerra nos devuelven el aire cadencioso de la antigua música cubana. "Pensamiento", "Mujer perjura", "Si llego a besarte" y el grupo de canciones de Eusebio Delfín, encabezada por "La Guinda", nos sume en suave expansiones líricas. Poco después, tras el apogeo de los arres parisinos que entre nosotros dejó el Bataclán, irrumpen

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

en el terreno de la popularidad las melodías criollísimas de los Matamoros. "El que siembra su maíz", "Lágrimas negras" y otras muchas se escuchan por doquier, compartiendo honores con "Te odio" y "Frutas de El Caney", debidas a la inspiración de Félix B. Caignet.

¡Ay!, Aurora, me has echado al abandono
yo que tanto y que tanto te he querido,
confunde en ocasiones sus arpeggios con la invocación lírica:

¡Virgen de Regla!
Compadecete de mí..

Y el moderno género zarzuelero español se abre paso en la voz privilegiada de Augusto Ordóñez. La salida de Juan de "Los Gavilanes", la canción del platero de "La Parranda" y la romanza de "La del soto del Parral" se convierten en piezas ineludibles del repertorio de todos nuestros cantantes, aun de aquellos que sólo osan emitir el "do de pecho" debajo de la ducha.

La dura campaña contra el régimen machadista nos sorprende en pleno arrebató del tango argentino, glorificado por Gardel, que apenas nos concede tiempo para tararear el "Capullito de Alelí" y "Aquellos ojos verdes" o intentar algunos pasos del novel danzonete. Cuando llegamos al final de tan dura jornada, el himno triunfal de la revolución parece ser el populachero:

"Buche y pluma, ná más
eso eres tú, buche y pluma ná más"

Después... ¿para qué continuar? El movimiento social, económico y político que se ha desarrollado a la caída del régimen machadista, alcanzó igualmente los planos líricos y aún estamos dentro de su ciclo que también recordará en su día algún periodista del futuro.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



LAS MELODIAS CRIOLLISIMAS de los Matamoros.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

¡Qué Verano más Caluroso!

Por
Carlos Robreño

Son muchos los que opinan que las pruebas nucleares y los ensayos atómicos están ocasionando trastornos atmosféricos que pueden llegar a producir cambios radicales en las temperaturas de las distintas regiones.

Lo cierto es que aquel cubano de principios de siglo, enfundado en impecable drin cien, tocado con amplio jipijapa y agitando fuertemen-



te con su mano derecha el clásico abanico de guano, mientras ingería con deleite, sentado en uno de los cafés vecinos al Parque Central un gran vaso de champola de guanábana, ha desaparecido para dar paso a esa nueva versión de criolla guayabera o camisa de sports de chillones colorines que no puede vivir sin aire acondicionado.

No hace muchos años todavía, el "chaqué" o la levita cruzada era la prenda imprescindible para los acompañantes en un entierro, aunque éste se llevase a cabo en pleno mes de

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

agosto y el severo frac negro, con la alba camisa de pechera dura le daba a los asistentes a las bodas y a los expectadores a las salas de ópera aristocrática personalidad.

En la actualidad ¿qué compatriota nuestro se atrevería arrostrar, luciendo semejantes vestimentas, no solamente las furias caniculares, sino el impacto restellante de la criolla trompetilla?

¿Es que hay más calor ahora que antes? Tal parece ser la deducción de los que en la actualidad no podrían resistir la rigidez del cuello almidonado, y con una corbata de moda bien apretada con objeto de complementar la prestancia del saco de alpaca negro y los pantalones de dril blanco. Fué este, muchos años el sello de máxima elegancia masculina.

El sombrero de pajilla de ala ancha y el grueso bastón remataban la presentación de aquel cubano de entonces, que ya empezaba a prescindir del bigote coposo y lucía su rostro completamente rasurado, sin esos bozos incipientes que resurgieron después.

¿Y qué decir de los infinitos detalles de la vestimenta femenina? Sobre pantalones que con un lazo coquetón se anudaban casi sobre las rodillas, un refajo y una enagua preparaban el acomodo de la saya del vestido de calle que llegaba hasta los tobillos. ¡Oh, temerarios galanes que imprudentemente inclinaban exageradamente la cebeza para poder adivinar, más que contemplar, un pequeño espacio de seda calada negra que envolviendo sus hermosas pantorrillas dejaba al descubierto una dama al montar en un coche!

Y sin embargo, los termómetros no marcan en el presente más altas temperaturas de las que señalaban en aquel entonces en que los partes metereológicos los firmaba el Padre Gutiérrez Lanza, el Padre Carbonell y aquel Faquinetto guanabacoense que conocía la proximidad de los ciclones por la flexibilidad de los caramelos que fabricaba en su apacible rincón de la Villa de las Lomas.

Nosotros creemos, sinceramente que el calor es el mismo de siempre aunque se presenten años en que la canícula emerge con más vigor que en otras ocasiones. Mas si la columna mercurial sólo ha sufrido ligeras variaciones comparadas con las de estíos anteriores, lógico es pensar que lo que ha variado es el modo de combatir tales calores.

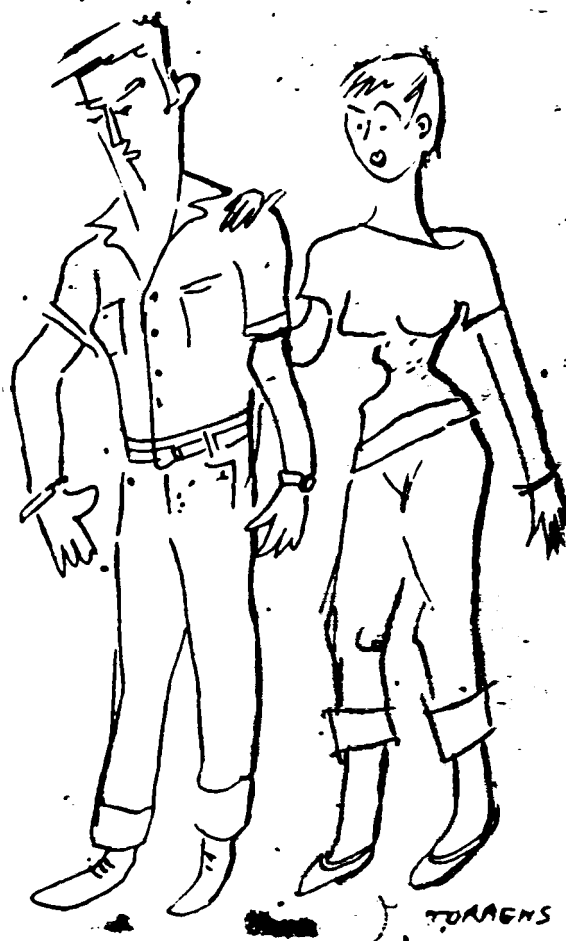
Existe gran diferencia de aquellas construcciones de la época colonial, con altos puntales y ventanas abiertas sobre calles que no conocían los rigores del asfalto caldeado por la frecuencia de tránsito motorizado a estas modernas construcciones de casa-apartamentos, bajitas, cerradas, aprovechando todo el espacio posible y distribuidas en una cantidad asombrosa de pisos que contrastan con las edificaciones de antaño, de planta baja y cuando más unas altas, con su imprescindible azotea que lo mismo servía para tender en ella la ropa, empinar papalotes o tomar el fresco en esas cálidas noches.

Muchos cambios en nuestra cotidiana existencia ciudadana podríamos citar en apoyo del tema de que el calor no ha variado, que acaso sea el mismo que hallaron los conquistadores hispanos cuando arribaron a nuestras playas y



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



que hay que buscar la justificación de esos sudores fatigantes en la transformación de una vida artificial en que la electricidad y en un futuro la energía atómica, sustituye a todos los privilegios que nos brinda la naturaleza.

¿Quiénes han Sido los Mejores?

Por
Carlos Robreño

Sergio Varona, para quien profesamos afecto fraterno, pero al que guardamos el respeto que inspiran sus largos años en el periodismo deportivo, ha colocado sobre la mesa de disección un tema que será motivo de muchos y muy variados comentarios por parte de críticos y fanáticos beisboleros.

El veterano cronista, después de hacer un recuento de los atletas que en un pasado más o menos remoto lucieron sus facultades en el diamante y teniendo en cuenta a los que en el presente han seguido aquellas huellas, se ha empeñado en llegar a una conclusión: ¿cuál fue el mejor team cubano de amateurs, a través de todos los tiempos?

Y a ese fin ha organizado una especie de "enquete", como se decía en pretéritas épocas bajo la influencia afrancesada o "survey" como se le denomina en este presente americanizado para conocer los distintos criterios que pueden existir sobre tan complicada materia, tratando de aunarlos en aras de una solución única, más o menos exacta.

La cuestión, como se nota a simple vista, resulta extensa y complicada. El hecho de que haya que volver los ojos a casi medio siglo atrás sólo le concede a la opinión de los jóvenes un relativo valor, del mismo modo que un "dilletanti" bisono no podría afirmar si Gavarre fue mejor tenor que Caruso, ni si estos dos superaron a Mario del Mónaco, por ejemplo. Por otra parte la diversidad de organizaciones de semejante tipo deportivo que han tenido vigencia en Cuba durante esas décadas dificultan con exceso dicha selección.

Por último, nosotros excluiríamos de tal equipo estelar a los atletas que posteriormente pasaron al profesionalismo teniendo oportunidad de lucir con más amplitud sus maravillosas facultades beisboleras, concretándonos solamente a los que limitaron sus actividades a un desinteresado base ball de bandería.

De no procederse a tan equitativa clasific-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ción ¿quién podría citar el nombre de otros players que disputaran el privilegio de la selección a un trío de outfielders integrado por Roberto Estalalla, de las filas cardenenses; Jacinto Calvo, que defendió el pabellón del "Vedado Tennis Club" y Roberto Ortiz, militante del equipo del "Hershey"? Los tres, además de una labor sobresaliente en nuestros campeonatos invernales, pueden lucir su espléndida hoja de servicio en los teams de las Grandes Ligas.

¿Y quién podría calzarse el guante de un Tomás Románach a la hora de elegir la mejor segunda base o el más estupendo short stop de las legiones aficionadas?

Para evitar las enormes diferencias que podrían observarse al someter a un análisis concienzudo la ejecutoria de unos y otros, no queda más remedio que someterse a las citadas limitaciones, aunque ciñéndonos a esas normas no podamos emitir nuestro voto a favor de un Pedro Dibut, un Silvino Ruiz, un Conrado Marrero, un "Jiquí" Moreno o un Agapito Mayor, a la hora de señalar los mejores lanzadores.

Ajustándonos a los preceptos señalados por nosotros, al elegir al mejor receptor de los que practicaron siempre el amateurismo, desde el principio al final de su carrera atlética, nos detenemos en dos nombres: Antonio Castro, que jugó del "Policia" y Miguelito Aguilera, lompista y más tarde caribe universitario, decidiéndonos por el segundo, apesar de que en ocasiones sostenía vivas discusiones con sus lanzadores.

Cándido Hernández nos luce sin contrario en el territorio de la primera base y si un rival pudiera presentársele, ese sería Juan Ealo, el fornido "Espinaca", actualmente en funciones de comentarista radial. Arturito Hovos ofreciase como un brillante prospecto, aunque no actuó suficiente tiempo para poder comparar sus cualidades con las de otros inicialistas.

Si para escoger al mejor defensor de la segunda almohadilla se atiende únicamente al aspecto defensivo, nuestros sufragios son para Raúl del Monte, el camarero vedadista de otros tiempos, pero ¿cómo olvidarnos de Rafaelito Inclán quien figura, a nuestro juicio, entre los tres primeros bateadores amateurs de todas las épocas?

Entre los antesalistas nos hubieramos decidido por Octavio González, si una breve actuación en el "Habana" que dirigía Rafael Almeida y otra todavía más breve en el "Boston" de la Liga Nacional no lo imposibilitara de integrar el equipo estelar de un amateurismo integral. En ese caso, el nombre de Daniel Blanco, el gran infielder universitario de cuya trágica muerte fuimos testigos, emerge triunfador en la selección de la tercera base. Un short stop único: "Quilla" Valdés.

Al aventurarnos por los jardines de extramuros presentariamos como un indiscutible "trío de Ases" el integrado por "Bebito" Suárez, estrella de estrellas en el territorio derecho; a Porfirio Espinosa, seguido por Charles Pérez, en el campo central y a Ramiro Seigle en la parte izquierda, si este notable atleta no tuviera entre su actuación en las filas del Club Atlético de Cuba y más tarde en el "Vedado Tennis" un paréntesis profesional durante el cual vistió las rojas medias del "Habana" y las no menos



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

rojas del "Cincinnati". Ese puesto se lo reservamos al anaranjado Manuel Lara, cuyo out en el noveno inning del juego decisivo del campeonato de 1917, en Oriental Park, entre "Vedado Tennis Club" y "C. A. C." dió lugar al fogoso incidente que mantuvo alejadas deportivamente a través de muchos años a estas dos prestigiosas sociedades.

Y hemos dejado para la etapa final a los lanzadores. Aplicando el mismo criterio que hemos tenido en cuenta para escoger el resto del team, habremos de indicar a José Morcate, "Toñito" Casuso y Héctor Rocamora, entre los derechos y al actual Fiscal de la Audiencia habanera, Martín Junco y a Narciso Picazo, zurdos, como los mejores pitchers iniciados y finalizados en el campo del amateurismo cubano.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Cositas Antiguas

Una Habana Que se va: El Teatro de La Comedia

Por Carlos Robreño

Todo está ultimado para comenzar la demolición del edificio situado en una legendaria esquina habanera, en la cual, a través de medio siglo, siempre se levantó un escenario con objeto de brindar a la población capitalina un espectáculo teatral.

Cierto es que en sus comienzos, el tablado levantado en dicho lugar no fué templo donde se adorara a Talía en su más pura y honesta acepción. En tan pequeño coliseo se rendía culto a un género drolático, inferior en calidad al del "Molino Rojo" y desde luego al de "Alhambra". En la fachada, sobre la amplia arcada se leía un grueso letrero que daba nombre al teatro: "Chantecler". Así se aprovechaba la efervescencia popular que en el mundo artístico había producido la última obra de Edmundo Rostand, el académico autor del "Cyrano de Bergerac".

Pequeñas obritas que pretendían ser de índole vernácula alternaban con las distintas coupletistas que en pleno apogeo del género invadían La Habana, pues del clamoroso éxito de la "Chelito", pero "Chantecler" no tuvo muchos años de duración y terminado el periodo electoral, época en que se conceden determinadas libertades, a fines de 1912 cerraba sus puertas convencidos sus empresarios de la inutilidad del esfuerzo.

Poco tiempo después, tras algunos detalles decorativos de remozamiento, con el sugestivo nombre de "Heredia" se levantaba un nuevo escenario, mas en esta ocasión para servir de marco a dos géneros españoles que se complementan: la zarzuela grande y el género chico.

Por las noches, durante toda la semana, alternaban en las carteleras los divertidos sainetes: "La Verbena de la Paloma", "La Revoltosa", "El Santo de la Isidra", "Cañamonera", "El bateo", "La leyenda del monje", "Enseñanza Libre" y tantas otras joyas de ese gusto repertorio, mientras los domingos, en tanta vespertina, subían al palco escénico las producciones líricas en varios actos que sirvieron a Arrieta, a Chapí, a Gaztambide, Cabañero, a Márquez y demás compositores zarzueleros para escalar las gradas de la fama.

Y los habaneros de aquella época aplaudieron "Marina", "La Tempestad", "Jugar con

fuego" y "El anillo de hierro", interpretadas por las voces del polifacético "Pepe" del Campo que asumía el rol de tenor, del barítono José Martorell y del bajo "Cañón" Mijares, en tanto Emilia Rico daba vida a las responsabilidades de la soprano y la graciosa Luz Barrilaro, que aquí se casó con Martorell, llenaba el cometido de las triples cómicas. Bajo la hábil dirección de Pedro Mario, aquel conjunto farandulero rindió una larga y fructífera temporada que los capitalinos que ya peinan canas recuerdan todavía con cierta nostalgia.

El ciclo histórico de la zarzuela y el género chico parecía llegar a su fin en el coliseo situado en la esquina de Animas y Zulueta, pero Talía recogió la abandonada bandera con objeto de hacerla flamear de nuevo agitada por otras brisas. Eran las de la comedia.

Y fué ese nombre el que sustituyó al de Heredia, como antes éste había hecho lo mismo con el de "Chantecler" en el frontispicio del viejo teatro. Alejandro Garrido, un aplaudido actor español que ya echara raíces en nuestro suelo y que fué ídolo del público habanero cuando en "Albisu" daba vida al recio personaje de

"Eleuterio", de "La Cara de Dios", conjuntó un elenco con artistas del patio y peninsulares a fin de cultivar el género que dió nombre a Benavente, a Linares Rivas y a los hermanos Quintero.

Figura principalísima de ese elenco era nuestra gloriosa Enriqueta Sierra, que alternaba en su labor con otra gran actriz: Pilar Bermúdez, mientras Celia Adams se presentaba como dama de carácter y la ya fallecida Rosa Blanch se nos mostraba estupenda característica.

El sector masculino estaba cubierto por el propio Garrido, Daniel González, Manolo Adams y "Manolo" Martínez Casado, padre de Marta, Luisa, Juan José, Luis Manuel, Víctor y Mario, a los cuales

hemos conocido después en sus actividades teatrales, radiofónicas, cinematográficas y de televisión.

Triunfal temporada fué aquella que se prolongó durante varios años y a través de la cual subían a escena, dos veces por semana, distintas obras. Y si un martes los asiduos concurrentes al pequeño coliseo se conmovían presenciando un drama de Echegaray o de Tamayo y Bau, al viernes próximo se desmorecían de la risa que le producían las escenas es-

critas por Arniches o Muñoz Seca.

Tal ductilidad y capacidad de trabajo causaban la extrañeza de los "cómicos" de otras latitudes que llegaban procedentes de otros lugares donde montar semejantes obras requería hasta meses de escrupulosos ensayos. Ciertamente que en tan victoriosas batallas libradas desde la escena, había también un héroe anónimo, como sucede en muchas jornadas teatrales, el apuntador escondido detrás de la concha. En este caso, era Antonio Castell, nuestro viejo amigo ya fallecido, también autor teatral de fuste y creador de los popularísimos personajes radiofónicos "Chicharito" y "Sopeira".

El desgaste natural que los años infligen a todo empeño trajo la desintegración del esforzado grupo artístico, algunos de cuyos integrantes quisieron probar nueva fortuna en otro pequeño teatro recién construido en la calle de Consulado y una vez más, el coliseo de Animas y Zulueta vió sus carteleras

cubiertas de papeles blancos por no poder ofrecer ningún espectáculo.

Pero un empresario cubano: Luis Estrada que ya había realizado una afortunada negociación cuando traspasó su concurrido cine "Fausto" a la firma pelicular "Paramount", quiso correr una nueva aventura en esos trajes teatrales, a pesar de que la construcción del pequeño teatrico "Margot", en la calle del Prado y la importación de la compañía de Margarita Robles no le habían proporcionado éxitos económicos. Y se dió mano a la obra de construir un pequeño coliseo exclusivamente para comedias, de limitadas proporciones al estilo europeo, pero haciendo caso omiso de ese democrático tipo de localidad que es la tertulia, gallinero, guanajera o paraíso que, en verdad, no rinde grandes utilidades en el orden financiero, pero que sirve para dar calor al espectáculo que se representa.

Así se inauguró el "Principal de la Comedia", habiéndose traído desde España para tan resonante acontecimiento artístico la compañía de María Palou, dirigida por el poeta y dramaturgo Felipe Sassone.

Tarea improba sería mencionar prolijamente las grandes figuras del arte escénico del habla castellano que por el escenario del "Principal de la Comedia" desfilaron a través de varios años, pero baste sólo citar que Mimi Aguglia, trabajando en español, Margarita Xirgu, María Tubau, la Herrero, Eugenia Zuffoli, Amparo Segura, Paulina Singerman, Pepita Díaz y otras, recibieron las efusivas demostraciones del público desde ese tablado en el cual fueron representadas no sólo las mejores producciones escritas en la lengua cervantina, sino igualmente aquellas extranjeras, como "El Proceso de Mary Dugan", "Topacio", estupenda sátira de Marcel Pagnol, y "La Prisionera", atrevida creación de Boudet que tradujera con singular esmero nuestra antigua compañera Mary Munne.

Fué también ese el marco en que deseabábase triunfalmente hasta alcanzar las cimas de la popularidad, Rafael López Somoza, al cual la Habana le sirvió de triunfal escala ascendente.

Aunque dedicado, desde luego, al género de comedia,

el "Principal" también abrió sus puertas a otros conjuntos como el del género vernáculo de Garrido y Piñero, y a la compañía de Casas que cultivaba un teatro picaresco, mostrando como su mejor producción "Las Leandras", y asimismo sobre tal escenario, Miguel de Grandy estrenó, con un reparto excepcional, la famosa "Luisa Fernanda", considerado como el más clamoroso éxito zarzuelero de los últimos lustros.

Y todo ese pasado artístico, poblado de sombras gloriosas, desaparecerá de un momento a otro, víctima de la piqueta demoledora de los tiempos modernos, para dar paso a un amplio parqueo de automóviles. ¡Talla arrojada de su templo por un Sedán, de último modelo, con un motor de trescientos caballos de fuerza!



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



FACHADA DEL EDIFICIO que a través de su historia artística, ostentó varios nombres, siempre relacionado con trajes teatrales y que próximamente desaparecerá al influjo de las necesidades de la vida moderna.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



VISTA DEL parqueo de automóviles instalado en Animas y Prado, que dentro de poco tiempo se extenderá hacia la esquina de Zulueta, después de ser demolido el edificio del Teatro Principal de la Comedia sepultando entre sus escombros todo el pasado artístico que entre sus paredes encierra tan venerado templo de Talía.

La Acera Del Louvre

m. 11 oct. /57.
Por

Carlos Robreño

Uno de los lugares habaneros más característicos de la postrera etapa de la época colonial y de los primeros años de la República, fué, sin duda alguna la histórica Acera del Louvre.

Por sus amplios portales, la mitad de ellos al descubierto durante muchos años, aún parecen vagar como sombras gloriosas, aquella grey juvenil que primeramente fué llamada los "tacos del Louvre"—¡oh, días lejanos de la célebre batalla del "ponche de leche"—y que más tarde con el título de "muchachos de la Acera" fué conocida del uno al otro confín de la isla.

Mozos pertenecientes a familias distinguidas de esta capital, escogieron tan céntrico lugar para sus diarias reuniones en que siempre a flor de labio, salían a relucir chistes, anécdotas y aventuras galantes, aunque en ocasiones, una palabra mal entendida podía ocasionar un lance caballeresco entre los propios miembros de tan simpática colectividad.

Pero en medio de tanta frivolidad no olvidaban sus deberes patrióticos y al socaire de las autoridades españolas la conspiración batía sus alas independentistas en derredor de aquellas recias columnas de la cubanísima Acera del Louvre.

Y tanto los "tacos" de una generación—Julio y Manuel Sanguily fueron sus más hermosos exponentes—como los "muchachos" que le sucedieron cronológicamente, cuando Cuba los llamó a pelear por la libertad, inicialmente en el decenio de Yara y más tarde, al conjuro del verbo cálido de Martí, tras el fracaso del Zanjón, no regatearon su esfuerzo y supieron marchar a la maniagua heroica a ocupar su puesto de honor.

De las escenas que se han desarrollado, a través del tiempo, bajo los portales de la legendaria Acera del Louvre han llegado algunas hasta nosotros, envueltas en los cendales de la referencia paterna, como aquella que tuvo lugar durante la tregua que transcurrió de Baraguá a Baire, de la cual fueron protagonistas dos leales adversarios. El general español Santocildes y el bravo Antonio Maceo.

Tras el caballeroso estrechón de mano, el militar hispano luciendo vistoso uniforme y el valiente mambí, de correcta levita inglesa y espejeante sombrero de copa, recordaron con mutuo respeto, combates pretéritos, hazañas que ya parecían perderse entre la bruma del recuerdo. Mas acaso en el pecho de cada uno de ellos se anidaba el presentimiento de que en un futuro próximo se habría de reeditar tan bélicos pasajes, como al cabo ocurrió en Perales, la gloriosa acción por las armas cubanas, donde perdiera la vida el citado Santocildes, mientras Martínez Campos se salvaba milagrosamente de caer prisionero.

En aquella época ya había prendido en la población habanera el entusiasmo por el base ball, deporte que acababan de poner en práctica los norteamericanos y que prontamente se arraigó en estas latitudes, sirviendo a la vez para que aquella juventud que habría de echar sobre sus hombros las responsabilidades de la próxima campaña épica se ejercitara físicamente sin levantar grandes sospechas de los gobernantes coloniales.

En el primitivo "Almendares Park"—Carlos III y Ayestarán—se efectuaron reñidos desafíos entre los teams "Habana", "Almendares" y "Fe", cuyo color emblemático era el carmelita. Tales equipos estaban integrados por jóvenes de buena familia que actuaban desinteresadamente, sin espíritu de profesionalismo y entre esos atletas destacábase, entre otros procedentes también de la Acera del Louvre, el popular Carlos Maciá.

Figura mimada de la sociedad capitalina, de-



UN GRUPO DE "muchachos de la Acera del Louvre" que no fue remiso a cumplir sus patrióticos deberes. Alfredo Arango que terminó la guerra como ayudante del general Calixto García; Pedro Mazorra, perteneciente también a las filas del Ejército Libertador; Carlos Maciá, que alcanzó el grado de coronel y a quien nos referimos especialmente en esta crónica; Morán; Bernardo Soto Estorino, náufrago del "Hawkins", expedicionario del "Bermudas" y muerto más tarde, en acción de guerra, en Las Villas y Ramón Hernández, igualmente soldado de la independencia.

portista de excelentes facultades físicas, Carlitos Maciá se convirtió prontamente en jugador de estelares proporciones, al extremo de haber sido el primer pitcher que en Cuba le propinara un juego de "no hit, no run" a los contrarios, al mismo tiempo que como bateador ostentaba el privilegio de no haber sido "ponchado" jamás.

No obstante, una tarde en un match celebrado en el yumurino "Palmar del Junco" entre el "Almendares" y el club de la localidad, Maciá sufrió tal descalabro, que aquella noche, en una de las columnas de la Acera del Louvre fué fijado, entre orlas de luto, un telegrama procedente de la Ciudad de los Dos Ríos, dando cuenta de la fatal noticia, en tanto los amigos y simpatizadores del brillante atleta desfilaban ante aquel breve pedazo de papel con lacónica explicación con la misma conmovida expresión que pudiera hacerse en derredor de un túmulo recientemente alzado.

Un buen día, a pesar de hallarse la capital en plena temporada carnavalesca, cesó repentinamente el alegre bullicio de la muchachada que diariamente discurría por aquellos amplios portales. Desde el heroico Oriente llegaban noticias de que en la abrupta región había reiniciado la lucha que preconizara Martí y que todos los cubanos aguardaban ansiosamente. Y aquellos jóvenes divertidos, que gozaban de buena posición, pero que habían jurado no faltar al juramento de honor, se dispersaron y procuraron ponerse fuera del alcance de las garras del implacable Trujillo Monagas, mientras esperaban el momento de poder lanzarse directamente a los campos de la libertad o embarcarse hacia el extranjero, regresando más tarde en alguna expedición bélica.

Tres largos años permaneció triste, desierta y silenciosa la histórica Acera del Louvre, aunque quizás cualquier observador avezado habría podido adivinar cierto estremecimiento de júbilo en sus recias columnas cada vez que hacia la capital se filtraba alguna noticia en relación

con determinada acción favorable a las armas mambisas.

Y la hora del triunfo espléndido llegó. Y la Acera del Louvre se engalanó para recibir como se merecían a los bravos muchachos que volvían con unas cuantas hebras de plata en su cabeza y unas cuantas cicatrices gloriosas en sus cuerpos, para saturar nuevamente de alegría los hasta entonces solitarios portales. Lástima que ese júbilo se viera conturbado con el alevoso ataque del batallón de "Colón", en los días de la evacuación española, que costó la vida al joven Sotolongo Lynch, acaso el último cubano que moría por la Independencia, después de terminadas las hostilidades.

De la Acera del Louvre de los tiempos republicanos nosotros alcanzamos sus postreros instantes. Era una Acera en la que se mezclaban los "muchachos veteranos"—valga la paradoja—con los bisoños que llegaban a dicho lugar atraídos por la leyenda y ávidos de perpetuar entre las gruesas columnas la sana alegría de una nueva generación. Era, en fin, una Acera del Louvre que aún conservaba como orgullosa tradición la fama de sus "limpiabotas" y la celebridad de sus coches de alquiler: aurigas presuntuosos, carruajes con reflejos brillantes y corceles piafantes. Era una Acera del Louvre donde por la noche, a la salida de los teatros vecinos, la sociedad habanera se reunía en los salones del "Inglaterra", "El Cosmopolita" y "El Telégrafo", antes de retirarse a su casa.

Era una Acera del Louvre, en fin, que como las torres que cantara el poeta se rendían al peso de los años. Había cumplido su ciclo histórico y tendía a desaparecer, pues aunque sus amplios portales y sus recias columnas aun no han sufrido el impacto de la piqueta demoleadora, los pequeños comercios y otras clases de establecimientos ubicados en los edificios que fueron los más lujosos hoteles y restaurantes de La Habana, la han despojado de aquel espíritu romántico y patriótico de otras épocas que solamente recuerdan unas placas bronceadas colocadas en algunas de sus paredes.



Adios a “



Paisaje de Fernando Gu

La Habana, Domingo 29 de Diciembre de 1957.—9
 los bellos cuadros expuestos.



El salón de pintura y es-
 cultura abierta recientemente
 en el Círculo de Bellas Ar-
 tes, constituye un nuevo éxi-
 to de la institución.

Desde hace algún tiempo
 la prestigiosa galería ha des-
 arrollado una intensa activi-
 dad orientada a la mayor di-
 vulgación y conocimiento del
 público de la producción ar-
 tística cubana.

De ese modo ha propicia-
 do diversas exposiciones de
 obras de varios pintores y
 Salones de pintura y escul-
 tura, en los que han figura-
 do conocidos pintores y es-
 cultores.

Con este Salón venta pas-
 cual, que así se denomina,
 sus organizadores, miembros
 del Círculo de Bellas Artes,

resantes paisaje
 ciones muy ap
 su calidad pictó

Numeroso pul
 tado la exposic
 adquirido un b
 de cuadros.

También pue
 plarse óleos, gou
 relas muy finas
 en su expresión
 Teresa Suárez, E
 nne Castillo, U
 zo, Andrés Tor,
 González, Ovidio
 nuel Oliva, Fra
 Manuel Dueñas,
 rico de Córdova
 darejo, Isabel D
 Raúl San Migu
 Gutiérrez, Antor
 María Trujillo, I
 sia. Marko Llanc

ALMENDARES PARK



Adios a "Almendares Park"

Por Carlos Robreño

"Las torres que desprecio al aire fueron a su gran pesadumbre se rindieron".

Así cantó el poeta y este proceso inevitable que en el ser humano va desde la cuna a la tumba, alcanza también a las cosas.

El histórico "Almendares Park" no podía ser desde luego, la excepción.

Al influjo avasallador del urbanismo y el progreso, desapareció aquel glorioso escenario de tantas y tantas hazañas deportivas. Cierta es que por aquella época, mediados de 1915, la situación económica cubana era en extremo precaria. Por otra parte, nuestro entusiasmo por el base ball, después de las brillantes campañas contra los teams de Liga Grande parecía que empezaba a declinar, a pesar de que entonces surgían nuevos y valiosos atletas que habrían de ofrecer en el futuro brillantes demostraciones.

Como en aquella época se vencía el contrato de arrendamiento de que disfrutaba el conocido deportista Eugenio Giménez, sus propietarios, los hermanos Zaldo aprovecharon la ocasión para no renovarlo y parcelar dicha extensión de terreno con fines urbanísticos.

¡Así desapareció "Almendares Park", sepultando bajo sus escombros todo un pasado glorioso!

No fueron esos grounds cuna del base ball cubano, pues tal privilegio estuvo reservado a los terrenos del club "Habana", situados en la calle Linea, en el Vedado, en la manzana donde hoy se ha levantado el Hospital Municipal de Maternidad y en uno de cuyos parques aledaños se ha erigido un busto de Emilio Sabourin con objeto de recordar a las generaciones venideras el nombre de quien fuera gran deportista y abnegado patriota, ya que sabido es que murió por la libertad de Cuba en las oscuras mazmorras de un presidio africano.

Pero si ese "Almendares Park", ubicado en el ángulo de terreno que forman las calzadas de Carlos III y Ayestarán, en cuyo vértice existía un viejo caserón que en tiempos del general Wood se convirtió en Laboratorio Na-

cional, no pudo ostentar el orgullo de haber disfrutado de las primicias de nuestro base ball, podía sin embargo vivir satisfecho de que sobre su histórico diamante realizaron dos generaciones de atletas cubanos dedicados a dicho deporte sus más emocionantes hazañas y muchas de las más grandes figuras norteamericanas clavarón los spikes de sus zapatos sobre su verde césped.

En tiempos de la colonia, cuando sometidos al yugo esclavo del tirano en el pecho de todo cubano palpitaba el ansia infinita, pero mantenida en secreto de librarse de aquellas cadenas ignominiosas, los terrenos de "Almendares Park" servía para que con pretexto de practicar tal deporte una juventud mantuviese sus músculos rosados en espera del hermoso día que al viejo conjuro de la palabra de Martí habría de correr a nuevo los cubanos a la redención para conquistar su libertad con el uso del machete. Así sucedió en el día de los sucesos, en el que el base ball cubano surgió a la causa de la independencia gracias a las más destacadas figuras.

Y aquellas monas rojas y azules que a la terminación de cada game, las damitas madrinas de los teams prendían del pecho del atleta más sobresaliente del día representaban también un homenaje, que las autoridades españolas no adivinaban, a los colores de la bandera que más tarde habría de flotar al aire victoriosamente en la carga épica. De ambas maneras: material y espiritualmente, el base ball brindaba su aporte valioso al común ideal de redención.

En los días azarosos de la guerra iniciada en Baire, "Almendares Park" cerró sus puertas al clásico deporte. Permaneció esperando en silencio el regreso triunfal de los que un día abandonaron el bate y la mascota del pelotero, desde Méndez hasta Miñoso, tantas horas un soldado de la Libertad.

Y llegó el dorado instante. Cierta es que la victoria de las armas cubanas se veía un tanto opacada por un proceso de ocupación militar norteamericana, pero ya habíase roto el yugo del coloniaje y la independencia absoluta era, sin duda alguna, una realidad cercana.

Tras un triunfo al cual habían cooperado con igual denuedo y abnegación los blancos y los negros no podían existir barreras discriminatorias de ningún género y el base ball cubano, mucho antes que el norteamericano, fue quien dió ese paso al frente en el problema de igualdad racial. Por la amplia puerta de "Almendares Park" hicieron su entrada los atletas de piel oscura que después, en el futuro, desde Méndez hasta Miñoso, tantas horas de gloria habrían de ofrecer a Cuba.

Y los históricos grounds siguieron siendo escenario de notables hazañas y brillantes campañas. Las promociones juveniles creadas por Mr. Early, primeramente que constituyó aquel "Almendares" tan cubanísimo y los "Canillitas rojos", que organizó Almeida después. Los 27 escones consecutivos de Méndez al "Cincinnati"; el "no hit" en 11 innings de Pedroso al Detroit de la Liga Americana; las derrotas a manos criollas de aquellos invencibles Elefantes Blancos del Filadelfia que acababan de alcanzar el Campeonato Mundial; el apogeo de Marsans y Almeida; el nacimiento deportivo de Luque, Miguel Angel González y C. Góbal corriente, tres figuras cimeras del base ball cubano y tantos reñidos campeonatos agrados por fuertes "trabucos".

Todos esos hechos brillantes, todas esas hazañas que un día hicieron palpitante de emoción el corazón de nuestros fanáticos quedaban detrás, recogidos indudablemente con letras de oro por el libro de la Historia. Mas lo cierto es que "Almendares Park" desaparecía y dejaba a la Habana, la gran capital deportiva sin unos grounds dignos de tal nombre que sirvieran de marco a las demostraciones de sus grandes figuras pelotileras.

No obstante, a pesar del tiempo transcurrido, cuando un viejo habanero transita por tales lugares ya urbanizados, entrecierra los párpados y al compás de los recuerdos ve vagar sombras gloriosas de nuestro pasado beisbolero y oye los ecos, quizás algo apagados de una ovación. Es acaso la multitud que todavía aplaude a Julián Castillo, porque con un soberbio batazo se llevó de aire las cercas de las gradas de sol.

OFICINA DEL HISTORIADOR

OFICINA DEL HISTORIADOR

REINA POR UNOS MINUTOS, UN POR MUCHOS

Por Jorge L. Martí

Hace algunas noches se presentó ante las cámaras para ser observada por miles de televidentes en uno de esos programas destinados, de acuerdo con la moral cristiana, a socorrer al necesitado, una mujer de aspecto agradable, de pelo cano y de obesa humanidad, dejando adivinar, a través de los cristales de sus espejuelos el brillo de unos ojos, que acaso un tanto opacados por el paso de los años, conservaban algo de aquel fulgor que entusiasmará a los habaneros de otras épocas.

Aunque de modesta presentación, iba humildemente a aspirar al honor de ser "reina por unos minutos", no con objeto de satisfacer una necesidad propia, sino de docenas de enfermos que padeciendo del mal de Lázaro viven dentro de los límites de una finca cercana a la capital, pero alejada de la sociedad, convertida en hospital. Ellos en tal aislamiento anhelaban tener a su disposición un proyector de películas cinematográficas, a fin de buscar en determinados momentos una distracción que alejara de sus espíritus la honda tristeza que produce en todo ser humano una dolencia incurable.

Quien acudió allí, piadosamente, a optar por el título de "Reina por unos minutos" era sencillamente, quien hace algunos lustros, fue Reina durante muchos años, ocupando el trono de la escena teatral cubana, mientras miles de admiradores sea postraban de hinojos ante su belleza femenina y sus excepcionales dotes artísticas de incomprensible procedencia, pues no fueron heredadas, ni adquiridas en academia alguna.

Y Luz Gil —de ella estamos hablando— la cos, el carácter bastante brusco, acaso cerril de la "Mejicana", como en seguida le apodaron sus compañeros artistas, resultaba pintoresco y se le observaba con cierto interés cuando se le señaló como obra de debut en la catedral del género vernáculo un sainete de Manuel de Mas y Antonio López de Loyola —el popular "Calvo" López—, titulado "Los habitantes de la Luna".

Tropezóse entonces con una gran dificultad. Sabido es que al empezar los ensayos musicales de una obra próxima a estrenarse, se acostumbra a repartir entre las figuras líricas que han de interpretar dicha partitura los papeles en que está escrita la letra —los cantables, como se dice en el argot teatral— de lo que ha de entonarse y estos artistas agrupados durante las primeras sesiones en torno del

presidente Dwight D. Eisenhower está dando al extraordinario ejemplo de un gobierno que es más democrático que los sectores de la ciudad al enfrentarse con los minoritarios, intransigentemente racistas del sur Estados Unidos, con todos los recursos constitucionales a su disposición.

El incidente de Little Rock, sin duda, por un dramatismo, tiene implicaciones que sobrepasan los límites de ese villorrio de los del estado de Arkansas, para involucrar a toda la región meridional de los Estados Unidos y aún al país entero.

El gobernador Orval E. Faubus, que ha pretendido el que nada menos que desobedecer una decisión de la Suprema de los Estados Unidos, alegando derechos esenciales y resistirse a una orden expresa del juez federal del distrito, Ronald N. Davies, dispuso se protegiese a los ciudadanos negros en su intento de concurrir a la Escuela Central Superior de Little Rock.

El juez Davies daba esa orden, parado no sólo por la historia de la Corte Suprema que dispone la integración, sino también en aplicación concreta de una resolución del Buró de Educación donde se comenzase a integrar la Escuela, el 3 de octubre, el programa de integración escolar.

En respuesta del Gobernador, como es bien conocido, rodear la Escuela con tropas de la Guardia Nacional —o sea, con las tropas federales que están bajo la autoridad del Gobernador—. El presidente Eisenhower llamó al gobernador Faubus a New

Rhode Island, donde estaba veraneando, y le dijo que permitiese el acceso de los estudiantes negros

tales que había situado alrededor de la Escuela Central Superior, para impedirle el acceso a los estudiantes negros; pero no empleó la misma fuerza para proteger esos ciudadanos en sus derechos, con lo cual éstos quedaron a merced de los amotinados, quienes les atacaron e impidieron asistir a la escuela.

Era esa una nueva maniobra para burlar la decisión federal, y el presidente Eisenhower adoptó, en última instancia y cuando no había otra alternativa que permitir la burla de la ley o imponerla por la fuerza, la histórica decisión de enviar tropas federales a Little Rock. Esas tropas fueron allí en defensa de la Constitución.

Ahora son los gobernadores del Sur los que están preocupados. Se han reunido en Savannah, Georgia, dieciséis de ellos y han nombrado una delegación de cinco para que entrevisten con el presidente Eisenhower a fin de gestionar la retirada de las tropas federales. Se habla de crisis en las relaciones entre el gobierno federal y las soberanías estatales; y es cierto, sólo que esa crisis ha sido provocada por la desobediencia estatal a un fallo de la Corte Suprema federal.

Es obvio que hoy lo que debate no es un problema jurídico, sino psicológico. Toda la jerga leguleya de los voceros del estatismo es una máscara para ocultar el deseo de mantener la opresión sobre la minoría negra, impedirle el acceso a la cultura y repicarle después su atraso y miseria.

El dramatismo de la situación, sin embargo, no delata el otro aspecto de la cuestión: salvo algunos espasmos locales, la integración escolar se es-

Habana, Domingo 29 de Septiembre de 1957

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

REINA POR UNA HORA QUIEN FUERA REINA POR MUCHOS AÑOS

Por Carlos Robreño

Hace algunas noches se presentó ante las cámaras para ser observada por miles de televidentes en uno de esos programas destinados, de acuerdo con la moral cristiana, a socorrer al necesitado, una mujer de aspecto agradable, de pelo cano y de obesa humanidad, dejando adivinar, a través de los cristales de sus espejuelos el brillo de unos ojos, que acaso un tanto opacados por el paso de los años, conservaban algo de aquel fulgor que entusiasmará a los habaneros de otras épocas.

Aunque de modesta presentación, iba humildemente a aspirar al honor de ser "reina por unos minutos", no con objeto de satisfacer una necesidad propia, sino de docenas de enfermos que padeciendo del mal de Lázaro viven dentro de los límites de una finca cercana a la capital, pero alejada de la sociedad, convertida en hospital. Ellos en tal aislamiento anhelaban tener a su disposición un proyector de películas cinematográficas, a fin de buscar en determinados momentos una distracción que alejara de sus espíritus la honda tristeza que produce en todo ser humano una dolencia incurable.

Quien acudió allí, piadosamente, a optar por el título de "Reina por unos minutos" era sencillamente, quien hace algunos lustros, fue Reina durante muchos años, ocupando el trono de la escena teatral cubana, mientras miles de admiradores sea postraban de hinojos ante su belleza femenina y sus excepcionales dotes artísticas de incomprensible procedencia, pues no fueron heredadas, ni adquiridas en academia alguna.

Y Luz Gil —de ella estamos hablando— la esplendente figura del teatro vernáculo, la mujer bella de otros días, el alma piadosa escondida entre las morbideces de un cuerpo escultural que la llevaba a repartir, cuando por sus manos corría oro de una próspera época de nuestra historia, unas cuantas monedas entre los desheredados de la fortuna que a ella acudían; la que ya cuando vió asomar a su cabellera las primeras hebras de plata prohió a una niña de pocos años con objeto de educarla e instruirla dentro de un ambiente decoroso; la que, desde un día que observó en sus manos un pasajero mal, prometió —y lo ha cumplido siempre—, proporcionarle a los que no alcanzaron su misma suerte, un socorro o un rato de esparcimiento; Luz Gil, en fin conquistó, ya en el otoño de su vida, una satisfacción más honda seguramente que la que le producían en su pasada juventud los aplausos con que premiaban su labor artística y los requiebros y halagos que provocaba su esplendida hermosura. Era proclamada "Reina por unos minutos" en un moderno programa de Televisión y había conseguido el proyector cinematográfico que ansiaba para unos desdichados enfermos.

Nativa de las vecinas tierras mexicanas, desde la sonriente Veracruz, Luz Gil vino a Cuba muy joven, cuando apenas habían asomado en ella los inconfundibles síntomas de la pubertad. Poseedora de una bella y fresca voz, alguien al oír la incidentalmente cuando actuaba en la escena del teatro "Molino Rojo", donde se cultivaba el género drolático, aunque de menos categoría que en "Alhambra", la recomendó a la empresa de este último coliseo y tanto Regino López, como Federico Villoch, tras una pequeña prueba aceptaron la recomendación, convencidos de que había caído en sus manos un diamante sin tallar, pero joya valiosa al fin.

Sin haber pasado en su niñez por aulas docentes, ni más tarde por salones aristocráticos, el carácter bastante brusco, acaso cerril de la "Mejicana", como en seguida le apodaron sus compañeros artistas, resultaba pintoresco y se le observaba con cierto interés cuando se le señaló como obra de debut en la catedral del género vernáculo un sainete de Manuel de Mas y Antonio López de Loyola —el popular "Calvo" López—, titulado "Los habitantes de la Luna".

Tropezóse entonces con una gran dificultad. Sabido es que al empezar los ensayos musicales de una obra próxima a estrenarse, se acostumbra a repartir entre las figuras líricas que han de interpretar dicha partitura los papeles en que está escrita la letra —los cantables, como se dice en el argot teatral— de lo que de entonces y estos artistas agrupados ante las primeras sesiones en torno del

autor de la partitura o del maestro de ensayos que lentamente sobre el teclado, imprime sonoridad a las notas escritas en el pliego pautado mientras los cantantes van injertando en la melodía las palabras escritas en el papel que se les ha proporcionado.

Luz Gil, poseedora de exuberante belleza en lo físico, como de un noble corazón en lo espiritual según ha podido demostrar con el tiempo; dueña de una voz privilegiada y sintiendo palpar en su seno innatas cualidades histrionicas, carecía sin embargo de la más elemental instrucción. Y tímidamente, quizás avergonzada, minutos antes de comenzar el primer ensayo de "Los habitantes de la Luna" tuvo que confesarle al maestro Jorge Anckermann aquel secreto.

El fecundo compositor, hombre de mundo, dióse cuenta de la situación y ante la extrañeza de todos los que se disponían a realizar el primer ensayo, cambió el sistema, se convirtió en un apuntador musical anticipando de viva voz el texto del cantable y rítmicamente exclamó:

*"Oye mi clave, sonora,
oye mi clave:
el encanto que atesora,
es dulce y suave..."*

Tras su triunfo lírico en la primera obra que se presentó sobre el escenario alhambrero, los autores que allí cultivaban con singular acierto el sainete, creyeron advertir en la joven debutante otras facultades y a fe que no se equivocaban. Desde los tiempos de Elvira Meireles, en aquellos gloriosos "bufos", jamás una artista, según el decir de los que alcanzaron tan lejanas épocas, había dado vida con tanta brillantez al exótico personaje de la mulata sandunguera del ambiente cubano. Y Luz Gil siguió una y otra vez, como protagonista de "La Prieta Santa", "Las Chancelerías", "La Chambelona", "Montada en flan" y otras divertidas producciones de Manolito Mas, el "Calvo" López, Armando Bronca, Agustín Rodríguez y demás maestros se semejante estilo.



Mas todas esas presentaciones ante la clientela del "Alhambra" tenían que someterse previamente al proceso preparatorio de los ensayos de que ya hemos hablado y en los cuales, la "Mejicana" debía escuchar de viva voz el contenido literario de los cantables.

Un día, sin embargo, después de procederse al rutinario reparto de papeles, Luz Gil visiblemente ofendida por la omisión de que había sido objeto en dicho trámite, increpó a Anckermann:

—Maestro: usted no me ha dado el papel a mí.

—¿A mí?... ¿Lo estás diciendo en serio?

—Sí, maestro: yo quiero también mi papel, porque ya... ya aprendí a leer...

Y la emoción estuvo a punto de truncar la frase en la garganta de la artista que alcanzó el máximo esplendor de su gloria, cuando en "El Rico Hacedado", la afortunada opereta del fecundo Federico Villoch, musicalizada por Anckermann, dio muestra de su gran ductilidad en la escena mostrándose en distintos momentos de la trama, como niña ingenua de sociedad, como picaresca cocotte en pleno baile de máscaras en la Gran Opera de París y por último, como seductora odalisca entre los espesos muros de un harem otomano.

Consagrada ya, la figura de Luz Gil, mujer y artista, se paseaba envuelta en cendales de admiración por todos los escenarios donde se rindiera culto a nuestro teatro folklórico y después de un esplendente reinado que duró varios años —acaso un cuarto de siglo— la que hace pocas horas fuera denominada modestamente en un programa de Televisión, "Reina por unos minutos", ofrecía todavía al público habanero una vigorosa interpretación de "Guama", la vieja india, en una adaptación escénica que de la novela "El Penitente", de Cirilo Villaverde hiciera Federico Villoch para estrenar en el histórico "Martí", durante la esforzada temporada que en dicho coliseo rindiera en circunstancias excepcionales otra destacadísima figura del género vernáculo, nuestro entrañable amigo Agustín Rodríguez.

2

ca Cómica" era esperada ávidamente todos los viernes aun en los más apartados rincones de nuestro territorio, puesto que "La Política Cómica" había llegado a ser el órgano oficial del guajiro cubano.

Aquellos sobrenombres de "Tiburón", el "Chino", el "Mayoral", "Mamendi" y otros aplicados a nuestras más destacadas figuras nacionales surgieron de las caricaturas que cada siete días aparecían en ese semanario y que luego repetía la voz popular.

X X X

"Confetti" un chispeante semanario que fundaron Mario Vittoria y Paco Sierra, con la colaboración eficaz de Chamaco Longoria y Pepe Elizondo hizo las delicias del público criollo, allá por los años del 20 al 24, en tanto "El Choteo", de Jiménez Rojo, que había aparecido con anterioridad no pudo hacer huesos viejos en la arena periodística.

Otros semanarios satíricos intentaron diversas aventuras y entre ellos debe citarse el de "Tiburón", que costó la expulsión del territorio, por extranjero pernicioso, al periodista Trinchet.

X X X

Cumplido este ciclo histórico, después de cerca de treinta años, al comenzar el gobierno de Machado, un vibrante periodista, panfletista de altos vuelos: Sergio Carbó, decidióse a publicar cada lunes, una revista humorística: "La Semana".

Con su portada en colores, con un estilo distinto, con ágil gracia y con agudeza cáustica, "La Semana" prontamente se adueñó del favor del público y en los inciertos días de la recia oposición contra Machado, constituían "La Semana" y los editoriales de Carbó un clarín guerrero de francas rebeldías.

En aquella campaña, dos valores jóvenes: el inolvidable Julito Gaumnard y nuestro antiguo compañero, el aún inquieto Arroyito también contribuyeron corajudamente con su irreductible "Karikato" a ablandar con las fuertes armas del periodismo las que entonces se antojaban impenetrables defensas de una dictadura que, como todas las dictaduras, habría de derrumbarse más tarde o más temprano.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



COSITAS ANTIGUAS

SEMANARIOS Y REVISTAS DE AYER

Por Carlos Robreño

YA hemos dedicado anteriormente una crónica a los diarios que conoció La Habana en los primeros años de nuestra era republicana y vamos ahora a tratar, en relación sucinta, de refrescar la mente de los viejos lectores con el nombre de los semanarios y revistas gráficas que veían la luz pública en nuestra capital durante los mismos años.

"La Habana Elegante" ya había pasado a mejor vida en la época a que vamos a referirnos y "El Figaro" de Catalá, que en un tiempo reuniera lo más selecto del periodismo cubano, rendía sus últimas jornadas frente a un competidor literario que con el nombre de "Letras" habían sacado a la arena periodística los hermanos José Manuel y Néstor Carbonell.

La hegemonía absoluta de esta publicación fue breve. Al poco tiempo, algunos redactores de su equipo formaron tienda aparte, bajo el mando de Miguel Angel Quevedo, padre de nuestro compañero Miguelito. Así surgió la hoy popularísima "Bohemia", hace cerca de medio siglo.

X X X

"Mundial" fue otra publicación con portada a todo color que interesó a los habaneros y creemos recordar que pertenecía también a la misma empresa de "Bohemia".

Dos Lorenzos: Angulo y de Castro se sintieron satisfechos con la acogida que los lectores dispensaron a su "Chic" que se ha mantenido a través de muchos años y para informar al público de los "chismes" de la farándula, en aquella época, recordamos "El Teatro Alegre", de Mario Sorondo.

X X X

Todas estas revistas eran gráficas, con cierto matiz literario, pero de escasa información de actualidad. Este sector viene a ser atendido con bastante esmero, cuando Conrado Massaguer, nuestro viejo amigo y fino caricaturista, solicitó permiso de sus dos personajes deportivos creados por su lápiz agudo: Juan Frenético y Jaime Castellullit para ensayar una aventura como editor. Y "Gráfico", desde el primer número constituyó un verdadero éxito periodístico.

Massaguer, en sus frecuentes viajes a Norte América captó para desarrollarla en Cuba, en la medida que sus reservas económicas le permitían, la ágil contextura de esas publicaciones yankees y la experiencia triunfal de "Gráfico" la repitió con su aristocrático "Social" y más tarde con su ameno "Carteles" que a través de varias innovaciones, aún perdura.

X X X

El sector deportivo, en esa época se bastaba con las páginas especiales que diariamente presentaban Víctor Muñoz y los hermanos Rafael y Pepe Conte en "EL MUNDO" y en "La Prensa" y solamente se conocía "El Score" como revista beisbolera. Poco material informativo, escasos grabados contenía, y se publicaba los lunes, jueves y sábados, coincidiendo con la celebración de los juegos de pelota en el primitivo "Almendares Park". Presentaba como mayor aliciente la impresión en la última plana de la tabulación reglamentaria para que los fanáticos pudiesen llevar en los renglones en blanco la anotación de las distintas jugadas.

La información policíaca siempre ha disfrutado entre nosotros de una morbosa predilección y para saciar tales apetitos, todos los sábados aparecía en papel rosado, con el retrato de todos los muertos de la semana, una relación prolija de los distintos crímenes ocurridos en la isla y una breve sección destinada a los arrollados por el tren Central al cruzar de noche por la calle Zanja.

X X X

Y a raíz de la llamada "guerrita de Agosto", la de los caballos mochos, en 1906 vió la luz pública un semanario que dada nuestra idiosincracia venía a cubrir una verdadera necesidad, como su propio título explica: "La Política Cómica".

Fundada por Ricardo de la Torre, español aplanado, más dibujante que caricaturista, tuvo la feliz ocurrencia de presentar desde el primer número un símbolo de nuestro pueblo, creando un personaje que para muchos era copia exacta del Laborio de Landaluce. Y la salida de "La Políti-



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

Los Terrenos de Base Ball

(1)

NO fué ciertamente en el amplio Stadium del Cerro donde por vez primera se jugó base ball en La Habana. Ello ocurrió en los terrenos que limitan las calles Linea, G, H y 9, en la manzana donde actualmente se halla enclavado el Hospital Municipal de Maternidad "América Arias", en el Vedado.

Después de un desafío celebrado en el matancero Palmar del Junco entre dos "decenas" integradas por marineros norteamericanos y jóvenes cubanos se extendió hacia la capital el entusiasmo por aquel pintoresco deporte que tuvo su origen en la legendaria Cooperstown.

Esos grounds denominados "Habana Park" sirvieron de escenario al primer "sacrifice" o "toque de bola" puesto en práctica en Cuba por Nemesio Guilló y en sus graderías de madera seguramente muchas tardes, al anochecer, después de un game reñido, Emilio Sabourin que años más tarde habría de morir encerrado en las mazmorras de un presidio africano, reuníase con otros patriotas tratando de reanudar la lucha heroica que el falaz pacto del Zanjón había dejado trunca.

Con un pretexto baladí se erradicó el base ball de dicho rincón y fué entonces que se construyó el primitivo "Almendares Park", situado en el ángulo que forman el Paseo de Carlos III y la Calzada de Ayestarán teniendo su entrada principal por la primera de dichas avenidas. Y en "Almendares Park" testigo mudo de pintorescos incidentes como el fuego de sus stands debido a la protesta del público por el engaño de que había sido objeto con la presentación de un team de mujeres "peloteras" y de la ascensión en globo del "gordo" Granados, el base ball siguió sirviendo no sólo de entretenido pasatiempo a la población habanera, sino de campo de entrenamiento a una juventud ávida de escuchar el clarín de guerra para trocar el bate y la mascota del atleta por el rifle y el machete mambi.

Sobre aquel diamant edel antiguo "Almendares Park", Carlitos Maciá propinó el "primer no hit, no run", que se ofrecía en nuestras tierras y Antonio María García, el famoso "Inglés" maravillaba a propios y extraños con sus excelentes demostraciones.

* * *

La llamarada de Baire interrumpió las actividades de un deporte que también ofrecería a la futura Patria cubana su contribución de sangre y heroísmo, no reanudándose hasta los tiempos de la ocupación norteamericana, cuando ya se vislumbraba felizmente la realización de nuestros anhelos de independencia. Fué entonces que se volvió a escuchar por aquellos ámbitos la voz grave del umpire, exclamando: ¡Play Ball!

Pero el base ball se presentaba esta vez con radicales innovaciones en lo externo y en lo interno. En lo primero, con equipos de nueve hombres ocupando sus respectivas posiciones, pues desaparecía el colonial "right short" y en lo segundo, desarrollando sus funciones bajo el manto profesional, por el sistema de cooperativas. También acudía a la lucha con objeto de disputarle el triunfo a los eternos rivales rojo y azul y al abandonado Fe, simbólicamente representado por el color cornelija, el primer team integrado por atletas de color. Se llamaba "San Francisco" y de sus filas salieron jugadores tan brillantes como Carlos Morán, Strike y una de nuestras mayores luminarias Luis Bustamante, el famoso "Anguilla".

Años después nos visitó un trainer norteamericano, Mr. Early, que con la ayuda eficaz de un auxiliar como Evaristo Plá logró reunir un grupo de peloteros excesivamente jóvenes que integraron uno de los equipos más gloriosos de nuestra historia beisbolera. Ese fué el "Almendares" de 1908.

El gran José Méndez, Eustaquio Pedrosa, Marsans y Almeida fueron astros esplendente en una constelación cubanísima que humillaba a los fuertes teams de las Grandes Ligas que nos visitaba en aquella época, recién terminada su campaña en los Estados Unidos. Tales fueron el "Detroit" y el "Filadelfia" de la Liga Americana y el New York de la Liga Nacional, líderes en sus respectivas organizaciones y posteriormente el otro Filadelfia, al cual se le denominaba los "Kuákeros" y el "Brooklyn", que tenían por nombre de guerra, los "Superbas".

* * *

Fué por aquel entonces que presenciábamos por vez primera un desafío de base ball. Nuestro padre nos llevó en coche hasta esos históricos grounds con objeto de presenciar el primer desafío de la serie Detroit-Almendares y ver en acción al más grande pelotero de todos los tiempos: Tyrus Raymond Cobb.

El mismo año asistimos a las exhibiciones que ofrecieron los Campeones Mundiales, los temidos "Elefantes Blancos" que fueron abatidos por nuestros conjuntos locales rojo y azul, aunque en honor de la verdad, le faltaban a sus line up dos figuras estelares: Eddie Collins y el jonronero Frank Baker. De todas maneras, aquel debut alabro afectó tanto a los norteamericanos que dos temporadas más tarde enviaron a ese mismo "Filadelfia" con toda su novena regular, además del trío de bateadores integrado por el indio Bender, el efectivo Coombs y el zurdo Plank a fin de vengar semejante derrota. Conseguido semejante objetivo se prohibió que los clubs que alcanzaran la championabilidad mundial salieran al extranjero para poner en peligro tal galardón.

Además de las series otoñales con los clubs de las Grandes Ligas que servían para que los fanáticos cubanos pudiesen admirar la labor³ de players como aquel maestro de lanzadores que se llamo Christy Mathewson, se celebraban los campeonatos nacionales y los almendarinos grounds fueron el luminoso escenario en el cual el obeso Julián Castillo, conectaba los más largos batazos que ha propinado ningún otro atleta del patio y también su diamante sirvió de gloriosa cuna a nuevas celebridades que iban surgiendo: Adolfo Luque, Miguel Angel González, Cristóbal Torriente, Merito Acosta, Jacinto Calvo, Manolo Cueto y tantos otros.

Pero Almendares Park cumplía su ciclo histórico. En aras del Progreso y del Urbanismo, dichos terrenos desaparecían, allá por 1915 y el Emperador de los Deportes se quedó por breves instantes sin el trono que merecía, mientras que desinteresados deportistas trabajaban febrilmente por su restauración. Mas ello será tema de una próxima crónica.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



COSITAS ANTIGUAS

Cuando Vino "Babe" Ruth

Por Carlos Robreño

A L desaparecer el primitivo "Almendares Park" de Carlos III y Ayestarán, el justamente llamado Emperador de los Deportes sintió la dolorosa sensación de que el trono se hundía a sus pies y todos sus fieles súbditos habaneros se dedicaron a la ingente tarea de buscarle rápidamente, aunque fuera de modo provisional, un digno sitio.

La tarea no era fácil y mientras se levantaba un nuevo "Almendares Park", esta vez situado en el llamado Ensanche de La Habana, a poca distancia del paradero de tranvías del Príncipe y en el lugar donde hoy se encuentra más o menos la Estación Terminal de Omnibuses, el Base Ball encontró refugio hospitalario en un Hipódromo!

Efectivamente. Valiéndose de la gran influencia que con los empresarios norteamericanos del recientemente inaugurado "Oriental Park" tenía aquella gran figura beisbolera, gran amigo de los cubanos, que se llamó John Mc Craw, considerado quizás el más grande manager de todos los tiempos, los deportistas cubanos lograron que en ese lugar, marcándose un diamante más allá de la pista de arcilla sobre la que corren los caballos, en mitad de los jardines y entre el Grand Stand y el Jockey Club, el base ball mantuviera su vigencia entre los habaneros aunque tuviesen que pasar los puentes construidos sobre las aguas del apacible río Almendares.

Por el momento celebróse en dicho grounds una pequeña Serie de desafíos entre "Habana" y "Almendares" con objeto de discutir la Copa "EL MUNDO", instituida anteriormente. Tal trofeo fué ganado en dicha ocasión por los Leones rojos dirigidos por Mike González, mientras Emilio Palmero, en plenitud de facultades se anotaba brillantes triunfos y el valioso Jacinto Calvo conectaba tremendos estacazos.

Para la siguiente temporada se organizó un Campeonato triangular en el cual los equipos contendientes por cuestiones legales no podían utilizar los nombres clásicos y fueron denominados: "Red Sox" defendiendo el color rojo; "White Sox", de deportivas alburas y "Orientales", portando franelas verdes. Como puede apreciarse, por primera vez en muchísimos años quedaba eliminando de nuestras contiendas beisboleras el histórico color azul.

Aquellos juegos que se efectuaban a hora muy temprana, antes de que diesen comienzo las carreras de caballos no recibieron gran respaldo de nuestra fanática que experimentó cierto alborozo cuando en 1918 se abrieron al público los segundos grounds que llevaban el nombre glorioso y legendario de "Almendares Park".

Su inauguración fué en realidad modesta y en aquella ocasión solamente sirvió de escenario a una competencia nacional de tres equipos: "Habana" y "Almendares" que volvían por sus fueros y "Cubans Stars" ocupando el tercer ángulo. Mas de aquella contienda, lo único que ha quedado para la posteridad fué aquel maravilloso "triple-play" sin asistencia realizado por el ágil y habilidoso Merito Acosta, jugada que en el base ball organizado sólo ha sido llevada a cabo una sola vez por un outfielder sin otra cooperación.

Al año siguiente, aquel gran deportista que se llamó Abel Linares, arrendatario de dichos terrenos, extendió sus actividades para ofrecerle a los fanáticos del patio el base ball que merecían y a ello debióse la visita del "Pittsburgh" de la Liga Nacional que además de celebrar una serie con los equipos rojos y azules, efectuó un desafío con el team de la Universidad, actuando de pitcher por los estudiantes el hoy Fiscal de la Audiencia de La Habana, Martín Junco.

A la contienda otoñal con los big leaguers sucedió el tradicional campeonato y en la temporada posterior se ofreció un espectáculo sensacional que satisfizo a toda la fanática. Si al primitivo "Almendares Park" le había cabido la honra de ser escena apropiada para las actividades de un Ty Cobb, señalado como el mejor jugador de todos los tiempos, la segunda edición de aquellos grounds sirvió de pedestal para presentar al inmenso "Babe" Ruth, cuyo record jonronero aún no ha podido ser igualado.

Pero Cuba es un país que pudieramos denominar de idiosincrasia iconoclasta, donde los idólos importados sufren constantemente duros reveses. Y si un Ty Cobb, aquí en La Habana, había sido ponchado por Méndez, y puesto out en segunda por Striker González, el temible "Bambino", al visitarnos formando parte no de los "Yankees" sino como un injerto del poderoso equipo del New York Nacional, vió opacada su grandeza cuando el formidable Cristóbal Torriente, visitando las franelas almendaristas, conectó en sus propias barbas, durante un desafío tres home runs y un two bagger.

La situación económica de Cuba después del colapso bancario de 1920 impedían a Abel Linares afrontar las riesgosas aventuras de importar Clubs de Liga Grande en los meses otoñales y entonces concentró todos sus esfuerzos en organizar campeonatos locales. El tercer club era sustituido por el "Marianao" que bajo la batuta de Merito Acosta, hijo del Alcalde de ese término, el popular Baldomero, ingresaba en la aristocracia beisbolera. Y además fructificó la idea de crear un cuarto contendiente con plaza fija en el interior de la República. Y así surgió el "Santa Clara". ¿Y qué "Santa Clara"?

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

El conjunto villareño hizo épocas en nuestros anales beisboleros y de la misma manera que sucedió con Ty Cobb y "Babe" Ruth, si el viejo "Almendares Park" fué teatro de las hazañas de un Sam Lloyd, el mejor infielder de color que nos ha visitado, en los stands de esos segundos grounds se escuchaba el eco de los aplausos que los fanáticos tributaban a Oscar Charleston, estrella de estrellas.

No obstante, el base ball sufría una pasajera decadencia. Era tan grande la superioridad de los Leopardos "pilogos" que el interés decrecía y el Balompié llegó en cierta ocasión a derrocar al Emperador de su alto peldaño, obligando a los atletas del bate y la mascota a celebrar sus desafíos los domingos por la mañana, en tanto los futbolistas disfrutaba de las ventajas de las horas en que muchos burgueses duermen la siesta.

Y poco importaba que sobre ese diamante desarrollarán sus actividades grandes players norteamericanos militando los distintos clubs locales y que rutilantes estrellas nacionales, como el admirable Adolfo Luque, en el esplendor de su carrera, mostrasen sus mejores esfuerzos. Problemas internos que obligaban a dividir a la gran familia deportiva, celebrándose al mismo tiempo otras competencias: unas veces en el Stadium universitario y otras en los terrenos del Vedado Tennis Club, impedían al base ball levantar cabeza. Los días del segundo "Almendares Park" estaban contados y así sucedió cuando otro gran deportista y acaudalado industrial, Don Julio Blanco Herrera, concibió la hermosa idea de construir un gran porque moderno. Así surgió el de "La Tropical" que abrió sus puertas por primera vez para la "pelota" de altura, con aquella memorable Serie celebrada entre las estrellas de las Ligas Mayores capitaneadas por Ens y por Bancroft.

Lo demás, sucedió antes de ayer y resulta historia casi contemporánea.

